

# Rowan

Emily Rodda



EL ÚLTIMO ENIGMA

se

Una asamblea de urgencia acaba de ser convocada en Rin. De pie, con semblante preocupado, Lann, el líder de la aldea, se dirige a todos con firmeza: el frío les ha dejado sin provisiones y deben encontrar una solución antes de que el hambre cause estragos en el pueblo. Nunca un invierno había durado tanto, y algunos aldeanos piensan que puede tratarse de una maldición de la Montaña. Esta vez, Rowan deberá emprender el viaje más peligroso de su vida. El último enigma le espera...



Emily Rodda

# **El último enigma**

**Rowan-5**

ePub r1.0

fenikz 04.02.14

Título original: *Rowan and the Ice Creepers*

Emily Rodda, 2003

Traducción: Eduardo García Murillo

Ilustraciones: Matt Wilson

Editor digital: fenikz

ePub base r1.0



# El mundo de Rowan



## DETALLE DE RIN Y ALREDEDORES



# 1 ∞ «Es una maldición»



La aldea de Rin se había convertido en un mundo blanco en el que reinaba el silencio. La nieve cubría el valle. La Montaña se recortaba contra el cielo gris como una imponente escultura de hielo coronada por las nubes.

Jamás había habido un invierno como aquel. Nunca había nevado tanto ni hecho un frío tan intenso. Y nunca había durado tanto. En el calendario ya era primavera, la temporada de la siembra, las flores, las abejas y la nidificación. Pero el aire seguía siendo gélido, y los campos y los jardines estaban sepultados por la nieve, y las ramas desnudas de los árboles se doblaban bajo su peso en el huerto de Jonn el Fuerte.

Se había convocado una asamblea, pero hacía demasiado frío para reunirse en la plaza de la aldea, de manera que trasladaron el encuentro a la Casa de los Libros, donde los congregados tiritaban y murmuraban entre el olor de las lámparas de aceite, los pergaminos y los legajos antiguos. Las sombras parpadeaban sobre los rostros preocupados y las manos gesticulantes. Las lámparas ardían a medio fuego. El aceite escaseaba, al igual que todo lo demás.

Rowan, que estaba en el campo de los bukshah cuando sonaron las campanas, fue el último en llegar.

Durante un rato permaneció de pie delante de la puerta, limpiándose la nieve de las botas. A pesar del frío, no tenía prisa por entrar. Sabía lo que la anciana Lann, la líder de la aldea, iba a decir al pueblo, y ya había tomado su propia decisión acerca de lo que debía hacer. Entretanto, seguía pensando en los bukshah. Las enormes y dóciles bestias que estaban a su cuidado se habían escapado de nuevo aquella noche. Lo habían intentado todos los inviernos, pero aquel año habían conseguido, ya varias veces, salir del campo.

En esta ocasión, habían dejado atrás el molino, cuya enorme noria había quedado atascada en el arroyo helado, y continuado hasta casi llegar al pie de la Montaña. Habían tardado horas en devolverlos de nuevo al campo, y eso les había costado los últimos puñados de avena del almacén.

«Habrá problemas cuando descubran que la avena se ha agotado», pensó Rowan arrepentido. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Dejarlos errar hasta morir?

No culpaba a los bukshah por haber roto la valla. Estaban hambrientos. Las balas de heno con que se alimentaban en invierno casi se habían agotado y, en un desesperado intento por alargar su duración, Rowan se había visto obligado a reducir su ración diaria. Algunos de los miembros más viejos y débiles de la manada habían muerto.

Pero Rowan sabía que la comida no solo escaseaba en el valle, sino en todas partes. Salvo en el punto donde los escarpados acantilados rocosos parecían brutales cuchilladas en el blanco resplandeciente de la Montaña, la tierra estaba totalmente cubierta de nieve hasta donde alcanzaba

la vista.

—No debes escaparte de nuevo, Estrella —había dicho Rowan a la líder de la manada, su compañera predilecta, cuando por fin estuvieron encerrados todos de nuevo en el campo—. Debes quedarte aquí, donde pueda cuidarte.

Estrella había vuelto su enorme cabeza para mirarle y después emitió roncós gruñidos. Sus pequeños y oscuros ojos denotaban preocupación. Deseaba complacer a Rowan y obedecerle, pero su instinto le decía que se equivocaba.

Sin comprender demasiado lo que estaba sucediendo, Rowan le palmeó el lomo, y notó desolado las costillas sobresalientes bajo el abundante pelaje.

—Pronto llegará la primavera, Estrella —había susurrado—. La nieve se fundirá y habrá hierba para comer. Solo hay que esperar un poco más...

«Pero ¿cuánto más? —pensó ahora Rowan—. ¿Cuánto tiempo puede durar esto?».

Apretó los dientes, empujó la puerta y entró en la estancia. Shaaran y Norris, los dos muchachos que habían rescatado de la tierra de los Zebak, corrieron a su lado. Le habían estado buscando. Los tiernos ojos de Shaaran mostraban ansiedad, pero en el rostro de su hermano se adivinaba una expresión de curiosidad.

—¿Dónde te habías metido, Rowan? —murmuró Norris—. ¡Hace días que no te vemos! —Sonrió y miró con sorna a su hermana—. Shaaran cree que nos has estado evitando. Teme haber hecho algo que te haya molestado. Tranquilízala y dile que no es así, por favor.

—¡Norris! —dijo Shaaran entre dientes, al tiempo que se sonrojaba.

Rowan forzó una sonrisa.

—Claro que no me habéis molestado —murmuró. Por lo menos, aquello era cierto, pero no podía negar el resto. ¿Cómo habría podido estar con sus amigos sin contarles lo que iba a ocurrir? Así pues, los había evitado.

Pero ahora estaban a punto de enterarse. Le dolía el corazón solo de pensar en la desilusión que iban a llevarse.

Norris hubiera insistido un poco más, pero en aquel momento se produjo un movimiento en la parte delantera de la gran estancia. Lann, la líder de la aldea, se preparaba para hablar. Estaba de pie en el lugar de honor, delante de los rollos colgantes de seda pintada, que narraban con ilustraciones la historia antigua del pueblo de Rin, cuando había padecido la esclavitud en la tierra de los Zebak. El brillante colorido de las sedas, bajo la parpadeante luz de las lámparas, componía un extraño fondo para su circumspecta figura.

Durante trescientos años, el pueblo de Rin había vivido en libertad en su verde valle, sin recuerdos del pasado y sin tener la menor idea de que muchos de los suyos habían quedado atrás en aquel espantoso lugar al otro lado del mar. Después, apenas hacía un año, Annad, la hermanita de Rowan, había sido capturada y conducida a la tierra de los Zebak. Decidido a rescatarla, Rowan había ido tras ella y dado con su paradero contra todo pronóstico. Junto a Annad, había encontrado a Shaaran y Norris, los últimos de los perdidos.

Shaaran había traído consigo la caja de los rollos de seda y, desde entonces, aquellas sedas habían estado expuestas en la Casa de los Libros, para que la gente de la aldea pudiera admirarlas

y comentarlas.

Lann pidió silencio. Todos se volvieron hacia ella y callaron.

—Amigos —empezó diciendo la anciana—. Os ruego que prestéis la máxima atención a cuanto voy a deciros.

Hablaba con firmeza, con la autoridad de la que tantas veces había hecho gala con anterioridad. Aun así, a Rowan le pareció que su rostro se había ajado de manera considerable en poco tiempo, y que se apoyaba con más fuerza en su bastón. Jonn del Huerto, el padrastro de Rowan, estaba de pie a su derecha, y Timon, el maestro, a su izquierda. Se veía muy frágil entre ambos.

—Nuestra situación es grave —anunció Lann—. El almacén está casi vacío y la nieve no parece que vaya a fundirse en las próximas semanas.

—¡Es una maldición! —gritó una voz desde el centro de la estancia. La gente se volvió para averiguar quién había hablado.

Era Neel, el alfarero. Su rostro enjuto estaba pálido y tenso.

—¡Es una maldición! —repitió exaltado—. Hemos ofendido a la Montaña, y ahora se ha vuelto en contra nuestra.

Rowan sintió un escalofrío que nada tenía que ver con sus botas empapadas o sus dedos helados.

—Lo que dices es una insensatez, Neel —replicó Jonn con calma.

—¡No lo es! —vociferó Neel, más exaltado si cabe—. Jamás hemos tenido un invierno como este. ¡Es antinatural! Preguntadle a Timon si no me creéis. Timon ha examinado los registros climatológicos y sabe que digo la verdad.

Todos los ojos se volvieron hacia Timon, que se mesaba nerviosamente su poblada barba gris.

—Este invierno es sin duda mucho más duro que ninguno de los que hemos tenido antes —aseveró con su voz tranquila, aunque vacilante—. Pero no es necesario hablar de maldiciones. En el transcurso de los años, nuestros inviernos han sido cada vez más duros y más largos, y debemos recordar que habitamos en este valle solo desde hace tres siglos. En una tierra tan antigua como esta, trescientos años son apenas un parpadeo. ¿Quién puede decir lo que es natural y lo que no lo es? Una historia de los Viajeros dice que...

Lann le dio un golpecito con el codo y Timon calló, pero era demasiado tarde. Neel ya estaba asintiendo vigorosamente, con los ojos enrojecidos brillando bajo la luz de las lámparas.

—¡Exacto! —exclamó—. ¡La historia de la Gran Helada, cuando el invierno puso en grave peligro nuestra tierra y los reptiles del hielo de la Montaña descendieron en busca de carne fresca que devorar!

El eco de un murmullo general, encabezado por Bronden, la ebanista, recorrió la estancia.

—¡Sí, lo recuerdo muy bien! —terció Allun, el panadero—. Mi abuela me la contó junto al hogar una noche de invierno cuando tenía seis años. Me llevé mi espada de madera a la cama y estuve despierto horas y horas, esperando el ataque de los reptiles del hielo.

Se oyó una carcajada general.

Neel exhibió los dientes.

—¿Os burláis de mí e ignoráis el mensaje de la historia! —vociferó iracundo—. ¡Allun, el panadero, es medio Viajero y debería saberlo mejor que nadie! ¿Acaso no nos cuenta siempre que los Viajeros llevan vagando por esta tierra durante casi tanto tiempo como los bukshah han pastado al pie de la Montaña? ¿Y que las historias de los Viajeros parecen fantasías, pero casi todas se han hilvanado en torno a un ápice de verdad?

Las risas cesaron.

—¡Neel tiene razón! —gritó Solía, la fabricante de dulces, con el mentón trémulo—. ¡Recordad el Valle de Oro! Todos creíamos que era una simple leyenda de los Viajeros, pero luego descubrimos sus ruinas al otro lado de la Montaña. Había existido realmente, a pesar de que sus moradores habían muerto mucho tiempo atrás.

Los aldeanos murmuraban inquietos. El ruido iba en aumento y solo se apagó cuando la anciana Lann levantó la mano.

—La historia de la Gran Helada de los Viajeros no hace sino apoyar mis palabras —dijo Timon con voz firme—. Demuestra que no hay nada de antinatural en este frío invierno. Por lo menos, ya ha habido uno igualmente prolongado y terrible en nuestra tierra antes que este, una estación lo bastante dura como para convertirse en leyenda. Ahora...

—¡Estás olvidando de manera deliberada lo más importante, Timon! —le interrumpió Neel muy alterado—. En la historia, la Gran Helada se produjo porque la gente del Valle de Oro volvió la espalda a la Montaña y dejó de honrarla. Y nosotros... ¡hemos hecho lo mismo!

Levantó un dedo tembloroso señalando las sedas pintadas que colgaban detrás de Lann.

—Estas imágenes de otra tierra y de tiempos pasados no tienen cabida en nuestro valle. Ofenden a la Montaña. ¡Hay que quemarlas!

A Rowan se le hizo un nudo en el estómago. La estancia se sumió en un mar de gritos de sorpresa y de protestas. El rostro de Norris había enrojecido y apretaba los puños. Incluso Shaaran había olvidado su timidez y estaba vociferando enfurecida. Los dos hermanos habían pasado su vida custodiando las sedas en la tierra de los Zebak, y la sola idea de que las preciosas y antiguas pinturas fueran destruidas les horrorizaba.

—Las sedas son nuestra historia, Neel —dijo Lann, y sus manos nudosas se cerraron con más fuerza sobre el bastón.

—¡No! —exclamó Neel irritado—. La historia de Rin, la única historia que importa de verdad, empezó el día en que nuestros antepasados se rebelaron contra sus amos Zebak en la costa de esta tierra y empezaron una nueva vida. —Paseó la vista a su alrededor, apelando a sus conciudadanos—. Nuestros antepasados fueron traídos a esta tierra para ayudar a los Zebak a conquistarla, pero, en lugar de esto, la tierra les dio la libertad, y este valle se convirtió en su hogar —exclamó—. ¡Esta es nuestra historia!

Se volvió y miró a Norris y Shaaran con expresión dura y antipática.

—Pero, desde la llegada de las sedas y sus guardianes, todo ha cambiado. Nuestra mente se ha llenado de preguntas acerca de tiempos remotos, por fortuna olvidados. ¿Cuánto tiempo vivieron como esclavos nuestros antepasados en la tierra de los Zebak? ¿De dónde llegaron? ¿Acaso hay otra tierra, una mejor que esta, que otrora fuera nuestra y que tal vez pudiera serlo de nuevo?

—Es natural formularse estas preguntas, Neel —dijo Jonn—. No hay nada de malo en ello.

—¡Sí lo hay! —Neel gesticuló con brusquedad, mientras su voz se convertía en un aullido—. ¿No lo veis? ¡Al mirar hacia el pasado y hacernos preguntas, hemos rechazado el don de la vida de la Montaña! ¡Y ahora se siente ofendida y se está vengando!

Jonn chasqueó la lengua con disgusto y Timon sacudió la cabeza.

—¡Nunca he oído semejante estupidez! —exclamó Lann, y en sus ojos apagados brilló un atisbo del fuego de otros tiempos—. ¡Serénate, Neel, y deja que otros más sensatos que tú afronten la situación que nos ha reunido hoy aquí!

Neel enrojeció, y, sin mediar palabra, se dirigió hacia la puerta entre la muchedumbre y se marchó dando un sonoro portazo. Pero Rowan advirtió que no todos los presentes estaban de acuerdo con Lann. Al parecer, Neel había conseguido convencer a unos cuantos, entre ellos a Solía, la fabricante de dulces, que se mostraba muy nerviosa.

Quizá Lann también hubiera caído en la cuenta y estuviera enojada, ya que al tomar de nuevo la palabra su voz era más dura y áspera que antes.

—Como estaba diciendo, la situación es grave —dijo con voz rasposa—. Según mis cálculos, los alimentos que quedan en el almacén cubrirán nuestras necesidades durante solo doce días más, y eso si somos muy cuidadosos. Ha llegado la hora de tomar medidas... medidas que, mucho me temo, no serán de vuestro agrado.

## 2 ∞ La decisión



Todas las miradas estaban fijas en Lann. Levantó el mentón.

—En mi opinión, deberíamos abandonar la aldea y viajar a la costa, donde los Maris y los Viajeros nos darán refugio y alimentos hasta que podamos regresar —dijo.

Se produjo un rumor general.

—¿Cómo dices? —bramó Bronden. Su voz se oyó por encima de todas las demás—. ¿Acaso el pueblo de Rin va a convertirse en una panda de mendigos vagabundos? ¿Y qué crees que le sucederá a la aldea en nuestra ausencia, si el viento rompe las ventanas que no están reparadas, la nieve entierra las casas, y los tejados se agrietan y acaban hundiéndose?

Lann frunció el entrecejo con el rostro tenso.

—¿Prefieres morir de hambre, Branden? —preguntó con sequedad.

—¡Sin duda alguna! —respondió.

—¡Pues yo no! —intervino Marlie, la tejedora. Se acercó más a Allun, su esposo desde el verano.

Allun tomó su mano y sostuvo la mirada iracunda de Bronden.

—Puedes pensar lo que quieras, pero Marlie y yo preferimos vivir que morir —dijo—. Nuestro hijo nacerá antes de que termine el mes. ¿Qué sentido tendría dar a luz a un bebé para que muera?

Muchos asintieron. Otros prorrumpieron en exclamaciones y empezaron a discutir.

La anciana Lann los escuchaba con la vista clavada en el suelo. Parecía muy abatida y aferraba con fuerza el bastón.

Rowan se compadeció de ella. Había hecho lo que consideraba su deber, lo que Jonn, Timon y él la habían animado a hacer..., pero le estaba costando muy caro.

—Os suplico que consideréis este plan con la mente y no con el corazón —dijo Jonn, y elevó el tono de voz para que todos pudieran oírlo—. Solo estaremos ausentes hasta que pase el peligro. El pueblo de los Maris y los Viajeros son nuestros amigos y aliados. Nos ayudarán de buen grado, igual que nosotros haríamos con ellos.

—Tal vez —replicó Bronden con una expresión de preocupación en el rostro—. Pero ¿por qué debemos ir a la costa y dejar que el viento y la nieve arruinen nuestras casas? Tiene que haber otra alternativa. ¿Dónde está Rowan de los Bukshah?

Sus ojos rastrearon la estancia. Rowan se acurrucó en las sombras, pero fue en vano.

—¡Ah, Rowan! ¡Estás aquí! —exclamó Bronden al verle—. ¿Por qué te escondes? ¡Tú, más que nadie entre nosotros, tú que has salvado Rin del desastre en más de una ocasión, deberías intervenir en este asunto!

Todos se volvieron mientras señalaba a Rowan. Rowan se sonrojó. Su confianza se había fortalecido considerablemente durante los últimos años, pero, aun así, le resultaba muy difícil asumir el protagonismo. Y el hecho de que algunos en Rin creyeran que tenía poderes especiales, incluso mágicos, le incomodaba. Era cierto que había sido capaz de salvar la aldea de innumerables peligros en el pasado, pero no había sido con la ayuda de artes mágicas. Algún tipo de magia lo había ayudado, desde luego..., pero no la suya.

—Rowan, se rumorea que te une un extraño vínculo con el líder del pueblo de Maris, el Guardián del Cristal —gruñó Bronden—. Si es cierto, podrías hablarle de nuestro problema y pedirle ayuda.

—¿Y qué hay de los Viajeros, Rowan? —preguntó Solía—. Su jefe, Ogden, te respeta, ¿no es cierto? Y te une una profunda amistad con su hija Zeel, que te ayudó a rescatar a Annad de los Zebak. ¿Por qué no usas la flauta de caña para solicitar su ayuda? Los Viajeros podrían traer alimentos al valle. Siempre hemos compartido nuestra comida con ellos cuando han acampado aquí.

Rowan se humedeció los labios.

—Me temo que ni los Maris ni los Viajeros podrían ayudarnos, por mucho que lo desearan —dijo en voz baja.

—¡Por supuesto que no pueden! —terció Lann con aspereza—. Somos el único pueblo en esta tierra capaz de sobrevivir al invierno de los territorios del interior. ¡Todos lo sabéis! O por lo menos deberíais saberlo. Los Maris y los Viajeros viven en la costa, donde el clima es más cálido, incluso en una estación fría normal. Este frío intenso los mataría mucho antes de que llegaran hasta aquí.

El rostro de Solía se descompuso. Bronden se limitó a cruzarse de brazos y a intercambiar sombrías miradas con sus vecinos.

—Muy bien —dijo Lann—. No puedo obligar a nadie a marcharse. El viaje hasta la costa será largo y lleno de peligros. La nieve es profunda, el frío glacial, y los lobos blancos estarán hambrientos en los llanos. El valor de cada hombre fuerte y cada mujer será necesario durante la marcha si queremos que los más débiles y los más jóvenes sobrevivan. Pero un viaje, por peligroso que sea, es preferible a una lenta muerte por inanición aquí.

La estancia se sumió en el silencio. Lann observó a los reunidos y después respiró hondo.

—Votaremos —dijo—. Levantad la mano los que estéis de acuerdo con mi plan.

Con semblantes preocupados, empezaron a alzarse las manos, todas las manos. Solo Bronden y algunos niños que no comprendían lo que estaba ocurriendo permanecieron inmóviles.

Rowan suspiró aliviado.

—Así pues, está decidido —dijo la anciana—. Nos pondremos en camino mañana al alba. Yo misma distribuiré los alimentos que quedan en el almacén para que todos tengan una parte justa. Por lo demás, llevaos solo lo que podáis cargar a la espalda, amigos míos. El trayecto será duro y largo.

—Los bukshah podrían cargar... —empezó a decir Norris, pero Lann negó con la cabeza y miró a Rowan.

Era el momento que Rowan había estado temiendo. Sintió los ojos de la muchedumbre clavados una vez más en él, tragó saliva y se obligó a hablar.

—Los bukshah están demasiado débiles para viajar hasta la costa —dijo con voz ronca—. Perecerían durante el viaje.

—¡Pero si ahora ya están muriendo, uno a uno! —gritó alguien—. Si los dejamos...

Rowan tenía un nudo en el estómago.

—Los bukshah no se quedarán solos —dijo, muy consciente de que Shaaran y Norris le estaban escuchando—. Yo me quedaré con ellos.

Shaaran profirió un grito de horror y buscó a Jiller, la madre de Rowan, con la mirada. Esperaba que se opondría e insistiría en que su hijo debía acompañarlos, pero guardó un prudente silencio, mientras Annad, la hermana pequeña de Rowan, miraba también a su madre. Sabían la decisión de Rowan, y la habían aceptado.

—La mayoría no sobrevivirá una semana o dos —dijo Rowan con calma—. Pero por lo menos puedo cuidar a algunos de los más fuertes y más jóvenes hasta que pase el invierno, y es posible que la manada pueda crecer de nuevo en unos cuantos años.

Solo quienes le conocían bien pudieron adivinar el desconsuelo en su tono de voz. Solo ellos sabían hasta qué punto le costaba hablar de la muerte de uno solo de sus queridos bukshah.

—¡No, Rowan! —gritó Shaaran. Sin hacer caso de su hermano, que tiraba de su manga avergonzado y la conminaba a estar callada, miró airada a cuantos estaban a su alrededor.

—¡Decídselo! —suplicó—. ¡Decidle que no debe quedarse!

—Rowan es el guardián de los bukshah —dijo Lann cariacontecida—. Lo conocen y confían en él. Su presencia los reconfortará, y es posible que esto los mantenga con vida durante algún tiempo, incluso cuando se haya agotado la comida. Eres una recién llegada, muchacha, y no puedes comprender lo importantes que son los bukshah para Rin. Nuestra vida depende de ellos. Sin ellos no tendríamos leche ni queso, ni lana para vestirnos, ni ayuda en los cultivos. La decisión de Rowan es la correcta.

Shaaran sacudió la cabeza incrédula.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puede ser correcto que Rowan se quede aquí para morir solo?

Lann la miró.

—No estará solo —anunció. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa—. Yo no puedo caminar hasta la costa y prefiero no ser una carga para todos vosotros. De manera que también yo me quedaré.

—¡Y yo! —gritó Bronden obstinada.

Las profundas arrugas del rostro de Lann se relajaron. De pronto, parecía muy fatigada y anciana.

—Lo que había que decir está dicho —sentenció—. Ahora, marchaos a vuestras casas y preparaos.

La gente se volvió en silencio hacia la puerta.

—¡Esperad! —La voz temblorosa de Solía rompió el silencio—. ¿Y Sheba?

Un murmullo nervioso recorrió la estancia. En efecto, ¿qué pasaría con Sheba, la Mujer Sabia, Sheba la bruja, encorvada, siempre rezongando junto al hogar de su choza, detrás del huerto? Sheba, cuyo temperamento, de por sí endiablado, había empeorado aún más si cabe por culpa del frío. Sheba, que durante semanas había permanecido oculta, echando hechizos, encantamientos y conjuros a cuantos se atrevían a acercarse a su puerta, incluidas aquellas almas valientes y bondadosas que lo único que pretendían era llevarle alimentos.

¿Estaría enterada Sheba del plan de abandonar la aldea? Casi con toda seguridad. Tenía una prodigiosa, y para muchos aterradora, forma de saber las cosas sin que nadie dijera una sola palabra en su presencia.

Era evidente que Sheba, al igual que Lann, no podría caminar hasta la costa. ¿Se quedaría allí, maldiciendo a quienes la abandonaban?

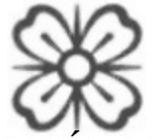
¿O insistiría en que la llevaran a cuestas? Muchos hombres fuertes se estremecieron ante la idea de sentir sus huesudos brazos alrededor del cuello, sus grasientos mechones de cabello oscilando, aferrada a su espalda como una araña gigante y azuzándolos para que avanzaran más deprisa.

Jonn forzó una sonrisa.

—No nos hemos olvidado de Sheba —dijo—. Jiller, Timon y yo hemos acudido a su choza esta mañana para hablar con ella, pero nos ha rechazado uno por uno entre un mar de maldiciones. Según parece, solo hay una persona a la que desea ver.

Miró a Rowan. El corazón del muchacho le dio un vuelco.

### 3 ∞ Sheba



Rowan atravesaba con dificultades el huerto, siguiendo el rastro de las profundas pisadas que habían dejado Jonn, Jiller y Timon por la mañana. Miraba al suelo. No quería ver los árboles desnudos que se alzaban amenazantes a su alrededor, los troncos blanqueados por la nieve y las retorcidas ramas que arañaban el cielo gris como los dedos helados de un esqueleto. Tampoco deseaba ver la choza de Sheba medio enterrada en la nieve, con estalactitas colgando del tejado.

Pero no podía evitar percibir el olor del humo que proyectaba el fuego de Sheba, acre debido a la ceniza y las hierbas amargas, ni podía cerrar sus oídos al sonido apagado de su voz, que susurraba en el interior de la choza. Llegó al claro frente a la puerta y se detuvo con brusquedad.

«Es una bobada tener tanto miedo —se dijo mientras cruzaba lentamente el claro helado y fangoso—. Ya no soy aquel niño timorato de la primera vez que vi a Sheba cara a cara. Nada puede hacerme que pueda empeorar las cosas más de lo que ya están. Nada puede decirme más terrorífico que mis propias fabulaciones».

Pero, aun así, sintió un escalofrío, pues con el tiempo había aprendido que, a pesar de todas sus mañas maliciosas y el deleite que la embargaba cuando hacía temblar a sus víctimas escogidas, siempre decía la verdad. Y si su propósito al querer verle era apagar la última llama de esperanza que aún ardía en su corazón, no lo conseguiría.

De la cabaña no surgía el menor ruido. El silencio era absoluto, salvo por el sonido de la nieve que crujía bajo las botas de Rowan.

Una vez en la puerta, cerró los ojos durante unos instantes con el fin de serenarse. Había decidido que, esta vez, por fin, se enfrentaría a Sheba sin miedo, y no se dejaría confundir por sus trucos. Levantó la mano para llamar.

Antes de que sus nudillos tocaran la puerta, esta se abrió de repente y golpeó contra la pared interior con estruendo. Algunas estalactitas se partieron y cayeron en la nieve como lanzas. De inmediato, le invadió una oleada de aire amargo y caliente, casi asfixiante. Retrocedió entre toses y jadeos, con el corazón acelerado y los ojos irritados.

—¿Por qué te quedas en el umbral? —gritó Sheba desde el interior de la choza—. ¡Se está escapando el aire caliente! ¡Maldito muchacho! ¡Entra y cierra!

Rowan entró dando tumbos en la estancia. La puerta se cerró a sus espaldas.

Todo estaba oscuro, salvo por el fuego, que ardía con llamas rojas veteadas de verde. Poco a poco, los ojos llorosos de Rowan se fueron acostumbrando a la oscuridad, hasta que descubrió la figura encorvada de Sheba. Estaba sentada en su silla, tan cerca de la chimenea que tenía los pies cubiertos de ceniza blanca.

—Acércate, Rowan de los Bukshah. —La voz rasposa parecía ahora engañosamente amable—. Un poco más cerca, pero no demasiado. Tienes la piel fría, y mi fuego es precioso.

Vacilante, Rowan avanzó hacia ella. Experimentó la sensación de estar nadando en una densa atmósfera de olor nauseabundo. Después emitió un grito y dio un paso atrás cuando algo enorme surgió de un lado de la estancia y se lanzó hacia él. Gruñía.

La risa maligna de Sheba resonó en sus oídos cuando cayó sobre el sucio suelo de tablas y empezó a retorcerse con desesperación para intentar huir.

Un hocico ardiente y escamoso husmeó su brazo. Sintió un aliento caliente en la mejilla. Unos ojos amarillos apagados le miraron fijamente, y un par de gigantescas alas aletearon contra el suelo, cubriéndole de polvo.

De pronto, aquella sensación de pánico desapareció para ser sustituida de inmediato por una profunda vergüenza. El ataque no había sido tal: solo le había dado la bienvenida el compañero de Sheba, Unos, el grach.

Se puso de rodillas. Le temblaban las piernas y también la mano cuando le acarició el hocico. Su piel no era fría como la recordaba, sino muy caliente. El grach bramó agradecido.

—¿Habías olvidado a Unos, muchacho? —rio la vieja Sheba muy complacida—. Pero ¡cómo es posible, por todos los diablos! ¿Acaso no os llevó a cuestras a ti y a tus idiotas amigos de regreso a casa desde la tierra de los Zebak el verano pasado?

Rowan se puso en pie, tratando de obviar el dolor de sus magullados hombro y pierna.

—No he olvidado a Unos, Sheba —respondió con la mayor calma posible—. Pero no esperaba encontrarlo aquí dentro contigo.

«¿Y cómo iba a esperarlo? —pensó, mientras el inmenso cuerpo moteado del grach se balanceaba ante sus ojos e irradiaba calor—. ¿A quién se le ocurriría meter en casa a semejante bestia?». Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la escasa luz, pudo ver que no había mobiliario en la estancia, a excepción de la silla de Sheba. Se había desprendido de todo para dar cabida a Unos.

—Hemos tenido trabajo —dijo la anciana.

Chasqueó la lengua y Unos avanzó pesadamente hacia ella para arrellanarse junto a la silla. Sheba cogió una pequeña ramita del fajo que guardaba en su regazo y la arrojó al fuego.

Las llamas se riñeron de verde. De pronto, dio la impresión de que aumentaba el calor en la habitación. El grach profirió un silbido de placer y erizó las púas del dorso para absorber mejor el calor.

Rowan se humedeció los labios.

—¿Deseabas hablar conmigo, Sheba? —preguntó.

—¿Por qué tendría que querer hablar contigo? —farfulló la anciana—. Esos idiotas de la aldea podrían pensar que eres un gran héroe, que tienes cosas importantes que decir. Pero yo sé más que ellos. ¡Ya lo creo!

Sus dientes amarillentos brillaron a la luz del hogar.

Rowan guardó silencio. Sheba había hecho cuanto había podido para asustarle y lo había logrado, pero estaba decidido a no dejarse vencer en aquella tensa situación. El silencio se

prolongó. El fuego crujía. El calor estaba mareando a Rowan.

Por fin, Sheba se removió impaciente en la silla.

—¿Osas jugar conmigo, muchacho? —dijo con voz áspera—. ¿Acaso no sabes aún que podría triturarte como una nuez si lo deseara?

Rowan seguía en silencio.

—¿Has empezado a creer las historias que cuentan de ti? —se mofó—. ¡Iluso! Sin mí no habrías hecho nada, ¡nada! No has sido más que un instrumento en mis manos que ha seguido mis instrucciones.

—Lo sé, Sheba —habló finalmente Rowan, aunque en el fondo de su corazón sabía que aquello no era del todo cierto.

—¡Mentiroso! —gritó Sheba.

Rowan se dio cuenta de que había leído en su mente. Empezó a balbucear explicaciones, mientras ella escupía en el fuego.

—¿Crees que estoy loca, que vas a halagarme mostrándote de acuerdo conmigo, cuando en realidad no lo estás? —preguntó—. Eres como todos los demás, ingrato e ignorante, conspirando a mis espaldas. ¡Ya os enseñaré a todos vosotros!

Sus palabras se le antojaron ominosas.

—¿Vas a... vas a marcharte de la aldea por la mañana con los demás, Sheba? —aventuró Rowan.

—¡No! ¡No lo haré! —gritó irritada—. ¿Acaso soy un fardo para que me lleven a cuestas semejantes zoquetes? Y ahora, basta de cháchara. No te he convocado para perder el tiempo charlando contigo, guardián de los bukshah, sino para decirte algo. Así pues, escucha.

Se reclinó en la silla, murmuró para sí y enlazó sus manos como garras sobre la garganta. Poco a poco, sus párpados se cerraron hasta que los ojos se convirtieron en rendijas relucientes, primero verdes y luego blancas. A Rowan le latía con fuerza el corazón. La adormilada voz de Sheba subía y bajaba, subía y bajaba, aunque sin componer palabras.

Dio un paso al frente, pero el calor, el calor del fuego, o el calor de la propia Sheba, era tan intenso que lanzó una exclamación ahogada. Intentó retroceder, pero no consiguió moverse. El calor le había atrapado como una telaraña invisible. Se revolvió en su abrazo, sintió que le quemaba la piel, aumentaba la temperatura de su sangre y le chamuscaba los huesos.

Después, la boca de Sheba se abrió y empezó a hablar con claridad. Sus palabras llegaron a los oídos de Rowan en oleadas de calor escarlata. Era como si las viera en lugar de oírlas. Daba la impresión de que penetraban en sus ojos como teas ardientes y se grababan en su cerebro.

Las bestias son más sabias de lo que imaginamos,

y allí adonde nos guíen han de ir cuatro almas.

Una para llorar y una para luchar.

Una para soñar y otra para volar.

Cuatro han de sacrificarse en el reino entre el fuego y el hielo.

El hambre no se negará,

el hambre ha de ser saciada.

Y, en esta ráfaga de feroz aliento,  
la búsqueda une la vida y la muerte.

La voz se fue desvaneciendo. Mientras tan terribles palabras resonaban en su mente, Rowan se tambaleó hacia atrás, alejándose de la ardiente neblina.

Los párpados de Sheba se alzaron poco a poco. Su rostro mostraba signos de agotamiento.

—¿Y bien? —musitó.

—No... no lo entiendo —balbuceó Rowan.

—Ese no es mi problema —gruñó ella—. Te he dicho cuanto tenía que decirte. El resto es cosa tuya. Tengo otra tarea que hacer y la haré, aunque nadie me lo agradecerá.

—Sheba, tienes que... —gritó Rowan, pero esta señaló la puerta enfurecida.

—¡Márchate! ¡Me estás haciendo perder el tiempo, me robas el calor y absorbes mi energía!

Respiró hondo con un sonido ronco, y cuando empezó a hablar de nuevo, lo hizo muy deprisa. Cualquier atisbo de resentimiento en su voz se había disipado. Por primera vez en su vida, Rowan experimentó la extraña sensación de estar hablando con ella de igual a igual.

—No puedo ayudarte más, Rowan de los Bukshah —graznó—. Lo único que sé es que solo tú puedes hacer lo que debe hacerse. Yo solamente puedo decirte que todo lo que has aprendido hasta ahora ha sido en preparación para este momento. Todo cuanto puedo darte es... esto.

Se llevó de nuevo las manos a la garganta, en busca de algo escondido en su raído chal. Cuando lo alzó a la luz, Rowan vio que era el extraño medallón que le había dado para viajar a la tierra de los Zebak. Colgaba de su arrugado cuello y estaba suspendido aún de su cordón desteñido de seda trenzada.

Rowan lo miró. Se había olvidado por completo del medallón. No recordaba haberlo devuelto a Sheba cuando regresó a la aldea. Pero sin duda debió de hacerlo, pues allí estaba, entre las largas uñas amarillentas que se curvaban como garras sobre su superficie mate.

Se quitó el medallón y extendió la mano.

—¡Tómalo! —dijo—. Póntelo y aprende lo que es para ser lo que soy.

Rowan vaciló. La última cosa en el mundo que deseaba hacer era obedecer, pero alargó la mano aun sin quererlo y, antes de poder pensar, el medallón brillaba ya entre sus dedos y se lo estaba colgando del cuello. Era más pesado de lo que recordaba. Parecía que tirara de él hacia abajo.

Sheba se derrumbó en su silla como aliviada.

—Ya está —murmuró—. Ahora, vete. Unos y yo tenemos que calentarnos. Necesitamos todo el calor que el fuego pueda darnos.

Arrojó otra ramita a la chimenea. Una vez más, las llamas se volvieron verdes. Poco a poco, fue cerrando los ojos.

—Pero, Sheba, ¿qué tengo que hacer? —preguntó Rowan desesperado.

—Mira y espera —contestó Sheba sin abrir los ojos—. Cuando llegue la hora, lo sabrás.

Una luz verdosa parpadeaba sobre sus hundidas mejillas. Empezó a respirar más lenta y profundamente. Rowan sabía que ya no volvería a hablar.

Salió de la choza como caminando en un ensueño. Al cerrarse la puerta, el aire helado penetró

en sus pulmones como un cuchillo y la luz blanca le deslumbró. Con los ojos entornados y el medallón colgado del cuello, siguió de nuevo la línea de sus propias pisadas hasta el huerto. Al pasar entre los árboles enterrados en la nieve, oyó que el espantoso y ululante canto de Sheba empezaba de nuevo.

## 4 ∞ Una para soñar



Rowan sabía que su madre, Jonn y Annad le estarían esperando angustiados en casa, pero tras haber cruzado el huerto refrenó a propósito el paso.

Estaba nervioso y confuso, aunque una cosa estaba clara en su mente... guardaría en secreto aquellos terribles versos.

Cuatro han de sacrificarse...

Si Jonn y Jiller oyeran aquellas palabras, se negarían a marcharse de la aldea por la mañana. Había sido difícil para Rowan convencerlos de que debían unirse a la marcha hacia la costa, mientras él se quedaba al cuidado de los bukshah, y solo cuando la anciana Lann se mostró de acuerdo lo habían aceptado a regañadientes. Si se enteraban del contenido de aquellos versos, con su ominosa referencia a bestias y sacrificios, cambiarían al punto de opinión. «Y esto no debe ocurrir —pensó Rowan desesperado—. Lo único que me ayudará a hacer frente a lo que se avecina es saber que aquellos a quienes tanto amo están a salvo».

Pero cuando salió del huerto y empezó a caminar entre las capas de nieve que cubrían las huertas, incluso aquel consuelo le abandonó. A lo lejos vio a mucha gente reunida junto al almacén, donde Lann distribuía los alimentos. Las bolsas que se llevaban parecían lamentablemente pequeñas.

El corazón de Rowan dio un vuelco al imaginar al grupo emprendiendo el largo camino a la mañana siguiente, sin senderos que seguir, todos cubiertos por una gruesa capa de nieve, y guiados tan solo por el sonido del río.

En el mejor de los casos, el viaje hasta Maris duraría por lo menos una semana. Pero ¿cuántos días más se demoraría su llegada, cuando cada paso se convirtiera en una heroicidad? ¿Tres semanas? ¿Cuatro? ¿Incluso más? No tardarían en escasear los alimentos, y pagarían un precio muy elevado por el frío, el hambre, el cansancio y los lobos.

Rowan sintió un escalofrío de puro terror. Procuró reprimirlo, junto con las terribles imágenes que lo habían provocado, clavó la vista en el suelo y siguió caminando con la esperanza de que nadie se volviera y advirtiera su presencia.

Para su alivio, consiguió llegar a las primeras casas sin llamar la atención. Al pasar ante el taller de Bronden, oyó el sonido habitual e inconfundible de un insistente martilleo. Estaba trabajando, negándose con obstinación a admitir que pronto no habría nadie en Rin que necesitara sus utensilios y que solo quedarían ella, Lann y Rowan.

Una para llorar y una para luchar.

Una para soñar y otra para volar.

«Si hacemos caso de Sheba —se dijo—, Bronden es la que lucha y yo soy el vano soñador.

Lann podría llorar de rabia por su falta de utilidad. Pero ¿quién es la cuarta alma? ¿Quién se irá?».

De manera involuntaria, sus ojos se volvieron hacia la alfarería. La puerta estaba cerrada, las ventanas atrancadas y no se oía ningún sonido en el interior. ¿Estaría Neel?

Como una sombra, Rowan atravesó con sigilo la plaza desierta y siguió caminando. Miró por la ventana de la Casa de los Libros y vio que también estaba vacía. Solo las tiras de seda oscilaban, debido a la corriente de aire que penetraba por debajo de la puerta, de manera que las figuras, árboles y animales pintados parecían cobrar vida.

Rowan se fijó en una escena en particular, la que siempre le había impresionado más que ninguna otra. Representaba la aldea de los esclavos en la tierra de los Zebak, trescientos años atrás. Mostraba a los guardias Zebak separando de sus seres queridos a los más bravos y fuertes, para encerrarlos en jaulas de hierro.

Tal vez la gente de aquella escena ya sabía que los más fuertes serían encadenados a los remos de los barcos de guerra y obligados a cruzar el mar para combatir por la causa del pueblo Zebak. Pero nadie podía adivinar que en la nueva tierra los esclavos se rebelarían contra sus amos y alcanzarían la libertad. Nadie sabía que en su nueva vida en el pacífico valle de Rin no recordarían su pasado, puesto que los Zebak habían borrado sus recuerdos. Ni tampoco nadie podría predecir que las almas dóciles que quedaron atrás en la esclavitud irían menguando en número hasta que, trescientos años más tarde, solo Shaaran y Norris quedarían para representarlas.

«O quizá —pensó Rowan— hubo alguien que fue capaz de ver el futuro. En medio de la confusión, una anciana encorvada, a la que representaron llevando un hatillo de hierbas para plasmar que era una Mujer Sabia y una curandera, entregó un medallón a una mujer más joven, encerrada en una de las jaulas».

Rowan tocó el pesado medallón que llevaba colgado del cuello. Los recuerdos acudían de nuevo a su mente. No solo se parecía al medallón representado en la seda: era el mismo. Aquella mujer joven lo había traído al valle de Rin, y había pasado de generación en generación de hombres y mujeres sabios, hasta llegar a las manos de Sheba.

«Y ahora Sheba me lo ha dado a mí —se dijo Rowan—. Pero no como lo hizo antes. En la tierra de los Zebak estaba conmigo en espíritu».

«¡Tómalo! Póntelo y aprende lo que es para ser lo que soy».

Su aliento empañó la ventana. Ya no podía ver las sedas, pero no limpió el cristal. No quería ver la sepultura, los rostros de las dos mujeres, una joven, otra anciana, mientras algo extraño y poderoso pasaba de mano en mano. No deseaba pensar en el significado del obsequio de Sheba.

«Aprende lo que es para ser lo que soy...».

Se apartó de la ventana, tras asegurarse de que el medallón y el cordón quedaban ocultos por completo debajo de la ropa, y empezó a caminar con brío. Quería llegar a casa cuanto antes. Le ardía el rostro, pero en su corazón sentía un frío glacial.

Cubrió a toda prisa la distancia que le quedaba y no tardó en abrir la verja y recorrer el sendero que conducía a la casa. Annad, que ya le había visto llegar, abrió la puerta antes de que pudiera tocarla. Al verle, le abrazó. No pudo reprimir un pequeño grito de sorpresa.

—¡Estás caliente! —exclamó.

Rowan miró por encima de su cabeza los rostros angustiados de Jonn y Jiller, que dejaron de empaquetar sus pertenencias y acudieron a su encuentro.

—El fuego de Sheba era asfixiante —explicó al tiempo que se quitaba la chaqueta—. Más caliente de lo normal. Creo que ha estado urdiendo algún tipo de hechizo de calor para ella y para Unos.

—Sin duda, estaríamos locos si abrigáramos alguna esperanza de que estaría dispuesta a compartirlo con los demás —dijo Jiller con sequedad.

—Eso me temo —admitió Rowan—. Me acusó de haberle robado el calor, y creo que algo sí me llevé, aunque sin saberlo.

Se frotó las manos, y solo entonces se dio cuenta de que no había sentido frío desde que salió de la choza de la bruja.

—¿Qué te dijo, Rowan? —preguntó Annad.

Rowan se encogió de hombros.

—Estaba enfadada. Me dijo que no abandonaría la aldea, que éramos unos ignorantes y unos ingratos, y que ya nos enseñaría.

—¿Caro? ¿Qué habrá querido decir con eso? —exclamó Jiller.

—No lo sé. —Rowan se apoyó en la mesa, repleta de mantas dobladas, comida y otros suministros—. Dijo que debía hacer algo que nadie le agradecería, pero no quiso explicarme qué.

—Quizá quiera impedir que nos marchemos —intervino Jonn.

—Quizá.

Rowan se agachó para desatarse los cordones de las botas. Había hecho lo que debía. Sin decir ninguna mentira, había desviado la atención de su familia hacia la opinión de Sheba acerca del inminente viaje hacia la costa. Era un alivio. Pero, de pronto, se sintió muy solo y asustado.

—Lo siento —suspiró—. Ojalá pudiera ser de más ayuda, pero no puedo contaros nada más.

‡ ‡ ‡

Aquella noche fue más fría que las anteriores. No nevó, pero a medianoche una niebla extraña y gélida que calaba hasta los huesos invadió todo el valle.

Los habitantes de Rin, preparados ya para emprender la marcha al alba, se aprestaron a acostarse, aunque pocos consiguieron conciliar el sueño. En su mente y su corazón aleteaba un miedo que pocos eran capaces de confesar, ni siquiera a sí mismos. Y en la oscuridad, más de uno recordó la voz chillona de Neel cuando se alzó en la atestada Casa de los Libros.

«¡... la Gran Helada, cuando el invierno puso en grave peligro nuestra tierra y los reptiles del hielo de la Montaña descendieron en busca de carne fresca que devorar!».

Rowan estaba acostado en su estrecha cama, vestido, observando las sombras que se movían incesantes sobre las paredes del desván, mientras la vela ardía.

Ya no compartía su habitación con Annad, que dormía ahora en un pequeño cuarto debajo de las escaleras, que Jonn y su madre habían construido para ella. Por lo general, Rowan disfrutaba de su intimidad y del espacio extra, pero aquella noche la buhardilla parecía muy vacía. Pensó que

debería desvestirse antes de que la vela se apagara y que debería intentar dormir, pero le resultaba imposible levantarse de la cama o conciliar el sueño.

La niebla penetraba en su habitación, blanca y asfixiante. Le producía escalofríos, pero; al mismo tiempo se sentía más seguro, pues le impedía ver la imponente Montaña.

«... la gente del Valle de Oro volvió la espalda a la Montaña y dejó de honrarla. Y nosotros... ¡hemos hecho lo mismo!».

Sin duda, Neel no había dicho más que estupideces supersticiosas, como Lann había afirmado. Sin duda...

Sobre el taburete, junto a la cama de Rowan, estaba el búho de oro que había encontrado en las ruinas del Valle de Oro, al otro lado de la Montaña, y que relucía bajo la luz parpadeante de la vela. Sus ojos esmeralda brillaban como si estuvieran intentando decirle algo.

Rowan alargó la mano.

La superficie suave del búho le pareció cálida al tacto.

El Valle de Oro no había sido destruido por la Gran Helada, recordó. En el relato de los Viajeros, el pueblo firmó la paz con la Montaña y la primavera regresó. Nada perturbaría ya la tranquilidad del valle hasta mucho más tarde, siglos después, cuando fue invadido por los árboles asesinos de Unrin.

«... el pueblo firmó la paz con la Montaña...».

Pero ¿cómo? ¿Cómo?

«Cuatro han de sacrificarse...».

Los dedos de Rowan se cerraron alrededor del búho de oro. Dio la impresión de que sus ojos verdes centelleaban.

La vela parpadeó y se extinguió.

‡ ‡ ‡

Rowan abrió los ojos. Estaba en un lugar desconocido e inhóspito. Hacía frío. La nieve cubría la pendiente del terreno y estaba nublado, aunque aún no había oscurecido. Los acantilados se alzaban sobre su cabeza. Sabía que se hallaba en la Montaña.

No lejos de allí, tres figuras con capa y encapuchadas se abrían paso entre la nieve. Avanzaban en fila siguiendo un sendero ascendente. Portaban antorchas, cuyas llamas se agitaban, humeantes, bajo un fuerte viento. El líder, alto y de complexión atlética, cojeaba y se apoyaba en un largo bastón. La segunda figura era pequeña y delicada, y la tercera, delgada y de mediana estatura.

«Es el fin...».

La última figura se detuvo, volvió la cabeza y miró a Rowan. Con un escalofrío, Rowan reconoció aquel rostro. Era el que veía cada vez que se miraba en un espejo. El rostro le miró fijamente, miró a través de él, como si fuera invisible.

Rowan estaba fuera de sí. Se veía a sí mismo desde la distancia, pero podía sentir las vividas emociones que se ocultaban detrás de aquellos ojos fríos. Miedo. Ira. Un dolor terrible, lacerante.

«Estoy soñando», se dijo Rowan, y trató de despertar.

Pero el sueño era demasiado real, demasiado intenso. Le tenía atrapado, le obligada a observar la escena que se desarrollaba ante sus ojos, incapaz de moverse y hablar. La figura menuda también se detuvo y se volvió hacia él. Era Shaaran. Sostenía una caja alargada de madera en sus brazos, la caja de los rollos de seda que había traído de la tierra de los Zebak.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha en voz baja.

La figura de Rowan se encogió de hombros.

—Tuve la sensación de que había alguien más, espiándonos —dijo.

El alto líder gruñó impaciente. Hizo una parada en el camino y relajó su pierna herida.

—¿Quién podría ser? —masculló entre dientes—. Solo hemos quedado nosotros.

Era Norris, con el rostro tenso de dolor y los ojos asustados.

—Los únicos que hemos quedado —repitió, y de pronto soltó una estruendosa carcajada.

Shaaran le miró angustiada.

—La luz se apaga —dijo, y apretó la caja contra el pecho—. Hemos de continuar. Hay que seguir a las bestias.

Norris miró a su alrededor y rio de nuevo.

—¿Y para qué? —gritó enfurecido—. ¿Qué importa dónde muramos?

Soltó el bastón y se dejó caer al suelo. Shaaran corrió hacia él y Rowan se vio a sí mismo imitándola. Juntos tiraron de sus brazos, pero apenas consiguieron moverle. Continuó tendido en el fango y la nieve, mientras sucesivos ataques de una risa desquiciada sacudían su cuerpo.

—Levántate —se oyó decir Rowan con una voz serena y resuelta que no habría reconocido como propia—. No vamos a abandonarte. Pero si nos quedamos, moriremos. No tiene sentido. Y cuando los demás regresen de la costa...

—Nunca regresarán —murmuró Norris sin dejar de reír. Sus carcajadas se habían convertido en sollozos—. A estas alturas ya estarán todos muertos, estoy seguro, y la Mujer Sabia también. ¿No lo comprendéis? Estamos acabados. Es el fin.

«Es el fin...».

Shaaran abrió la boca como si fuera a chillar, pero, cuando lo hizo, el sonido fue muy apagado, como si Rowan lo estuviera oyendo desde muy lejos. Una neblina estaba cayendo sobre sus ojos...

Se despertó asfixiado. El corazón martilleaba en su pecho. Su piel ardía y estaba bañado en sudor.

Se levantó de la cama. El grito de Shaaran resonaba aún en su mente cuando llegó a la ventana y la abrió de par en par. Asomó la cabeza a la noche y aspiró una profunda bocanada de aire. La niebla se arremolinaba a su alrededor, densa y helada.

«Aprende lo que es para ser lo que soy...».

«¡No! —se dijo Rowan desesperado, clavando las uñas en la madera del alféizar—. ¡No era más que un sueño estúpido! No había nada de real en él. ¿Cómo podría subir a la Montaña con Shaaran y Norris? Partirán hacia la costa con los demás por la mañana».

Después el corazón le dio un vuelco. De nuevo aquel grito ahogado que había oído en sueños, apagado por la neblina, pero fuerte y aterrador. Esta vez, no había duda de que era real.

## 5 ∞ Sobresaltos



Rowan bajó los escalones de dos en dos, se calzó las botas y se puso la chaqueta que había dejado junto a las brasas de la chimenea. Salió de la casa. Oía gritar a Jonn, Jiller y Annad. Les devolvió el grito, pero no se detuvo.

No había tiempo que perder. Estaba seguro de que la voz que había oído era la de Shaaran, y de que no chillaría de aquel modo a menos que la situación fuera de extrema necesidad.

La niebla formaba un muro blanco delante de sus ojos. Con los brazos extendidos ante él, se encaminó a la puerta del jardín. Durante unos instantes se hizo un silencio absoluto. De pronto se oyó un estrépito más adelante: era la voz de Shaaran que pedía auxilio seguida de otra voz, aguda y atropellada.

Distinguió una luz parpadeante, una llama, a través de la niebla. Echó a correr sin pensarlo.

Otros aldeanos se habían despertado. Rowan oyó voces alarmadas y perplejas, y el sonido de puertas y ventanas que se abrían. Pero sabía que estaba más cerca del lugar del incidente que cualquiera de ellos. No comprendía una sola palabra del frenético parloteo que aún se mezclaba con los gritos de Shaaran, pero su tono agudo le era muy familiar, y la visión de la llama titilante era una advertencia de lo que estaba a punto de descubrir.

Tal como había sospechado, cuando llegó a la Casa de los Libros encontró la puerta abierta. Luces y sombras bailaban en su interior. Shaaran, cuya frágil figura resultaba inconfundible incluso en la penumbra, forcejeaba con alguien al fondo de la sala. ¡Y había un incendio en algún lugar!

Rowan lanzó un grito, cruzó raudo el umbral y casi tropezó con un cuerpo inmóvil tendido en el suelo. Dio un paso atrás. La luz de las llamas bailó sobre el rostro inconsciente. Era Norris. Tenía la cabeza presionada contra la base de una alta estantería de libros, los ojos cerrados y una ceja partida. Junto a su mano había una antorcha encendida, como si la hubiera soltado al caerse. Las tablas de madera que había debajo de la antorcha humeaban, y algunos libros del estante ardían. Las llamas se elevaban con rapidez, impulsadas por la corriente de aire que penetraba por la puerta.

Rowan se apoderó de la antorcha y la levantó. Ahora podía ver a Shaaran con claridad, y también al hombre al que se aferraba con todas sus fuerzas. Era Neel, el alfarero, que con el rostro pálido de rabia intentaba zafarse de ella. Rowan dio un paso adelante.

—¡No! —gritó Shaaran—. ¡El fuego, Rowan! ¡Apaga el...!

Con un terrible aullido de ira, Neel consiguió arrojarla al suelo con un último y violento esfuerzo y se abalanzó sobre Rowan. Por un segundo pudo distinguir su rostro frenético, los ojos febriles, los pies descalzos y los labios espumeantes. Se le echó encima, le inmovilizó contra el

suelo e intentó arrebatarse la antorcha.

—¡Suéltala! —rugió Neel—. ¡Dame la antorcha! ¡Las sedas deben arder! ¡Tengo que quemarlas! ¡Solo así nos salvaremos!

—¡No! —gritó Rowan, aferrando la antorcha. Sabía que no resistiría demasiado. Volvió la cabeza hasta que pudo ver la puerta, y sus ojos se abrieron de sorpresa y alivio.

—¡Jonn! —aulló—. ¡Ayúdame!

Aquellas palabras desviaron la atención de Neel, que aflojó su presa cuando miró hacia la puerta; solo por un instante, pero fue suficiente. Rowan se soltó y arrojó la antorcha hacia la nieve a través de la puerta abierta.

Neel emitió un aullido y salió en su búsqueda. A Rowan le daba vueltas la cabeza. Se puso en pie y cerró la puerta de un puntapié. De inmediato se quitó la chaqueta e intentó apagar el fuego con ella. Se habían destruido ya muchos libros, y pequeñas llamas se propagaban a lo largo de los estantes como insectos hambrientos. La sala estaba llena de humo.

—¡Vete, Shaaran! —gritó.

Al no recibir respuesta, miró temeroso a su alrededor. A través del espeso velo de humo vio, para su asombro, que Shaaran se había subido a la mesa que había al fondo de la sala. Estaba descolgando con presteza las tiras de seda, enrollándolas y apilándolas en su caja de madera.

Rowan la llamó de nuevo, pero la muchacha no se volvió. Estaba tan absorta en su tarea que Rowan dudó de que pudiera oírle. El humo se hacía más espeso a cada momento. Mientras miraba, empezó a toser y a asfixiarse.

—¡Shaaran! —gritó con todas sus fuerzas.

La puerta se abrió de golpe a sus espaldas. Se volvió aterrorizado temiendo el regreso de Neel, pero experimentó un inmenso alivio al distinguir, envueltos en la niebla y el humo, los rostros estupefactos de Jonn, Jiller y Bronden, junto a otros más. Jonn sostenía un farol encendido.

—¡Ha sido Neel! —jadeó Rowan—. Ha intentado quemar las sedas. Ha escapado.

Con una expresión de incontenible furia, Jonn dio media vuelta y desapareció entre la niebla.

Bronden corrió tras él, mientras los demás empezaban a pedir a gritos mantas y agua.

Rowan dejó que los demás se encargaran del fuego y de auxiliar a Norris, se enrolló la bufanda alrededor de la boca y la nariz y se sumergió en el humo espeso que invadía el fondo de la sala.

Encontró a Shaaran a pocos pasos de la mesa. Estrechaba contra su pecho la caja de las sedas. Había caído de rodillas. Se estaba asfixiando. Rowan la ayudó a ponerse de pie y tiró de ella hacia la puerta.

—No podía dormir —dijo la muchacha entre toses y jadeos—. Temía por los rollos. Al final, Norris y yo decidimos venir a buscarlos y... y vimos luz. Era Neel. Llegamos... justo a tiempo. Estaba a punto de... Norris le arrebató la antorcha y forcejearon, pero Neel le empujó, cayó al suelo y se golpeó la cabeza...

—No te preocupes, Shaaran. Norris está bien —le susurró Rowan—. Y los rollos están a salvo.

Pero una mano helada se cerró sobre su corazón cuando salieron al frío del exterior y vio a Norris envuelto en una manta, apoyado en el hombro de Allun. Sus ojos estaban vidriosos y sudaba de dolor, mientras intentaba tenerse en pie sobre una pierna que no podía aguantarle. Había

sufrido algo más que un simple golpe en la cabeza: se había lastimado la pierna al caer. Era evidente que no estaría en condiciones de emprender el viaje hacia la costa, y Shaaran no abandonaría jamás a su hermano.

«Eso no significa que el sueño sea una profecía», se dijo Rowan aturdido, mientras Shaaran se soltaba y echaba a correr hacia Norris.

Los bukshah bramaban. Sin duda los habían despertado los gritos y el olor a quemado. O tal vez Neel había corrido hacia ellos y los había asustado.

En ese estado, la situación podía ser desastrosa. Rowan sabía que podían romper de nuevo la cerca y escapar, a menos que hiciera algo para tranquilizarlos. Se abrió paso entre la multitud y corrió hacia el campo de los bukshah.

Para su alivio, la extraña niebla se había disipado un poco y podía ver con claridad el sendero, incluso sin luz. Mientras caminaba, iba cavilando, y cuanto más lo hacía, más convencido estaba de que era una simple coincidencia que Norris y Shaaran estuvieran viviendo en la aldea.

«Aquellas capas con capucha que vestíamos en el sueño... eran viejas capas de guerrero de Rin, hechas de piel de bukshah —se dijo—. Hace mucho tiempo que no existe este atuendo en nuestra tierra. Y además, en el sueño, Norris decía que Sheba se había marchado a la costa. Es evidente que aquello no sucederá. La propia Sheba me lo dijo».

Los bukshah seguían bramando, y oyó a Estrella, con su distintivo bramido, más fuerte que los demás. Rowan aceleró el paso. Casi corría al llegar a la cerca del campo.

Junto a ella estaba el cobertizo donde se almacenaba la comida de la manada en invierno. Rowan abrió la puerta, entró en la penumbra de olor dulzón y cogió media bala de heno del borde de una pila, por desgracia muy pequeña, que aún quedaba en el suelo. Sabía que un poco de comida tranquilizaría enseguida a los animales. Arrastró la bala, se encaminó al campo y los llamó con voz queda.

Los bramidos cesaron, pero los bukshah no acudieron a su llamada. Desconcertado, Rowan escudriñó la oscuridad y la niebla que aún se arremolinaba sobre el arroyo helado, y luego los llamó de nuevo.

Estrella le contestó con un leve rugido, pero, aun así, no se produjo el menor movimiento. Rowan se dirigió a tientas hacia el sonido, hasta distinguir las figuras grises encorvadas, apoyadas inmóviles contra la cerca que separaba el campo del huerto. En ese punto, la niebla apenas era un fino velo, y pronto pudo ver la manada con claridad.

Los bukshah se habían apiñado, los más grandes y fuertes en la periferia y los más débiles en el centro. Incluso cuando vieron lo que arrastraba Rowan, ninguno de ellos se movió, excepto Estrella, que dio un paso hacia él.

—Estrella, no hay nada que temer —susurró Rowan, mientras se acercaba a ella y dejaba caer la bala de heno a sus pies. Palmeó su lomo con suavidad—. Neel no os hará daño y el fuego está apagado. Estáis a salvo.

Estrella sacudió la cabeza y emitió un rugido gutural. Le temblaba la piel debajo de la rizada lana de la crin.

Rowan experimentó una desagradable punzada de duda. ¿Estaban realmente a salvo? Desde

luego, Estrella no parecía convencida, y Rowan era consciente de que sus instintos habían demostrado ser más fiables que los suyos en el pasado.

Contó las cabezas a toda prisa. Después, mientras un terrible escalofrío le recorría el cuerpo, avanzó entre los bukshah llamándolos por su nombre. Todos respondieron... excepto uno. Faltaba Crepúsculo, el gris claro, el más viejo de la manada, el favorito de Lann. Y solo podía existir una razón.

Desesperado, Rowan desmenuzó la bala de heno y la distribuyó entre la manada para que todos pudieran compartirla.

—Lo siento, Estrella —dijo—. Siento lo de Crepúsculo. No me había dado cuenta de que estaba... tan débil. Por la mañana iré a buscarlo. Ahora...

—¡Rowan! ¿Eres tú?

Al oír eso, Rowan dio un brinco. Era la voz de Jonn. Sonaba extrañamente tensa. Procedía del huerto.

Miró por encima de la cerca y distinguió el brillo de un farol.

—¡Sí, Jonn! —gritó.

—¡Ven aquí, Rowan!

Sí, no había la menor duda. La voz de Jonn sonaba estrangulada. ¿Qué había ocurrido? ¿Estaría relacionado con Neel?

Con el alma en vilo, Rowan acarició a Estrella, se apresuró hacia la cerca y caminó por la nieve hacia la luz.

Encontró a Jonn esperándole junto a la arboleda. El hombretón parecía distraído, pero sus ojos se abrieron de par en par cuando Rowan apareció entre la oscuridad.

—¡Rowan! —resolló—. ¿Dónde está tu chaqueta? ¡Debes de estar helado!

Solo entonces Rowan reparó en que la había dejado en la Casa de los Libros. Había caminado hasta el campo de los bukshah sin más protección que su chaqueta de lana, y ni siquiera se había dado cuenta.

Rowan y Jonn se miraron durante unos largos y tensos instantes.

—¡Todo forma parte de lo mismo! —musitó Jonn al fin—. ¡Ven a ver! —le urgió—. Mira lo que he encontrado cuando estaba buscando a Neel.

Se volvió y se dirigió hacia los árboles. Confuso, Rowan le siguió. Se le hizo un nudo en el estómago al descubrir que Jonn se estaba encaminando hacia la choza de Sheba.

Jonn se detuvo en el lindero del huerto y levantó el farol. Allí delante estaba el claro que había ante la puerta de Sheba.

Pero no era como Rowan lo había visto la última vez. Ninguna luz parpadeaba en el interior de la choza. Ningún olor a humo amargo. Ningún cántico. Y un sendero negro partía de la puerta, describía una curva en la nieve y se perdía en dirección a las colinas.

Rowan lo miró.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz entrecortada.

Sin decir una palabra, Jonn le condujo hasta el sendero negro. Al pisarlo, Rowan notó que el suelo irradiaba calor aun a través de sus gruesas y húmedas botas. Dio unos pasos y, asombrado,

vio que allí donde pisaba se elevaba vapor.

—El sendero se dirige a las colinas —dijo Jonn. Su voz, por lo general tranquila, bullía de entusiasmo—. Lo he seguido hasta estar seguro. Llega al arroyo y luego continúa hacia la costa.

Rowan estaba desconcertado y apenas podía pensar. Tragó saliva.

—Pero Sheba me dijo...

—¡Nada más que la verdad! —le interrumpió Jonn—. Con su forma engañosa de costumbre, te dijo exactamente lo que había planeado. Que nos enseñaría... ¡y nos está enseñando! También dijo que no abandonaría la aldea con nosotros y no lo ha hecho. ¡Porque ya se ha marchado! ¡Nos está guiando!

Sujetó el brazo de Rowan.

—¿No lo entiendes, Rowan? Esto es lo que estaba haciendo con el conjuro del calor. Sheba va a practicar un sendero en la nieve que nos conducirá hasta la costa.

—Pero... —No pudo continuar. Estaba asombrado, aliviado y asustado al mismo tiempo—. ¡Pero Sheba apenas puede andar, Jonn! Aunque pudiera fundir la nieve, ¿cómo podría...?

—No camina, Rowan, cabalga —dijo Jonn. Bajó el farol para iluminar el suelo negro. Y allí estaban las inconfundibles y fatigosas pisadas de una bestia enorme provista de garras.

El rastro de Unos, el grach.

## 6 Tristes hallazgos



Y así fue como el pueblo de Rin abandonó el valle al amanecer, pero no atravesando la espesa capa de nieve como habían previsto, sino caminando en filas de a cuatro por la senda negruzca que la Mujer Sabia había preparado para ellos.

Rowan y Shaaran los despidieron en el punto donde el sendero se encontraba con el arroyo, y allí se quedaron para verlos marchar, todos con la cabeza erguida y la vista clavada en el horizonte. Los fue invadiendo una profunda tristeza, pero no lloraron, y solo Allun, el medio Viajero, se volvió para mirar.

—No les importa —murmuró Shaaran. Tenía los ojos bañados en lágrimas.

—Sí que les importa —replicó Rowan—. Pero no les gusta demostrarlo.

Devolvió el saludo a Allun y dio media vuelta para no ver más la larga fila que se alejaba hacia el este, lo único que se movía en aquel desierto blanco.

—Ven —dijo pasando el brazo alrededor de Shaaran—. Hemos de regresar con los demás. Norris se estará preguntando dónde estás.

Shaaran se mordió el labio.

—No, no lo hará —dijo en voz baja—. Está muy enfadado conmigo porque no le he dejado. Dice que mi debilidad es una vergüenza para ambos. Pero, con la excepción de mi abuelo, Norris fue mi único compañero en la tierra de los Zebak. No podía abandonarle, Rowan. ¡No podía!

Rowan sintió pena por ella. Sabía muy bien lo que significaba ser débil y diferente en el tenaz pueblo de Rin.

—No eres débil, Shaaran —le susurró al oído mientras empezaban a caminar hacia la aldea—. A tu manera, eres muy fuerte. ¡Recuerda cómo luchaste con Neel para proteger las sedas!

Se arrepintió al instante de haber hablado, pues Shaaran se estremeció al oír el nombre de Neel.

No habían localizado al alfarero la noche anterior, a pesar de una búsqueda que se había prolongado durante horas.

—El muy imbécil habrá caído en un hoyo y habrá muerto de frío, tenlo por seguro —había dicho Lann con rotundidad.

Pero Rowan y Jonn no estaban tan convencidos. Por su parte, Shaaran temía que Neel siguiera escondido en algún lugar del pueblo, a la espera de encontrar una nueva oportunidad de destruir los rollos.

—No culpo a Neel —dijo la muchacha—. Solo intentaba hacer lo que creía correcto, y espero de todo corazón que esté bien. Pero si pudiéramos descubrir su paradero, hablaríamos con él y le explicaríamos...

Rowan la miró, con la esperanza de que no repitiera aquellas palabras de perdón delante de Lann. La vieja guerrera las recibiría con desprecio.

Al pasar por delante de la choza de Sheba camino del huerto, Rowan pensó en algo que tal vez podría disipar las preocupaciones de Shaaran.

—Tengo que dar de comer a los bukshah —dijo—. ¿Quieres acompañarme?

Shaaran vaciló. Una mezcla de miedo y deseo de complacerle asomó a su rostro. A Rowan siempre le había sorprendido que temiera a los dóciles bukshah, cuando Unos, el grach, de aspecto espantoso y afiladas garras, no le asustaba lo más mínimo.

—Da igual —se apresuró a decir—. En cualquier caso, primero informaré a Lann, porque no quiero que se preocupe. Pero los bukshah nunca te harían daño, Shaaran. Son las bestias más dóciles que existen.

—Sus cuernos parecen muy peligrosos —replicó la muchacha en voz baja.

Rowan rio.

—Ya te lo he dicho: nunca usan los cuernos —respondió—. Ni siquiera entre sí.

—Entonces, ¿por qué tienen cuernos? —insistió Shaaran.

Rowan no supo qué contestar. A menudo se había hecho la misma pregunta.

La aldea se hallaba sumida en el más absoluto de los silencios cuando entraron. No hablaron mientras atravesaban la plaza, y caminaron de puntillas entre las casas cerradas a cal y canto. Sin nadie que le infundiera vida, la plaza parecía un cementerio.

Al fin llegaron aliviados a la panadería. Por lo menos, allí había ruido y movimiento. Cuando Rowan y Shaaran entraron en la enorme cocina, oyeron la voz de Lann dando órdenes, y el ruido de los muebles que estaban cambiando de sitio en la sala de estar.

Habían decidido que, con el fin de que los escasos suministros de leña y aceite duraran lo máximo posible, la gente que se quedara en Rin debía mudarse a una sola morada, con el fin de compartir los alimentos, la luz y el calor.

Lann se había decantado por la panadería, porque era espaciosa y se hallaba cerca del centro de la aldea. Rowan estaba muy contento. Le encantaba la panadería. Estaba llena de agradables recuerdos de la cariñosa madre de Allun, Sara, y del propio Allun, que canturreaba mientras sacaba bandejas de aromáticos bollos y rosquillas del viejo horno negro.

Pero cuando él y Shaaran entraron en la acogedora sala de estar que había detrás de la cocina, se dieron cuenta de que, con Lann al mando, la estancia en la panadería no iba a ser tan placentera y confortable como lo había sido otrora con Sara como ama de casa.

Habían vaciado de muebles la enorme sala. Solo quedaba una silla junto al fuego, en la que estaba sentado Norris, iracundo, y el taburete en el que descansaba su pierna herida. Alfombras traídas de otras habitaciones de la planta superior se amontonaban en el suelo para evitar las corrientes de aire.

Las ventanas estaban herméticamente cerradas, y Bronden había bloqueado el hueco de la escalera con muebles y mantas viejas para impedir que el aire caliente se escapara.

Se habían dispuesto cinco sacos de dormir alrededor de las paredes desnudas, y al lado de cada uno habían dejado la bolsa de efectos personales de los futuros inquilinos, junto con una taza de

hojalata, un plato y una cuchara.

Era algo así como un campamento militar preparado para resistir un largo asedio, el asedio del frío. Lann estaba de pie, observando, apoyada en su bastón.

—¡Por fin habéis llegado! —dijo cuando entraron Rowan y Shaaran—. ¿Veis todo el trabajo que nos ha tocado hacer mientras estabais holgazaneando en las colinas? ¡No es una buena forma de empezar!

Su tono era áspero y su rostro, un amasijo de arrugas fruncidas. Shaaran se acurrucó contra Rowan y suspiró para sus adentros.

El muchacho sabía muy bien que Lann estaba utilizando el trabajo y el enojo para disimular la tristeza que sentía por la marcha de su pueblo, pero la anciana aterrizzaba a Shaaran.

—Ayuda a Bronden con la escalera, Rowan de los Bukshah —dijo con brusquedad Lann—. Y tú, muchacha, echa más leña al fuego.

—Puedo hacerlo yo —dijo Norris, mientras se levantaba con gran esfuerzo—. Shaaran no es lo bastante fuerte para...

—¡No te muevas de donde estás, Norris! —ladró Lann—. Si no descansas, tu pierna no sanará. Tu hermana insistió en quedarse y ha de colaborar.

Enfurrñado, Norris se derrumbó de nuevo en la silla.

—No puedo ayudar a Bronden ahora, Lann —anunció Rowan—. He de cuidar de los bukshah. —Aspiró una profunda bocanada de aire y se obligó a mantener el mismo tono de voz—. Es posible que tarde más que de costumbre. Anoche murió Crepúsculo. Tengo que encontrarlo y darle sepultura, por el bien de los demás.

—¿Crepúsculo? —Las arrugas del rostro de Lann se acentuaron, y por un momento algo parecido a la desesperación oscureció sus ojos apagados. Pero fue lacónica—. Sepúltalo pues, pero no olvides esquilarlo. No hay que desperdiciar la lana.

‡ ‡ ‡

El campo de los bukshah era un yermo blanco, marrón y gris. Detrás se alzaba la imponente Montaña, envuelta en la niebla.

Los bukshah continuaban apiñados junto a la cerca del huerto. La nieve estaba erizada de huecos a su alrededor, en los puntos donde habían escarbado con las pezuñas para encontrar raíces de hierbas, el único alimento disponible en el campo.

No habían acudido a la llamada de Rowan, e incluso cuando este rompió el hielo de la charca con una barra de hierro, ni siquiera se inmutaron. Solo cuando corrió hacia el cobertizo para sacar su ración diaria de heno se acercaron a él.

Cuando empezaron a comer, Rowan cogió una pala, un saco y las tijeras de esquilar que había dejado preparadas, y siguió el rastro de las pezuñas hasta un pisoteado terreno que había junto al arroyo. Para su sorpresa, no encontró rastro del cadáver de Crepúsculo por ninguna parte.

El arroyo, bloqueado por el hielo, borboteó bajo sus pies cuando cruzó la nieve que lo cubría. La Montaña se erguía como una muralla blanca informe ante sus ojos. Soplaba una brisa glacial

que cortaba el aliento. De pronto, la voz de Neel resonó en su memoria: «¡Es una maldición! Hemos ofendido a la Montaña, y ahora se ha vuelto en contra nuestra».

Después, Rowan vio algo en lo que no había reparado durante los frenéticos días anteriores: no había pisadas de bukshah a ese lado del arroyo. Grandes y suaves dunas de nieve se extendían como las olas en el mar de Maris, hasta perderse en la neblina de la Montaña. Aun en su incansable búsqueda de alimento, los bukshah no habían cruzado el arroyo desde la última nevada, tres días atrás.

Rowan se sobresaltó al oír un gruñido suave y ronco a sus espaldas. Se volvió de inmediato y vio a Estrella al otro lado de la corriente, observándole. A modo de experimento, alargó la mano para invitarla a cruzar, pero Estrella permaneció inmóvil. Rowan atravesó de nuevo el arroyo arrastrando la pala y se acercó a ella. Hundió las manos en la espesa lana de su crin. Estaba temblando.

—Estrella, ¿dónde cayó Crepúsculo? —susurró.

Estrella pateó la nieve y bajó la cabeza, hasta casi tocarla con la punta de sus enormes cuernos curvados.

—¡Crepúsculo! —repitió Rowan, y asió con más fuerza su crin—. Enséñame dónde está, Estrella.

Estrella volvió la cabeza para mirarle y luego echó a andar con desgana. Condujo a Rowan a lo largo de la corriente oculta hasta llegar al recodo más alejado de la tierra hollada. Allí se detuvo y pateó de nuevo el suelo.

Rowan miró a su alrededor. No había más que un enorme montículo de nieve que salvaba el arroyo a modo de puente y terminaba en el otro extremo. Una horrible idea asomó a su mente. Tal vez Crepúsculo había caído de rodillas y el extremo del montículo se había derrumbado sobre él cuando intentaba ponerse en pie. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Las secó antes de que se le congelaran en las mejillas, tomó la pala y empezó a excavar en el montón de nieve.

Estrella retrocedió y bramó en tono perentorio.

—No temas, Estrella —dijo Rowan. Aunque lo cierto era que, a cada palada de nieve que arrojaba a un lado, el miedo se iba adueñando más y más de él. Le temblaban las manos.

«Pero ¿qué me pasa? —pensó malhumorado—. He visto la muerte en innumerables ocasiones». Apretó los dientes, se inclinó y siguió excavando más deprisa, practicando un túnel en la extensión de nieve helada.

De pronto, con un grito de sorpresa, se tambaleó hacia delante y estuvo a punto de caer. La pala se había hundido en un espacio hueco debajo de la nieve.

Se arrodilló y examinó el hueco. Se le erizó el vello. Un espacio largo, estrecho, de sombras azuladas. El potente borboteo de la corriente resonaba en las paredes de hielo. Un aire tan frío que agujoneó sus ojos y labios, hasta el punto de que el medallón colgado alrededor de su cuello dio la impresión de quemarle la piel.

Rowan lanzó una exclamación ahogada, petrificado de miedo. Estrella gimió, le empujó con el hocico para que se levantara. El contacto rompió el hechizo. Poco a poco, sus ojos se adaptaron a la luz y empezó a comprender lo que estaba viendo. La nieve caída había camuflado la entrada de

un túnel debajo del ventisquero. En el extremo más alejado, encajado entre muros de hielo, yacía algo lanudo y gris: Crepúsculo.

A Rowan se le hizo un nudo en el estómago. Tal como había temido, Crepúsculo había caído y quedado enterrado por la nieve al derrumbarse. De algún modo debió de arrastrarse hacia delante, pensó, y formó un túnel a través de la nieve helada. Después, cuando no pudo seguir avanzando, se dio por vencido y murió.

Tembloroso, se puso en pie. La idea de desenterrar los patéticos restos de Crepúsculo y esquilarlo le daba náuseas, y la idea de adentrarse en aquella tumba azulada le aterraba. Sabía que sería incapaz de hacerlo.

Empuñó la pala y cerró de nuevo la boca del túnel. Estrella le dio un golpecito en el brazo, ansiosa por marcharse. Rowan sujetó una vez más su crin y se dejó llevar. Notó que su piel temblaba bajo el espeso pelaje.

«Las bestias son más sabias de lo que imaginamos...».

Los dedos de Rowan asieron con más fuerza la suave lana, mientras una certeza terrible atravesaba su mente como un fragmento de hielo.

Estrella le quería, pero ya no confiaba en sus decisiones. Sabía que el frío procedía de la Montaña. Lo sabía desde hacía días, y sabía también que todos los cuidados y los mimos de Rowan solo conducirían a la muerte lenta de la manada. Como si hubiera adivinado la desesperación del muchacho, la gran bukshah se detuvo y levantó la cabeza para mirarle. Sus pequeños ojos negros buscaban los de Rowan. Este sostuvo su mirada. Por fin, Estrella desvió los ojos y reanudó la marcha.

‡ ‡ ‡

El resto del día transcurrió como un sueño, un sueño extraño y silencioso. El único sonido que se oyó era el martilleo de Bronden, que cerraba una cabaña tras otra para protegerlas de las inclemencias del tiempo.

Rowan no dijo nada de su hallazgo en el campo de los bukshah. No deseaba hablar de la horrible muerte de Crepúsculo ni tampoco del miedo que experimentó al sentir el aliento gélido de la Montaña en su rostro. Si contaba a los demás que aquel terrible frío que azotaba el valle procedía de ella, parecería tan histérico y supersticioso como Neel.

Pasó el resto de la mañana ayudando a Lann, acarreando alimentos, combustible y otros suministros a la panadería, buscando en vano un farol extraviado que Lann insistía haber llenado de aceite y que había que encontrar a toda costa. Por la tarde, después de un frugal almuerzo a base de pan y queso, trabajó en el campo de los bukshah, revisó las cercas y partió de nuevo el hielo de la charca, mientras la manada le observaba con apatía.

Al atardecer, el aire se hizo más frío, más que cualquier otro día. Rowan seguía trabajando. Miraba al suelo para no ver la Montaña, aunque cada nervio de su cuerpo era consciente de su presencia amenazadora, de su gélida respiración, el aliento de la muerte.

Cuando el Dragón que habitaba en la cumbre rugió al anochecer, tenía las manos tan

insensibles que ya no era capaz de sostener las herramientas. La niebla se estaba espesando al pie de la Montaña, y avanzaba hacia el río a través de los ventisqueros. Tenía que buscar refugio en la panadería, y de prisa. Pero no quería dejar solos a los bukshah, acurrucados junto a la cerca del huerto. Temía lo que pudiera deparar la noche.

## 7 ∞ Terrores nocturnos



Rowan avanzó a través de las calles vacías y en penumbra, y pasó por delante de las casas cerradas. Se sentía como un espectro. Pero cuando por fin llegó a la panadería y entró en la cálida e iluminada cocina, le mejoró un poco el ánimo.

Un caldero de sopa de hierbas aromáticas hervía en el fogón. En la sala de estar reinaba la paz. Norris estaba enseñando a Bronden nuevas formas de anudar cuerdas; Lann dormitaba junto al fuego, y Shaaran estaba de pie frente a una tira de seda tensada en un marco, con un pincel fino en la mano.

—Lann dijo que debía hacer un rollo de la situación actual, de la nieve y de la gente abandonando la aldea —explicó a Rowan cuando este se acercó a ella—. Dijo que era algo importante, que debía continuar el trabajo de mis antepasados, pintando los sucesos más destacados de nuestra historia para que las futuras generaciones no la olvidaran. Ya casi he terminado el esbozo.

Rowan observó con admiración el dibujo, la larguísima hilera de gente que seguía un camino negro en dirección este, los bukshah en su campo y la Montaña presidiendo el valle. Después miró a Shaaran. Sus ojos no reflejaban ya desesperación y desconsuelo, sino que rebosaban de determinación y alegría.

Rowan se acostó pronto aquella noche. No deseaba hablar. Tenía demasiadas cosas en la mente que no podía compartir. Aun así, y pese al cansancio, luchó para no dormirse.

Estaba tumbado de costado con la cara vuelta hacia la pared, mientras Shaaran pintaba, y Lann, Bronden y Norris, sentados junto a la chimenea, charlaban de los que se habían marchado y se preguntaban cuánto habrían caminado aquel día y si estarían bien.

Poco a poco, las voces se fueron apagando hasta convertirse en un murmullo apenas perceptible, que aleteaba en los límites de su conciencia. Cerró los ojos y se relajó.

«No debes temer nada —se dijo—. Esta noche no soñarás, no soñarás...».

Rowan abrió los ojos. Estaba en una cueva. La niebla se arremolinaba en la oscuridad más allá de la entrada estrecha y triangular. A su lado, tres figuras envueltas en pesadas capas se hallaban acurrucadas junto a una pequeña fogata. La luz roja parpadeante apenas iluminaba su rostro, pero Rowan las reconoció: Norris, Shaaran y él mismo.

No le prestaban atención. Sabía que no podían verle. Esta vez no cabía duda: estaba soñando.

—El fuego nos mantendrá a salvo —susurró Shaaran—. Ya lo veréis.

—Supongo que sí —dijo Norris con aspereza—. Pero la noche será larga.

Rowan vio que su doble miraba a la muchacha. Sus ojos reflejaban miedo. Tenía la caja de los rollos de seda en su regazo, y la apretaba contra sí con tanta fuerza que los dedos se le habían

puesto blancos.

—Echemos un vistazo a esas sedas —sugirió la figura de Rowan—. Rememoremos los viejos tiempos. Nos evadiremos del presente y recordaremos por qué estamos aquí.

Norris gruñó y se volvió, pero la muchacha asintió ilusionada. Abrió la caja, buscó en su interior y extrajo al azar una de aquellas sedas tan familiares. Se puso de pie y la desenrolló. La figura de Rowan contuvo el aliento. Norris se dio la vuelta. La muchacha miró el rollo y adivinó de qué imagen se trataba.

—¡Qué mala suerte! —exclamó—. No quería...

Su voz se perdió en el aire, mientras con sus manos temblorosas empezaba a enrollar de nuevo la seda. Pero Rowan había visto lo suficiente para que se le erizara el vello de la nuca.

La pintura era en blanco, negro y sombras de azul y gris. Las sombras eran claras y precisas, creaciones de una mano dotada. Una larga fila de gente caminaba a través de unas colinas nevadas, siguiendo un sendero negro chamuscado que se perdía en el inhóspito horizonte.

Los bukshah, las únicas manchas oscuras en la llanura cubierta de nieve, permanecían apiñados al pie de la Montaña, que se cernía sobre todas las cosas, envuelta en niebla. Y de la niebla emergían centenares, miles de gigantescas criaturas sin ojos, parecidas a serpientes. Criaturas con las fauces babeantes perfiladas de azul y dientes como astillas de hielo. Criaturas que se deslizaban y retorcían, y excavaban túneles en la nieve, buscando, buscando...

Algo sujetó el brazo de Rowan. Se volvió con brusquedad e intentó desasirse. Quiso gritar, pero todo cuanto fue capaz de articular fue un gruñido ahogado.

—¡Rowan! —La voz resonó con fuerza en su oído. Era Bronden—. ¡Despierta! Estás hablando y gimiendo en sueños y no nos dejas dormir. ¡Despierta o estate callado, por lo que más quieras!

Rowan abrió los ojos, y durante una décima de segundo permaneció inmóvil, mirando el rostro irritado y soñoliento de Bronden. Después, se puso en pie de un brinco.

—¿Qué te pasa? —preguntó la mujer irritada.

Rowan, todavía asustado, tenía un nudo en la garganta, y la cabeza le daba vueltas con las visiones del sueño.

—¡Los bukshah! —jadeó, mientras se calzaba las botas a toda prisa y se apoderaba de su cuchillo—. ¡Me he equivocado! Estrella sabía que... todos sabían... ¡Ay, pobre Crepúsculo! Fue el primero. Arrastrado bajo tierra. Arrastrado...

Bronden le miró. A la tenue luz del fuego vio que Lann se sentaba poco a poco, mientras Norris y Shaaran le miraban.

«El fuego nos mantendrá a salvo...».

Rowan corrió hasta el otro extremo de la habitación, tomó una antorcha del montón y la arrojó en las brasas. Prendió al instante.

—¡Rowan! —aulló Lann, al tiempo que alargaba impaciente un brazo en dirección a Bronden para que la ayudara a levantarse—. ¡Dinos qué ocurre!

—¡Traed antorchas! —gritó Rowan—. ¡El campo de los bukshah! ¡Daos prisa, por lo que más queráis!

Sosteniendo la antorcha en alto, atravesó la cocina y salió a la calle, donde la neblina helada

remolineaba como algo vivo, se aferraba a sus ropas, invadía sus pulmones y le cegaba.

Pero Rowan corría como el viento, con el corazón acelerado y el pecho oprimido a causa del miedo. A su espalda oía las pisadas de Bronden, y otras más ligeras detrás. Y a Norris, gritando a Shaaran que se quedara. Y también a Lann, dando infructuosas órdenes, al tiempo que intentaba darles alcance.

Al dejar atrás las casas y precipitarse hacia el silencioso campo de los bukshah, Rowan miró hacia atrás y vio las antorchas centelleando en la niebla. Formaban una fila de cuatro.

Una para llorar y una para luchar.

Una para soñar y otra para volar.

De repente, muy cerca, oyó un grito ensordecedor.

No había sido Estrella, ni tampoco ninguno de los demás bukshah. Era una voz humana que flotaba en la niebla en oleadas de frío mortal. Distinguió la silueta del cobertizo del heno. La puerta estaba abierta de par en par y, junto a ella, una parte de la cerca abatida, medio enterrada en la nieve. Y muy próxima, en el campo de los bukshah, una luz que se movía sin cesar.

—¡Ah, no! ¡No!

El grito resonó más fuerte, como un lamento.

Rowan se dirigió dando traspiés hasta la cerca rota y a través de la niebla pudo distinguir la figura de Neel, el alfarero, tambaleándose en la nieve. Neel gritaba mientras corría hacia el cobertizo, con un farol oscilante cuya luz describía grandes arcos delante de su cuerpo. Llevaba briznas de heno en el pelo y en la ropa. La neblina se arremolinaba a su alrededor y formaba figuras espectrales bajo la luz. Tenía los ojos desorbitados, y su rostro crispado miraba al cielo como una reluciente máscara de terror.

«Neel no está muerto», pensó Rowan estúpidamente, mientras su mente asimilaba lo que veían sus ojos. Era él quien había cogido el farol de Lann y había permanecido escondido en el cobertizo, detrás de las balas de heno, todo aquel tiempo. «Pero ¿por qué...? ¿Por qué...?».

Neel chilló y balanceó en alto el farol. Rowan, horrorizado, distinguió por fin lo que estaba viendo el alfarero: unas formas reptantes más allá del círculo de luz. Alrededor de Neel, elevándose sobre él, había unas gigantescas y terroríficas bestias blancas parecidas a serpientes, sin ojos, con las fauces abiertas como agujeros azulados en la nieve.

Neel volvió a gritar. Un poco de aceite ardiente se derramó del farol mientras lo sostenía en alto. El fuego líquido le resbaló por las manos antes de caer al suelo. Las bestias silbaron, y dio la impresión de que el frío glacial de su aliento congelaba el aire, que se espesó y adquirió una tonalidad blanquecina. Neel cayó de espaldas. Se le había helado el sudor en el rostro hasta formar una máscara pálida y agrietada. Aún sostenía el farol.

Rowan gritó y dio un salto hacia delante con la antorcha en alto. Avanzó hacia Neel, pero este volvió a gritar. Rowan le agarró del brazo e intentó ponerle en pie. El enloquecido Neel se aferró a él y le obligó a arrodillarse.

—¡Han venido a por nosotros! —chilló el alfarero—. ¿Me crees ahora? ¿Lo ves con tus propios ojos?

—¡Levántate! —aulló Rowan, y trató de ponerse de nuevo en pie.

Pero loco de terror, gritando y babeando como atrapado en una pesadilla de la que no pudiera despertar, Neel se asió a Rowan como un náufrago de un tablón, tirando de él hacia el suelo.

Y las horribles bestias seguían danzando con sus bocas azules abiertas lo suficiente como para engullir a un hombre, y sus dientes brillaban como largas agujas de hielo, curvados hacia atrás para retener a su presa y arrastrarla hacia la tenebrosa oscuridad.

«Reptiles del hielo...».

Las bestias silbaban, y el sonido era como un cuchillo al cortar la nieve fresca, y un aliento gélido brotaba de sus fauces abiertas.

—¡No! —gritó Neel, y arrojó el farol, que salió despedido a un lado y golpeó la pared del cobertizo. Las llamas prendieron.

Neel bramó. Sus ojos traslucían un pánico inimaginable. Después, de repente, se arrojó sobre el cuerpo de Rowan, se arrastró sobre él como si fuera un tronco de árbol o un saco de trigo, le pateó con sus pesadas botas y avanzó hacia el fuego.

Los reptiles del hielo volvieron sus ciegas cabezas y siguieron el movimiento.

Y mientras Rowan conseguía recuperar el equilibrio, rodeando con un brazo sus doloridas costillas, apenas vio un destello blanquecino cuando una de aquellas bestias se abalanzó sobre Neel y le alzó en el aire, mientras profería un escalofriante chillido.

En cuestión de segundos, la bestia retrocedió y se desvaneció en la niebla, se oyó el sonido de nieve al deslizarse y Neel desapareció. Las bestias restantes se volvieron hacia Rowan.

Agitó la antorcha de un lado a otro, al tiempo que retrocedía poco a poco para no tropezar y caer.

En ese caso, estaría perdido. Las bestias rugían amenazadoras y su aliento se clavaba en su rostro como fríos cuchillos.

Rowan tenía las piernas casi congeladas. Se tambaleó. La llama osciló. A través de los bramidos que resonaban en sus oídos, oyó los gritos de Shaaran y las maldiciones de Bronden, que le llamaba. Shaaran y Bronden habían llegado a la cerca y habían visto...

—¡Retroceded! —se oyó gritar a sí mismo—. ¡Huid!

De pronto oyó pisadas a sus espaldas, seguidas de sollozos y lamentos. Rowan sintió que alguien le sujetaba del brazo. Por el rabillo del ojo vio el rostro descompuesto de Bronden, mientras le empujaba detrás de ella sin demasiadas contemplaciones.

Le estaba protegiendo con su cuerpo y se enfrentaba a las bestias con una antorcha en una mano y su espada reluciente en la otra. Y Shaaran, sin dejar de sollozar y temblar, permanecía a su lado, con un frágil brazo alrededor de su cintura; le ayudaba a mantenerse en pie, mientras sostenía en alto otra antorcha encendida.

—¡Atrás! —gritó Bronden—. ¡Atrás!

Retrocedió a toda prisa, y Rowan y Shaaran corrieron tras ella dando tumbos. Pero los reptiles del hielo los seguían con las fauces abiertas de par en par y la cabeza lista para apoderarse de ellos...

## 8 ∞ Afrontar la verdad



Rowan vio por el rabillo del ojo que, al caer el farol, la madera del cobertizo del heno había prendido y que era pasto de las llamas.

—¡El fuego! —gritó—. ¡Bronden! ¡Ve hacia el...!

Bronden le oyó y empezó a retroceder hacia el cobertizo. Lentamente, muy lentamente...

Entonces, Norris, resollando y maldiciendo, emergió entre la niebla con otra antorcha en la mano y la espada de Lann en la otra.

Bronden desvió la vista hacia él. Fue una mirada fugaz, una fracción de segundo, pero fatídica. La antorcha se inclinó un poco a la izquierda, y un reptil la atacó, veloz como el rayo, y le clavó sus afilados dientes en el costado derecho, justo por encima de la cintura.

Bronden emitió un gemido estremecedor y dejó caer la espada, mientras intentaba desasirse de la bestia que la estaba arrastrando hacia lo alto.

Sin pensarlo dos veces, Norris descargó un golpe con la espada de Lann en la cabeza del reptil. La espada resbaló sobre el reluciente pellejo blanco con un sonido metálico. La bestia pareció estremecerse, pero no soltó a su presa.

Nunca la soltaría. Había alcanzado a Bronden con un golpe oblicuo, pero sus dientes estaban clavados en el relleno de su chaqueta y se habían hundido en la carne.

Shaaran, con el rostro pálido, agitaba la antorcha de un lado a otro, para protegerlos de las demás bestias que se retorcían a su alrededor.

—¡Shaaran! —aulló Norris—. ¡Déjanos! ¡Huye!

La muchacha no contestó.

—¡La chaqueta de Bronden! —resolló Rowan—. ¡Norris, quítale la chaqueta! ¡Después, sujétala de las piernas! ¡Sujétala!

Norris asió la chaqueta y tiró de ella. Se oyó el ruido de las costuras al desgarrarse y las hebillas al reventar. Rowan esperó un instante agónico, mientras Norris aferraba las piernas de Bronden. Acto seguido, arrojó su antorcha a la cabeza de la bestia.

El reptil se retorció y silbó con violencia. Bronden lanzó un grito de angustia. Después, la bestia retrocedió, con la chaqueta desgarrada todavía entre los dientes, y Bronden cayó al suelo, manchando la nieve con la sangre que brotaba de su costado.

Los demás reptiles se abalanzaron sobre ellos, enfurecidos. Rowan, Shaaran y Norris protegieron el cuerpo de Bronden con sus antorchas en alto. Las terribles bestias retrocedieron.

Sabían que aquello no podía durar, y también lo sabían los reptiles. Sus cuerpos resbaladizos y brillantes se arqueaban y retorcían, con la cabeza gacha. Dio la impresión de que sonreían cuando sus terribles bocas se abrieron, silbaron...

Entonces se oyó el grito desafiante de Lann a través de la niebla, y el cobertizo estalló en llamas. Las llamas saltaron a través del techo. Un chorro de chispas al rojo vivo y fragmentos de heno quemado se elevaron en el aire. Oleadas de calor se formaron sobre la nieve.

Los reptiles del hielo retrocedieron de inmediato, con un sonido similar al de la nieve cuando cae de un tejado. Un instante después, habían desaparecido.

Incapaces de creer lo que había sucedido, que se hallaban a salvo, Rowan, Shaaran y Norris arrastraron a Bronden hacia el fuego, con la cabeza gacha para protegerse de las chispas que caían a su alrededor.

El calor los envolvió cuando llegaron al hueco de la cerca. La nieve se fundía lentamente bajo sus pies. Lann los estaba esperando con el rostro arrugado, cubierto de ceniza, y una sonrisa feroz que dejaba al descubierto sus dientes.

—¡Esto detendrá a los demonios durante algún tiempo! —dijo con voz rasposa.

No llevaba nada en las manos, salvo el bastón. Había dado su espada a Norris, y Rowan sabía que la antorcha que portaba cuando se dirigía al campo estaba en el cobertizo en llamas. Lann, la protectora más acérrima de los almacenes de la aldea, no había dudado en arrojarla a su precioso heno para avivar el fuego y salvar sus vidas.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Lann echó un vistazo al infierno en que se había convertido el cobertizo. Su mueca de triunfo se desvaneció, dejando paso a un rostro sombrío y desconsolado.

—No había otra solución —musitó.

—Eso no importa ahora —replicó Rowan. No reconoció su voz.

Lann le examinó durante unos instantes. Después tensó los labios y se inclinó para examinar el costado de Bronden.

—Le ha desgarrado la carne —dijo, al tiempo que se quitaba la chaqueta para abrigar a Bronden—. Una herida dolorosa, pero una mujer fuerte como Bronden tendría que haber resistido mejor. Además, apenas sangra. Es como si el contacto con la bestia la hubiera congelado hasta el tuétano. Debemos resguardarla del frío sin más dilación. Llevadla entre vosotros. Yo me encargaré de las antorchas e indicaré el camino.

Norris, Rowan y Shaaran levantaron a Bronden del suelo. Era como un peso muerto. Apenas habían dado unos pasos, cuando Shaaran se detuvo.

—¿Qué vamos a hacer con los bukshah? —gritó—. No podemos abandonarlos...

—¡Usa tus oídos, muchacha! —replicó Lann—. ¿Alguna vez has visto a la manada tan silenciosa? ¡Y usa también los ojos!

Clavó el bastón en la nieve. Bajo la luz del fuego que seguía ardiendo en las ruinas del cobertizo, todos pudieron contemplar el rastro que se perdía en la oscuridad desde la cerca.

—Estrella se ha llevado al rebaño hace mucho rato, Shaaran —dijo con calma Rowan, mientras reemprendía la marcha—. Debieron de esperar a que yo me marchara, y después hicieron lo que consideraron más adecuado. De manera que al llegar los reptiles, el campo estaba vacío de presas... excepto Neel.

Lann y Norris miraron a su alrededor, asombrados. Habían llegado demasiado tarde para ver lo

que le había sucedido al alfarero.

—Cuando Bronden y yo llegamos al campo, Neel... ya estaba allí —dijo Rowan con los ojos clavados en el suelo—. Debió de esconderse en el cobertizo. Por alguna razón, salió en plena noche.

—Para robar comida del almacén, sin lugar a dudas —dijo Lann con semblante sombrío.

—Tal vez —repuso Rowan. Se mostraba reacio a hablar mal de Neel, aunque sus costillas magulladas todavía le dolían de las patadas que le había propinado—. En cualquier caso, debió de darse cuenta de que la cerca se había roto mientras dormía y salió al campo para comprobar si los bukshah se habían marchado...

—Y encontró más de lo que imaginaba —concluyó Norris apenado.

Shaaran emitió un sollozo ahogado.

—Neel siempre fue demasiado curioso —murmuró Lann—. Curioso y falto de carácter, como su padre. —Sacudió la cabeza—. Aun así, su padre murió en paz en su cama, y Neel tendría que haber hecho lo mismo... y sin duda lo habría hecho, de no haber sido por este desastre.

Encorvó los hombros y siguió caminando por la nieve.

—Ha tenido mala suerte. Neel nunca fue un alma feliz, ni siquiera de niño, pero tenía el don natural de silbar, que encantaba a los propios pajarillos, y sus vasijas eran extraordinarias.

Sus palabras eran tan monótonas y secas como la misma Lann, pero a Rowan le trajeron vividos recuerdos. El sonido del silbido que surgía de la alfarería en las suaves noches estivales. Neel sentado en su torno, con las manos húmedas y huesudas transformando pegotes de arcilla en cuencos, jarras y vasos.

Neel no había sido el hombre más querido de Rin, pero había formado parte de la aldea tanto como el Árbol de la Sabiduría o la Casa de los Libros. Y ahora, se había ido para siempre. La última visión de su rostro, blanco, con el sudor helado y loco de terror, se formó ante los ojos de Rowan. Se preguntó si podría olvidarla alguna vez.

El pequeño grupo caminaba en silencio.

—Quizá a Neel le faltara carácter —dijo Shaaran en voz baja cuando llegaron por fin a las calles de la aldea y se encaminaron hacia la panadería—. Pero tenía razón. Nos advirtió de que la Gran Helada había regresado. Nos advirtió sobre los reptiles del hielo. Nos advirtió y no le escuchamos, y esa fue la causa de su muerte.

—¡Murió debido a su propia locura, muchacha! —replicó Lann.

—¿Y las demás cosas que dijo, Shaaran? —preguntó Norris—. No irás a creer que la Montaña nos está castigando por culpa nuestra o de las sedas.

—No sé qué creer —murmuró Shaaran—. Solo sé que debe de haber una razón para todo esto, y si la razón no es lo que decía Neel, ¿cuál es? Cuando tú y yo vinimos aquí, Norris, la aldea bullía de vida. Ahora está muerta por completo. La gente se ha ido, los bukshah se han ido...

—Pero nosotros seguimos aquí, Shaaran de las Sedas —dijo Lann de manera categórica. Se detuvo ante la puerta de la panadería y la empujó para que pudieran entrar a Bronden.

Shaaran se mordió el labio, y, al hablar de nuevo, su voz era vacilante.

—Por el momento, sí —replicó—. Pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que también nosotros

nos marchemos? Cada día hace más frío, los monstruos han empezado a descender de la Montaña en busca de presas. Ya han invadido los campos, y tal vez muy pronto invadan también las calles.

—Estáte tranquila, Shaaran —gruñó Norris—. Si vienen, nos defenderemos con uñas y dientes. Eso es todo.

Dejaron a Bronden en el suelo frente a la fogata.

—¡Trae mantas, Rowan! —ordenó Lann, al tiempo que se arrodillaba junto a la mujer. Seguía inconsciente—. Y vendas, y bálsamo. Norris, atiza el fuego. Y tú, muchacha, haz algo útil. Pon agua a hervir. Tenemos trabajo que hacer.

Shaaran fue a la cocina, pero al llegar al vano de la puerta se volvió, con las mejillas encendidas, y miró a Rowan.

—Lann se niega a hablar de esto —dijo en voz alta—. Y Norris vuelve la cabeza fingiendo estar atareado con el cesto de leña. Pero tú sabes que estoy en lo cierto, Rowan, y sabes mucho más de lo que dices. —Sus ojos, por lo general dulces, se volvieron iracundos mientras las palabras surgían de su boca—. ¿Qué te dijo Sheba, Rowan? Sé que fue más, muchísimo más, de lo que has admitido. Lo he visto en tus ojos durante todo el día. Ha llegado el momento de que digas la verdad, y de enfrentarnos a ella, sea cual sea.

Rowan experimentó la sensación de que una mano helada le estaba estrujando el corazón. Una sospecha había asomado a su mente al ver la cerca rota y el rastro de los bukshah adentrándose en la oscuridad.

Ahora la sospecha se había convertido en una espantosa certeza.

«Cuando llegue la hora, lo sabrás».

—Sí —dijo con voz ronca. Sintió que los ojos asombrados e irritados de Lann se clavaban en él, y oyó que Norris emitía un gruñido malhumorado—. Sheba me confió una profecía —anunció—. Las palabras eran espantosas, pero no conseguí adivinar su significado. Tal vez no quise hacerlo. Ahora creo comprender por lo menos las primeras. Por lo que respecta a las demás...

El silencio era absoluto. Los ojos de sus compañeros estaban clavados en él. Rowan tragó saliva, desvió la mirada hacia el fuego y repitió poco a poco los versos.

Las bestias son más sabias de lo que imaginamos

y allí adonde nos guíen han de ir cuatro almas.

Una para llorar y una para luchar.

Una para soñar y otra para volar.

Cuatro han de sacrificarse

en el reino entre el fuego y el hielo.

El hambre no se negará,

el hambre ha de ser saciada.

Y, en esta ráfaga de feroz aliento,

la búsqueda une la vida y la muerte.

El crujir de la leña en el fuego rompió el silencio de la estancia. Por fin, Lann habló.

—¿«Sacrificarse»? —preguntó afligida.

—Las bestias... —dijo Norris—. ¿Los reptiles...?

Rowan sacudió la cabeza.

—Los reptiles del hielo no. Los bukshah. Llevan semanas escapando de su campo y hasta hoy siempre los he traído de regreso, pero esta vez algo me dice que no debería hacerlo. Su alimento se ha quemado. Ya no queda nada para ellos en este lugar. Pero nos guiarán... hacia donde tengo que ir.

—Los versos dicen que «cuatro» almas han de ir, no una —refunfuñó Lann—. Pero Bronden está herida, y yo... ya no estoy para viajes.

Todos comprendieron lo que aquella confesión significaba para ella. Su rostro arrugado se veía inflexible, como hecho de hierro.

Norris se levantó de la silla.

—Yo iré con Rowan —dijo.

Lann frunció el ceño.

—No puedes...

—Sí puedo —insistió Norris. Se volvió hacia Rowan, que estaba negando con la cabeza—. Ni se te ocurra pensar que vas a marcharte solo, amigo mío —siguió diciendo—. Si lo haces, te seguiré. Mi lugar está a tu lado.

—Y el mío —intervino Shaaran con voz temblorosa.

—¡No! —exclamó Rowan con brusquedad—. Norris, dile...

Pero el muchacho bajó la cabeza y guardó silencio.

Rowan los miró desesperado. Sabía que no podía hacer nada para persuadirles.

—Aun así —dijo Lann—, solo sois tres.

Las imágenes del sueño estaban vivas en la mente de Rowan, como sedas pintadas agitadas por la brisa.

Tres figuras que caminaban penosamente por la nieve y una cuarta que observaba desde la distancia. Tres figuras al abrigo de una cueva y una cuarta sombra a su lado.

«Una para soñar...».

A Rowan se le erizó el vello.

—Tres serán suficientes —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Norris, al tiempo que le miraba con curiosidad.

Rowan dudó unos instantes, arrepentido de haber hablado.

«Aprende lo que es para ser lo que soy...».

Una visión del rostro atormentado de Sheba parecía haber surgido de la nada. Sheba, repugnante y burlona, babeando saliva por las comisuras de los labios mientras murmuraba sobre el fuego. Sheba, temida y odiada por todos. Solo de pensar en ella, sintió asco. La idea de que la gente pudiera pensar que era como Sheba le revolvió el estómago. La profecía que le había confiado era como una especie de infección. Sabía que debía ocultarla y mantener los sueños en secreto. Nunca la admitiría, para no ver los labios de Lann curvarse en una mueca de desprecio, y a Shaaran y Norris alejarse de él, aterrados y fascinados al mismo tiempo.

—Tres tendrán que ser suficientes —dijo finalmente.

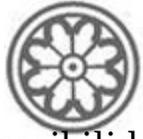
—¿Adónde crees que os conducirán las bestias? —preguntó Lann con aspereza.

Cuatro han de sacrificarse  
en el reino entre el fuego y el hielo...

Rowan se humedeció los labios.

—A la Montaña —respondió—. Creo que hemos de ir a la Montaña.

## 9 ∞ El arcón tallado



Hicieron los preparativos para el viaje con rapidez. Alimentos, combustible, antorchas, cuerdas y ropa. Después, solo cabía esperar. Incluso Rowan, preocupado por la posibilidad de que nevara de nuevo y desapareciera el rastro de los bukshah, sabía que no debían ponerse en camino hasta el amanecer.

Lann, que cuidaba de Bronden, todavía inconsciente, les ordenó que durmieran, aunque solo Norris fue capaz de obedecerla. Con una tranquilidad que Rowan envidiaba, se acostó, se arropó y a los pocos segundos estaba roncando.

Shaaran se acomodó en su rincón de la estancia, pero cuando estuvo fuera de la vista de Lann, sacó una vez más el marco de seda y los pinceles.

Rowan no conseguía conciliar el sueño, y se levantaba cada dos por tres para comprobar si nevaba.

Por fin, el cielo empezó a clarear. No había nevado, pero, cuando Rowan entró en la cocina, advirtió que el aire no se caldeaba a medida que se acercaba el alba. Hacía un frío cortante... incluso más que la mañana anterior.

La puerta crujió a sus espaldas. Dio un respingo y miró a su alrededor. Lann estaba de pie en el umbral con un farol en la mano. Su rostro mostraba todo el cansancio de una noche pasada en vela.

—Pronto será la hora de marcharte —dijo. Su aliento formaba nubecillas de vapor en el aire—. Pero antes debo traer algunas cosas de mi casa y me gustaría que me ayudaras.

Rowan asintió y tragó saliva cuando empezaron a caminar. Por primera vez, se atrevió a afrontar el hecho de que Lann y Bronden iban a quedarse solas en la aldea. Una anciana y una mujer gravemente herida, con escasa comida y menos esperanza con que sustentarse.

—¿Cómo está Bronden? —preguntó Rowan.

—Ha pasado la noche tranquila —contestó Lann—. Aún está fría al tacto, a pesar de estar junto al fuego y envuelta en varias mantas. La muchacha la está vigilando.

—Lann, siento mucho que... —empezó a decir Rowan. La anciana levantó la mano para que callara.

—Te dispones a hacer lo que debes hacer, Rowan de los Bukshah —dijo—. Bronden y yo también nos enfrentaremos a lo que nos depare el destino. Y no hay nada más que hablar.

Llegaron a la pequeña cabaña de Lann y entraron. La casa estaba escasamente amueblada y escrupulosamente limpia. Olía a cuero viejo y madera de sándalo. Lann miró a su alrededor con el rostro inexpresivo y, como ausente, acarició el respaldo de la silla que había junto a la chimenea. «Aquí —se dijo Rowan— es donde ha pasado sus atardeceres en paz. Antes de esto. De todo

esto...».

—Gracias a la senda de Sheba, nuestro pueblo alcanzará la costa mucho antes de lo esperado, Lann —aseguró—. Una partida de rescate regresará con alimentos y otros suministros. Jonn lo prometió.

—Y lo hará —respondió Lann, que seguía paseando la vista por la sala—. Pero lo que encuentren al llegar...

Sacudió la cabeza con brusquedad y apartó la mano de la silla. Rowan la siguió cuando se dirigió cojeando al minúsculo dormitorio de la parte de atrás de la casa. Señaló la cama de hierro con el bastón.

—Hay un arcón de madera debajo —dijo—. Sácalo, por favor.

Rowan se agachó. El arcón pesaba, y notó las exquisitas tallas que lo adornaban bajo sus dedos mientras lo sacaba. Supuso que contenía más mantas, o quizá alfombras de piel de bukshah.

Lann bajó el farol. Una suave luz bañó la tapa del arcón, e iluminó hermosas figuras de pájaros, bestias y flores talladas en la madera.

—¡Es precioso! —exclamó Rowan. Se dio cuenta demasiado tarde de que Lann podría haberse sentido ofendida por su evidente sorpresa. No suponía que pudiera ser propietaria de algo semejante. El resto de la casa era de lo más austero.

Sin embargo, la anciana no pareció molestarse, pues ella misma miraba el arcón con curiosidad.

—Es muy bonito —admitió—. No lo veía de cerca desde hacía mucho tiempo. Es demasiado pesado para que yo sola pueda sacarlo a la luz.

Se inclinó para tocar la talla con las yemas de los dedos.

—Es normal que lo admires. No en vano lo construyó para mí Morgan, el padre de tu padre. Un regalo de boda —dijo.

Esta vez, la exclamación de sorpresa de Rowan consiguió que esbozara una leve sonrisa.

—Ah, sí —murmuró Lann—. En su día, tu abuelo y yo estuvimos prometidos. —Emitió un suspiro—. Morgan era un hombre muy atractivo. Tu padre se parecía mucho a él. A menudo, los parecidos familiares son muy intensos en Rin. Cuando tu padre se hizo adulto, solía mirarle y pensaba: «Podrías haber sido mi hijo si las cosas hubieran sido diferentes».

«Mi padre, que murió al salvarme de un incendio», pensó Rowan, y miró a Lann con ojos nuevos. Durante toda su edad adulta, había sabido que la mayoría de los aldeanos consideraban que un niño enfermizo y débil no valía la vida de un hombre fuerte y apreciado por todos. Ahora comprendía que Lann debió de sentirse mucho peor que los demás. Lo había guardado en secreto. ¿Por qué se lo contaba ahora?

—En la aldea todos estaban convencidos de que sería un buen enlace. Morgan y yo fuimos héroes en las batallas contra los Zebak —continuó Lann sin alzar los ojos—. Pero... —Se encogió de hombros—. Pero la boda nunca se celebró.

—¿Por qué? —quiso saber Rowan, asombrado de haber sido capaz de formular semejante pregunta. Supuso que Lann le reprendería, pero no fue así. Respondió como si le costara articular las palabras.

—Morgan tenía un hermano mucho más pequeño. Se llamaba Joel —dijo con la mirada clavada en el arcón—. Joel nació cuando su madre ya había superado con mucho la edad habitual de parir. Cuando tenía diez años, sus padres murieron, y Morgan era el único que podía cuidarle. —Sus dedos gastados reseguían las gráciles líneas de la talla: pájaros volando, reptiles ocultos en la hierba, flores balanceándose al viento—. Joel era un niño frágil y de pelo negro... soñador y temeroso. Se asustaba de su propia sombra. Era de poca utilidad en los campos de cultivo y no era apto para el combate. Los demás niños se reían de él y nadie lo soportaba.

Rowan sintió que le ardían las mejillas. La anciana bien podría estar describiendo su propia infancia, y por el tono de su voz y sus ojos inclinados podía adivinar que lo sabía muy bien.

—¿Joel también era el guardián de los bukshah? —preguntó en voz baja.

—Sí. Era un trabajo que podía hacer —repuso Lann—. Como sabes, es una tarea que desde siempre se ha considerado demasiado fácil para cualquiera y que se ha reservado a los niños. —Apretó los labios. Dio la impresión de que le costaba seguir hablando—. Despreciaba a Joel —siguió diciendo—. Le consideraba débil y cobarde. Las cualidades que Morgan veía en él, su dulzura con los animales, su naturaleza cariñosa, no significaban nada para mí. Me avergonzaba de que me vieran en su compañía. Pero Morgan no estaba dispuesto a abandonarlo a su suerte. Dijo que viviría con nosotros hasta que fuera un poco mayor. Discutimos amargamente, y muy pronto la aldea supo que las cosas no iban bien entre nosotros dos y se preguntó cuál sería la razón. Me faltó tiempo para contarle. —Suspiró. Sus dedos no paraban de frotar y frotar la talla, como si con ello pudiera borrar el pasado—. Era joven —dijo—. Era muy joven y estaba furiosa. Y celosa, creo, de la lealtad de Morgan hacia su hermano. Todos pagamos el precio de mi orgullo.

Rowan la miraba en silencio. Nunca antes Lann había hablado de sus emociones con él, ni con nadie, que él supiera.

—¿Qué ocurrió? —preguntó. La historia le estaba provocando un profundo pesar. Ahora comprendía por qué nadie se la había contado jamás, y no deseaba conocer el final. Pero sabía que la anciana quería contárselo. Por alguna razón, se sentía impulsada a hacerlo.

—Le mataron —dijo Lann con voz inexpresiva—. Le asustaban las alturas, pero se encaramó a un árbol para ocultarse de unos niños que le importunaban porque se había interpuesto entre Morgan y yo. Sus perseguidores le descubrieron y le arrojaron piedras, mientras intentaba trepar más alto. Poco después, cayó. Tal vez alguna piedra le alcanzó o quizá resbaló. O tal vez... se soltó...

Su voz enmudeció, y dio la impresión de que la luz se apagaba, como si las sombras de la vieja tragedia hubieran invadido la pequeña habitación. A Rowan le ardían los ojos. Pensaba en aquel niño débil, avergonzado y desesperado, abocado a la muerte porque... «Porque era como yo —se dijo Rowan—. Un retroceso a los tiempos pretéritos, cuando nuestros débiles y nuestros fuertes, nuestros valientes y nuestros mansos, nuestros artistas y nuestros guerreros vivían juntos como un solo pueblo. Antes de que los Zebak nos separaran y se llevaran a su tierra a los fuertes y bravos, dejando atrás a los más mansos. Cuando Lann me mira, ve de nuevo a Joel. Y recuerda... recuerda...».

—Joel se cayó del Árbol de la Sabiduría, bajo cuya sombra se casan las parejas de Rin y

despedimos a los muertos —murmuró Lann—. Un extraño y cruel capricho del destino hizo que fuera así, pues cuando Joel murió bajo la sombra del árbol, mis esperanzas de casarme con Morgan murieron con él. —Seguía mirando el arcón y lo acariciaba con los dedos—. Aquella noche, Morgan vino a verme y me dio este arcón. —Hablabla en voz tan baja que Rowan tuvo que hacer un esfuerzo para oírlo—. Me dijo que Joel había dibujado las figuras que él había tallado. Iba a ser su regalo de boda. No dijo nada más, ni una sola palabra de ira o acusación, pero bien sabía que sus sentimientos hacia mí habían cambiado. Podía adivinarlo en sus ojos. Y le liberé de nuestro compromiso. —Se reincorporó poco a poco y miró a Rowan—. Años más tarde, se casó con Else, tu abuela. Me alegré de que por fin hubiera encontrado la felicidad, o por lo menos eso me decía a mí misma.

—¿Y tú...? —preguntó Rowan.

—Nunca encontré a otro Morgan, de manera que me quedé sola —respondió la anciana, recuperando una pizca de su perdida energía—. Sin duda fue lo mejor. He sido siempre demasiado independiente como para compartir mi vida con otra persona.

—Lo siento —musitó Rowan, sin saber qué decir.

—Oh, bueno, de eso hace ya mucho tiempo —dijo Lann—. Y lo hecho, hecho está.

Durante unos instantes guardaron silencio, hasta que por fin clavó los ojos en Rowan con su acostumbrada expresión de frialdad.

—Abre el arcón, por favor —le invitó.

El cierre metálico estaba oxidado, pero Rowan consiguió aflojarlo. Abrió con cuidado la tapa. Se sintió decepcionado al descubrir lo que había esperado: el arcón estaba lleno de alfombras de piel de bukshah enrolladas.

Lann suspiró, se inclinó y extrajo una. Después, la desenrolló y dejó que colgara. Entonces, Rowan se dio cuenta de que no era una alfombra, sino una capa larga con capucha. Una capa de piel de bukshah forrada de lana por fuera, y de cuero, aunque increíblemente suave y flexible, por dentro. Había visto antes aquellas capas en pinturas y dibujos guardados en la Casa de los Libros, y también en su sueño de la Montaña.

—Tengo cuatro —dijo Lann—. Son capas de guerrero de Rin, las últimas que quedan en la aldea, pues ahora, según parece, los jóvenes prefieren prendas tejidas. Una es mía, dos pertenecieron a mis padres, y otra era de Morgan. Me la regaló Else cuando él murió. Te calentarán a ti y a tus compañeros.

Extrajo tres capas más del arcón, las sacudió con cuidado y las apiló sobre los brazos de Rowan.

Rowan no podía articular palabra. Sentía un zumbido en los oídos. Pero la anciana seguía hablando y se esforzó por prestarle atención.

—Tú y yo no siempre hemos estado de acuerdo, Rowan de los Bukshah —dijo—. He destacado siempre tus defectos al igual que hice con Joel. Y tú, sin duda, me has considerado una persona ruda e insensible. Pero, en el transcurso de estos últimos años, he comprendido que, si bien somos muy diferentes, nos parecemos en todo cuanto importa. —Ante la expresión de perplejidad de Rowan, Lann alzó la barbilla. Le miró con ternura—. No pretendo que entiendas

esto que... esto que se te ha pedido que hagas —repuso con gravedad—. Si es como parece, va en contra de todo aquello en lo que he creído acerca de nuestra vida y de esta tierra. —Hizo una pausa y respiró hondo, como si se esforzara por controlar alguna intensa emoción. Rowan esperó—. Soy vieja y mi tiempo en este mundo se acaba —dijo por fin Lann—. Lo que tenía que dar a mi pueblo, ya lo he dado. En tu caso, las cosas son distintas. Me resulta muy amargo que la debilidad de mi cuerpo me impida enfrentarme a esta dura prueba en tu lugar.

Rowan sabía que darle las gracias sería inútil y prefirió decirle la verdad.

—No podrías ocupar mi lugar aunque tuvieras fuerzas para ello —dijo sin ambages—. Solo habrías podido acompañarme, como parece ser el destino de Shaaran y Norris. Sheba me dijo que yo y solo yo podría hacer lo que hay que hacer.

Lann suspiró.

—¿Solo tú? —preguntó con voz rasposa—. ¿El que escaló la Montaña y se enfrentó al Dragón para que el arroyo fluyera de nuevo? ¿El que estableció lazos de amistad y confianza con los Maris y los Viajeros? ¿El que nos ha permitido conocer nuestro pasado y nos ha salvado del ataque de los Zebak? —Dio media vuelta—. ¿Qué espíritu maligno exige el sacrificio del mejor?

«El hambre ha de ser saciada...».

Rowan sintió un frío que le heló hasta lo más profundo de sus entrañas.

Sin previo aviso, en aquella casa repleta de los objetos cotidianos y los borrosos recuerdos de la vida de una anciana, el miedo que había contenido durante tanto tiempo estaba escapando y amenazaba con abrumarlo. Le latía con fuerza el corazón y sintió la imperiosa necesidad de echar a correr.

¡Qué fácil sería! Dejar las capas en el suelo y regresar a la panadería. Recoger la mochila con algunas pertenencias y marcharse a toda prisa, siguiendo el sendero ennegrecido a través de las colinas. En un día podría estar lejos de allí. El camino sería duro y largo, pero al final llegaría a la costa. Y si su pueblo no le aceptaba, si le rechazaba, podría encontrar un hogar con los Maris o los Viajeros. En la costa podría empezar una nueva vida. Estaría a salvo...

El medallón que llevaba colgado del cuello pareció latir. Lo sujetó. Estaba caliente. Cuando sus dedos lo tocaron, los versos de Sheba resonaron en su mente. Y con las palabras, una visión: Rin, encerrado en un ensueño silencioso y helado. Reptiles del hielo serpenteando entre los árboles frutales y a través de las calles blancas y silenciosas. La Montaña cerniéndose sobre el valle, vomitando una fría maldad sobre la tierra y el cielo. Y la helada extendiéndose sin cesar. Hasta las llanuras frecuentadas otrora por los Viajeros eran desiertos de un blanco brumoso, y las olas ya no batían la playa de los Maris, pues el mar se había helado.

Y Rowan supo que aquel era el futuro. El futuro si huía. Si fracasaba.

«¿Rowan...?».

La voz del Guardián del Cristal le susurró en el oído, suave como el agua. La visión era demasiado intensa. En su profunda caverna del arco iris, lejos, en Maris, el Guardián también contemplaba aquellos yermos nevados y el mar helado.

—¿Rowan? ¡Rowan!

Aquella voz era real. La mano que le sacudía el brazo también. Poco a poco, Rowan se volvió

y vio los ojos angustiados de Lann. Se preguntó cuánto tiempo habría permanecido allí, inmóvil, transfigurado por algo que ella no podía ver, escuchando algo que ella no podía oír.

La frenética necesidad de huir se había desvanecido.

—Volvamos con los demás —dijo—. Ya casi es la hora de partir.



Rowan, Shaaran y Norris se marcharon de la aldea mientras el Dragón de la Montaña rugía al amanecer. El sendero era inconfundible. El rastro que los bukshah habían dejado en la nieve seguía la línea del río enterrado y desaparecía entre los árboles que se apiñaban al pie de la Montaña.

Los tres llevaban las capas de piel de bukshah. Como Lann había prometido, eran muy calientes y también muy cómodas, a pesar de rozar el suelo. Lann había tenido que acortar dos de ellas con su cuchillo para que Rowan y Shaaran pudieran caminar sin tropezar.

Norris llevaba la espada de Lann y cargaba a la espalda una buena parte del equipaje, mientras la muchacha se encargaba de la caja de las sedas, que se había negado a dejar en la aldea.

—Soy la guardiana de las sedas —había dicho con obstinación cuando Norris y Lann la reprendieron por su insensatez—. Han de estar siempre conmigo. Lo sé.

Dejaron atrás el molino, con la rueda atorada en el hielo, y siguieron caminando sin cesar, descansando de vez en cuando, pero sin hablar mucho. Rowan sabía que el sol debía de estar elevándose en el cielo por encima de la espesa capa de nubes, pero su luz no alumbraba ni calentaba el aire.

A medida que se aproximaban a la Montaña, los árboles eran más numerosos y el rastro de los bukshah se estrechaba para serpentear entre ellos. Eran como centinelas mudos, con las ramas inclinadas bajo el peso de la nieve. El arroyo borboteaba debajo del hielo, y el aire era tan frío que se hacía difícil respirar. Delante se cernía la Montaña, amenazadora y colosal.

Rowan fijó la mirada en el suelo, intentando no pensar en nada. El medallón estaba cada vez más caliente. Lo tocó sin querer.

«Aprende lo que es para ser lo que soy».

Oyó un chapoteo y levantó la cabeza. A través de la espesura vio... tres figuras vestidas con capas de piel de bukshah, arrodilladas junto a una pequeña charca al pie de un imponente acantilado. Mientras observaba, una figura miró a Rowan por encima del hombro.

Fue como verse reflejado en un espejo. Aun así, los ojos oscuros e inquietos parecían escrutar...

—Aquí es donde empieza la corriente.

Era la voz de Norris. Rowan parpadeó. Las figuras se pusieron en camino y desaparecieron. Ahora, únicamente quedaba el acantilado. El agua manaba de un agujero negro cerca de su base y caía en una charca profunda y circular, helada tan solo en parte.

Norris sacó la cantimplora del cinto y se dispuso a llenarla. Rowan le siguió, pero permaneció de pie mientras Shaaran se arrodillaba junto a su hermano para llenar la de ella.

—¿Algo anda mal, Rowan? —preguntó Norris, al tiempo que levantaba la cabeza—. ¡Parece que hayas visto un fantasma!

«Habría sido una locura no llenar mi cantimplora solo para demostrar que la visión no era una imagen del futuro», pensó Rowan.

Se arrodilló con movimientos cansados y se inclinó para llenar su cantimplora hasta el borde. Al ponerse de nuevo en pie, no pudo evitar la tentación de mirar atrás, hacia donde había estado unos minutos antes. No vio nada, nada salvo una masa de troncos negros, ramas cargadas de nieve y las huellas que regresaban a la aldea. Entonces advirtió un destello de color en el cielo, sobre los árboles, un destello amarillo brillante que destacaba sobre el gris. El destello se produjo de nuevo. Algo se movía muy deprisa hacia ellos. Rowan lanzó un grito de advertencia, se puso en pie y empuñó su cuchillo.

—¿Qué pasa? —gritó Shaaran aterrorizada.

Pero la vivida silueta amarilla estaba tomando forma sobre ellos. Después se replegó sobre sí misma y descendió en picado. Rowan se quedó boquiabierto cuando distinguió una ágil figura embutida en una capa de piel de bukshah.

Era Zeel de los Viajeros.

‡ ‡ ‡

Rowan vio con incredulidad que las botas de Zeel tocaban el suelo y su cometa de seda amarilla se abatía tras ella. Shaaran y Norris profirieron sendas exclamaciones, pero él era incapaz de pronunciar palabra.

—¡Pareces sorprendido de verme, Rowan! —rio Zeel, mientras recogía la seda y la cargaba al hombro—. ¿Por qué? ¡Te has quedado boquiabierto como un Maris! ¿Acaso no sabías que vendría?

Pon fin, Rowan consiguió recuperar la voz.

—Pues no —balbuceó—. Ni en sueños. ¿Por qué...? ¿Cómo...?

Zeel se acercó a él y estrechó su mano.

—Los Viajeros han acampado en las afueras de Maris —dijo—. El Guardián del Cristal convocó a Ogden al alba y le contó la visión que había compartido contigo. Ogden corrió hasta nuestro campamento con la noticia y yo partí de inmediato para unirme a vosotros en vuestro viaje.

«Otra para volar...».

Las palabras parecían destellar como llamas en la mente de Rowan. Había pensado que él, Shaaran y Norris escaparían por fin del peligro, pero se había equivocado. No iba a ser su álgter ego el cuarto miembro de aquella desdichada partida que había visto en su sueño. Tenía al cuarto miembro delante de sus ojos: Zeel, la hija adoptiva de Ogden, la amiga de Rowan, sincera y fuerte, rebosante de vida.

«¿Qué espíritu maligno exige el sacrificio del mejor?». El recuerdo de la voz irritada de Lann pareció rugir en los oídos de Rowan.

Zeel le apretó la mano.

—Sobrevolé tu pueblo cuando viajaba hacia la costa, siguiendo un extraño sendero negro, Rowan —dijo—. Encontré la aldea desierta, salvo por la vieja guerrera Lann y Bronden, sumida en un profundo sueño. Me enteré de que tú, Shaaran y Norris habíais partido solos hacia la Montaña siguiendo el rastro de los bukshah. Pero dime, Rowan, ¿por qué no me avisaste?

—Corremos un gran peligro... —empezó a decir Rowan en tono vacilante.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó Zeel—. ¿Por qué crees que estoy aquí?

—¡Pero yo pensaba que los Viajeros no podían sobrevivir al frío de los inviernos del interior! —intervino Norris—. ¡También he oído decir que la Montaña está prohibida a los Viajeros!

Su rostro reflejaba una profunda ansiedad. Conocía a Zeel desde la aventura en la tierra de los Zebak, y la admiraba muchísimo.

—Es verdad —se lamentó Zeel. Su dentadura blanca destacaba sobre el rostro bronceado—. Pero ¿acaso lo has olvidado, Norris? Yo no nací Viajera. Era una niña Zebak, una huérfana arrastrada por el mar hasta la costa de esta tierra y adoptada por Ogden mucho tiempo atrás. Puedo hacer lo que los demás Viajeros no pueden. Llegado el caso, escalar la Montaña. Y puedo sobrevivir al frío intenso, aunque lo cierto es que nunca había sentido tanto frío como ahora. —Estaba temblando y se envolvió mejor en la capa—. Tengo que confesar que estoy encantada con esta extraña prenda que me regaló la anciana Lann. —Pasó la mano sobre la suave piel—. Lann ha cambiado mucho. En otros tiempos se habría enfurecido ante la idea de que un Viajero, y no digamos ya un Zebak, pudiera llevar una capa de guerrero de Rin. Pero me la dio. Dijo que me había estado esperando.

—Esto se debe a que los versos de Sheba hablaban de que cuatro almas seguirían a las bestias —murmuró Rowan—. No obstante, Zeel, debes saber que también hablan de muerte y sacrificio.

Zeel asintió, y la sonrisa se desvaneció en su rostro.

—Lo sé —replicó—. Los versos pasaron de tu mente a la del Guardián junto con la visión. Tan pronto como los oí, supe que estaba destinada a unirme a ti y a compartir tu suerte, cualquiera que pueda ser.

—¡No!

La palabra surgió de los labios de Rowan como un gemido de dolor.

Zeel se enderezó cuan largo era.

—La tierra está amenazada. ¿Por qué debería ser Rin la única que se sacrificara, si el sacrificio es inevitable? Estoy aquí por mi propia y libre voluntad, con el agradecimiento del Guardián y la bendición de Ogden, en representación del pueblo de Maris y de los Viajeros. Me complace que, por azares del destino al nacer, yo fuera la única elección posible. Me satisface que mi cometa me haya traído tan deprisa hasta ti.

Sus ojos de color azul claro resbalaron sobre el rostro atemorizado de Shaaran, el semblante nervioso de Norris, y después regresaron a Rowan.

—Somos las cuatro partes de un todo —dijo—. Cada cual tiene un papel que representar en esta obra. Todos somos necesarios. No podemos comprender cómo ni por qué, pero estoy segura de que muy pronto lo averiguaremos. Y después... lo que tenga que ser, será.

‡ ‡ ‡

El rastro de los bukshah continuaba alrededor del pie de la Montaña, hasta que los acantilados de la cara este daban paso a formaciones rocosas cubiertas de nieve en el lado sur. En ese punto, el sendero giraba bruscamente hacia el interior y empezaba a ascender.

Los cuatro compañeros se detuvieron. Reinaba el silencio. Nada se movía. Ni un ligero soplo de viento agitaba el aire helado. La Montaña se erguía imponente ante ellos, a la espera.

—¡Por fin! —exclamó Norris, y se frotó las manos con satisfacción—. ¡Aquí es donde empieza la verdadera prueba!

Rowan le miró dubitativo. En los ojos de Norris no había ni una sola pizca de miedo. La cabeza alta, los hombros echados hacia atrás. Y en su boca, un rictus de determinación.

«Norris es un auténtico muchacho de Rin —pensó Rowan—. Fuerte y valeroso. Un guerrero».

Entonces, Rowan advirtió un movimiento a su lado y se volvió. Shaaran también estaba contemplando la Montaña, pero su delicado rostro estaba embargado de temor. Aferraba con desesperación la caja de las sedas, y la apretaba con todas sus fuerzas contra el pecho para reprimir el temblor de sus manos.

Rowan pensó en las imágenes que contenía, aquellas pinturas llenas de color, vida y movimiento. Pensó también en la suave mano de Shaaran cuando deslizaba el pincel sobre la seda, creando verdad y belleza tal y como lo habían hecho sus antepasados durante siglos.

Y, de repente, recordó que Shaaran también era una auténtica hija de Rin, no del Rin que él conocía, pero sí del que había sido hacía cientos de años, en la tierra de los Zebak, cuando artistas y guerreros vivían unidos, y la sensibilidad se valoraba tanto como la fuerza. Antes de que se llevaran a los fuertes.

De pronto, en aquella terrible quietud, fue como si las piezas de un rompecabezas encajaran.

«Cuatro almas...

»Cuatro partes de un todo...».

Shaaran y Norris, pruebas vivientes de la historia que narraban las sedas.

Él, Rowan, que los había traído al valle.

Y Zeel, representante de aquellos que los habían ayudado a conseguirlo.

«Hemos ofendido a la Montaña...».

Un dedo helado tocó su corazón.

‡ ‡ ‡

Los bukshah habían elegido un camino que serpenteaba entre las rocas. Rowan iba en cabeza, seguido de Norris y Shaaran, y Zeel cerraba la marcha.

Era duro, en especial para Shaaran y también para Norris, con su pierna herida. Pero ninguno de ellos pedía descansar, y ni Rowan ni Zeel lo sugirieron. La luz se iba difuminando poco a poco, y los cuatro presentían que aquel laberinto brutal no sería un lugar apropiado para estar cuando

oscureciera. De manera que siguieron avanzando con decisión, siempre subiendo y siempre hacia el oeste.

Poco a poco, las rocas fueron aumentando de tamaño, ocultando lo que les aguardaba más adelante, hasta que al final el sendero se convirtió en un desfiladero zigzagueante entre impresionantes acantilados negros, de forma que ya solo se podía avanzar o retroceder.

Continuaron andando en la penumbra. El camino se estrechó cada vez más, hasta que el cielo fue apenas una rendija de luz apagada en lo alto. Las paredes rocosas que los flanqueaban presentaban unas extrañas y largas marcas a la altura del hombro. Rowan se dio cuenta por fin de que debían de estar causadas por las cornamentas de los bukshah al pasar.

El medallón colgado de su garganta parecía latir al compás de su corazón. La mochila que cargaba a sus espaldas se hacía más y más pesada por momentos.

—No me gusta esto. —La voz de Zeel resonó como un eco—. ¿Y si caemos en una trampa? Si algo nos ocurre aquí, no habrá escapatoria.

Norris musitó algo en señal de asentimiento. La respiración de Shaaran era jadeante, pero Rowan apenas los oía. Había doblado un recodo y, de repente, algo que solo él podía ver había captado toda su atención. No muy lejos, el paso terminaba en un arco rocoso. Más allá, brillaba una extraña luz azulada. Y dentro de la luz, algo se movía.

Rowan se quedó petrificado y clavó la vista en la forma temblorosa. Después, el corazón se le subió a la garganta cuando vio el remolineo de una capa larga y pesada, y después de otra, y comprendió qué era la forma.

Las figuras con capa caminaban en la luz azul, una detrás de otra, con la cabeza gacha y tan juntas que, a primera vista, parecían una sola. Avanzaban con mucha rapidez.

Y tenían miedo. Rowan podía sentir su miedo como si fuera el suyo propio.

«¡Apresúrate! ¡Mantente cerca de mí! ¡No mires...!».

Con el vello erizado y apenas consciente de lo que estaba haciendo, Rowan abrió la boca para gritar, pero antes de que pudiera emitir algún sonido, las figuras se habían desvanecido.

Rowan se derrumbó contra la cara del acantilado, a un lado del sendero, y apoyó el hombro contra la roca helada para mantener el equilibrio. Le temblaban las rodillas y su corazón latía muy acelerado. El arco se abría a unos pasos de distancia, y brillaba la luz azul. Oyó las exclamaciones de Shaaran, Norris y Zeel cuando le alcanzaron y vieron la luz, pero no consiguió articular ni una sola palabra.

Estaba claro que algo espantoso aguardaba al otro lado del arco. Clavó los dedos enguantados en la roca para aplacar sus temblores.

—¿Qué pasa? —gritó Shaaran—. Rowan, ¿qué es este lugar? ¿Qué debemos hacer?

El medallón quemaba como si estuviera ardiendo. Rowan se encogió de dolor e intentó apartarlo de su piel, pero, para su asombro, no se movió. Parecía estar pegado a su cuerpo, y cuanto más tiraba de él, más se adhería y más caliente estaba.

Vio que sus compañeros se volvieron hacia él, alarmados, cuando lanzó un grito. Vio que se acercaban a él mientras caía de rodillas, arañando su garganta. Pero nada podían hacer por él, nada en absoluto. Porque era como si el objeto que colgaba de su cuello se estuviera hundiendo en su

carne. Cada vez le quemaba más, y su cuello parecía estar lleno de brasas incandescentes que lo asfixiaban lentamente.

Intentó gritar, pero cuando sus labios resecos se abrieron, no pudo hacerlo. Experimentó la sensación de que los rescoldos de fuego subían por su garganta hasta la boca y salían disparados al aire gélido. Aun en su agonía, le sorprendió constatar que en realidad no había brasas ni rescoldos ardientes, sino solo palabras... palabras que brotaban de su interior con una voz áspera y ronca que apenas pudo reconocer como la suya:

En este valle, los ciegos son sabios.

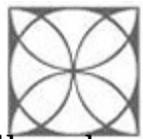
Horrores acechan detrás de tus ojos.

La cura es el agua de un manantial

donde no moran el odio ni la ira.

Tras haber pronunciado la última palabra, Rowan cayó inconsciente en la nieve.

## 11 ∞ Los ciegos son sabios



Rowan recobró el sentido lenta y dolorosamente. Le daba vueltas la cabeza. Se sentía mareado y enfermo. Una mano suave le daba palmaditas en la mejilla y oía voces que le llamaban, pero no quería abrir los ojos, solo dormir, dormir para siempre. Aun así, las voces no le dejaban descansar.

—¡Rowan, despierta! —Era la voz de Zeel, apremiante e imperiosa—. No podemos quedarnos aquí.

—¡Está embrujado! —Era Norris, casi a gritos—. ¡Aquellas palabras no eran de él! Y aquella voz... no era...

—Rowan, abre los ojos. —Una voz más delicada, la voz de Shaaran, cerca de su oído—. Rowan, los bukshah te necesitan. Debemos seguirlos, ¿recuerdas?

«Los bukshah...».

La memoria barrió la mente de Rowan y despertó, sobresaltado. Abrió los ojos y se llevó la mano a la garganta de manera instintiva. Debajo de la ropa, la piel estaba suave, y el medallón colgaba del cordón como si nada hubiera sucedido. Se puso de pie con la ayuda de seis manos ansiosas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Norris, muy agitado por lo que acababa de ver y oír—. Pronunciabas palabras sin sentido, Rowan, y tenías los ojos en blanco.

—El medallón... —La voz de Rowan sonaba ahogada y ronca. Carraspeó y lo intentó de nuevo—. Shaaran formuló una pregunta y el medallón me dio las palabras para responderla. No puedo explicar...

—No hace falta —dijo Zeel con brusquedad—. Hay peligro más allá del arco y sabemos lo que debemos hacer para protegernos. Es cuanto importa ahora. Caminemos deprisa. El anochecer se acerca.

Rowan asintió, y sin decir nada más echó a andar con movimientos inseguros hacia la luz azul, seguido de una Shaaran muerta de miedo.

Norris iba tras ellos y no dejaba de lanzar miradas a Zeel, buscando en su rostro vigilante respuestas a su confusión. Por fin, muy cerca ya del arco, no pudo permanecer por más tiempo en silencio.

—¿Por qué has dicho que sabemos lo que debemos hacer? —estalló—. ¡No sabemos nada!

—¿No lo has oído, Norris? —replicó Zeel—. Los versos nos han revelado que en el valle los ciegos son sabios. Esto significa seguramente que lo que no vemos no nos hará daño.

—¿Qué? —exclamó Norris—. ¿Vamos a aventurarnos en lo desconocido con los ojos cerrados?

—Es imposible —dijo Rowan sin volverse—. Pero podemos fingirnos lo más ciegos posible. Cuando hayamos entrado en la luz, no miraremos a derecha ni a izquierda, solo al suelo, y seguiremos la senda, por lo menos hasta encontrar ese misterioso manantial en el que vamos a estar seguros.

Mientras hablaba iba recordando la visión, las figuras envueltas en sus capas que caminaban a toda prisa, muy juntas, con la cabeza gacha y cubierta por la capucha.

«¡Apresúrate! ¡Mantente cerca de mí! ¡No mires...!».

El arco se erguía ante él. Se detuvo y se apoyó en la roca. Tuvo la impresión de que la luz azulada se arremolinaba ante sus ojos como una neblina de color. Ahora podía ver el brillo del hielo. ¡Al otro lado del arco se distinguían enormes y retorcidas columnas de hielo que se elevaban de la tierra como árboles!

La tierra estaba libre de nieve. Por lo tanto, el valle estaba a cubierto. Era una cueva, o tal vez un inmenso túnel que horadaba la roca de la Montaña.

—Creo que solo un loco se atrevería a aventurarse en un lugar como este sin tener los ojos bien abiertos —murmuró Norris—. ¿Y si los versos son una trampa?

—¡No lo son! —replicó Zeel—. Tú eres un loco al sugerirlo.

Norris enrojeció y se irguió por completo.

—Quizá lo sea —murmuró—. Mi abuelo siempre pensó que lo era. No tenía talento para pintar ni oído para la música, y me entusiasmaba luchar. Pero le salvé la vida muchas veces en la tierra de los Zebak, gracias a ser cauteloso, a reconocer al enemigo solo con verlo y a estar preparado para el combate. Todo lo contrario que Shaaran y él.

—Eso es verdad —dijo Shaaran en voz baja—. Sin Norris no habríamos sobrevivido.

Zeel frunció el entrecejo.

—Te pido perdón, Norris —dijo con torpeza—. He hablado sin pensar. Tienes razón. Deberíamos estar atentos. No has tenido tanta experiencia con las profecías como Rowan y yo, pero créeme, se puede confiar en ellas.

Norris la miró y asintió poco a poco.

—De acuerdo —dijo—. Pero si caminamos a ciegas, hagámoslo por lo menos muy juntos, para que nadie se extravíe.

—Eso me parece sensato —admitió Zeel. Se acercó más a él y apoyó una mano en su hombro. Norris enrojeció de nuevo, esta vez de satisfacción, y apoyó a su vez la mano en el hombro de Shaaran y esta en el de Rowan.

—¡Mirad al suelo! —dijo Rowan, y oyó que Zeel murmuraba una bendición. Respiró hondo y siguió avanzando hacia el arco, seguido de sus compañeros.

La luz azulada se cerró a su alrededor, y con ella llegó el miedo. El miedo se filtró en la mente de Rowan como agua gélida, heló la sangre en sus venas e inundó su corazón. Se le erizó el vello al pensar que no estaban solos, que algo los estaba observando, algo maligno.

Sintió que la mano de Shaaran apretaba con más fuerza su hombro, y oyó su respiración jadeante. También ella estaba aterrorizada.

—Siempre con la cabeza gacha —susurró. Pero mientras se obligaba a pronunciar aquellas

palabras, la necesidad de alzar la mirada era casi irresistible.

Podía ver por el rabillo del ojo grandes espirales de hielo a uno y otro lado, como sombras azules. Las pezuñas de los bukshah habían dejado débiles marcas en el suelo duro, hasta el punto de que el rastro era prácticamente invisible. En más de una ocasión, Rowan vaciló antes de seguir avanzando.

Después dio la impresión de que el sendero desaparecía por completo. Un pilar de hielo se alzaba delante, y Rowan no sabía si debía girar a la derecha o a la izquierda.

Se detuvo y examinó con desesperación el suelo neblinoso. Su frente estaba perlada de un sudor helado. Le aterrorizaba equivocarse en su decisión. La idea de perderse, de vagar sin rumbo por aquel espantoso laberinto de hielo, le amedrentaba.

Sintió que Shaaran se apretaba contra su espalda, como si los demás se hubieran apiñado detrás.

—He perdido el rastro —dijo—. Esperad...

Se calló cuando Norris maldijo con ferocidad y Zeel emitió un prolongado suspiro.

Rowan se sintió enfurecido. ¿Acaso no sabían lo difícil que era para él aquella situación? «Que decidan ellos, pues».

—¡Hago todo lo que puedo! —gritó—. ¡Tened paciencia!

Oyó un rumor de rabia mal contenida, y después un extraño grito agudo. De pronto, empujaron a Shaaran con tanta violencia contra la espalda de Rowan, que a punto estuvo de caer. Rowan gritó, se tambaleó y pugnó por no perder el equilibrio, mientras la muchacha se aferraba a él.

Algo pesado cayó a sus espaldas y se estrelló contra el duro suelo. Rowan sintió un tirón en la capa y lanzó un gemido al darse cuenta de que Shaaran se había vuelto para mirar hacia atrás.

La muchacha chilló su nombre.

«En este valle, los ciegos son sabios...».

Las palabras resonaron en los oídos de Rowan, pero ya no podía escuchar.

Giró en redondo, apartó a un lado a Shaaran y la protegió en parte con su cuerpo.

Horrorizado, descubrió que habían caído en una trampa. Dos figuras luchaban cuerpo a cuerpo en el suelo. Combatían como salvajes y rodaban entre las columnas retorcidas de hielo. Una niebla azul se arremolinaba a su alrededor y ocultaba la escena, de manera que Rowan no podía ver si era Zeel o Norris quien había sido atacado. Pero sí distinguió la hoja brillante de una daga y salpicaduras de sangre escarlata en el hielo.

Empuñó su cuchillo, se desprendió de la mochila y saltó hacia delante con un grito. Una de las figuras arrojó a la otra a un lado y se puso en pie para plantarle cara.

A Rowan se le hizo un nudo en el estómago y retrocedió, con el corazón desbocado. Ante él se erguía una feroz guardiana Zebak, con el rostro manchado de sangre y la línea negra tatuada en la frente que identificaba a todos los de su pueblo.

La Zebak levantó la daga y se abalanzó sobre él. Rowan paró el golpe que pretendía asestarle y sujetó su muñeca. El peso de la mujer le lanzó contra una columna de hielo, que se partió en mil pedazos como si fuera de cristal. El cuchillo salió disparado de su mano.

Rodaron por el suelo, y astillas de hielo se partieron bajo ellos. Sintió el aliento cálido de la

Zebak en el rostro. Sintió su odio. El cuchillo de su atacante centelleaba sobre él, con la punta manchada de sangre dirigida hacia su garganta. Tenía las manos y las muñecas fuertes gracias a su trabajo con los bukshah (eran lo único fuerte que tenía), pero ya estaban temblando debido al esfuerzo. ¿Cuánto tiempo podría sujetar la daga? ¿Cuánto tiempo...?

Alguien gritaba a lo lejos. Shaaran. Shaaran llamaba a gritos a Zeel. ¿Por qué no respondía? ¿Por qué no acudía en su ayuda?

De pronto, Rowan lo comprendió. Estaba muerta. Y también Norris, el siguiente de la fila. Aquel monstruo los había asesinado a ambos.

Aquel debía de ser el plan de los Zebak: matarlos de uno en uno mientras caminaban a ciegas, para asegurarse de que nunca alcanzarían su objetivo, de que nunca se cumpliría la profecía.

¿Por qué? La mente de Rowan cavilaba con la velocidad de un relámpago. ¿Por qué? Porque los Zebak querían aquella tierra, la tierra que no habían conseguido conquistar ni someter. Deseaban castigar a su pueblo por haber osado desafiarlos.

Le invadió una rabia incontenible. Sus manos se cerraron alrededor de las muñecas de la Zebak, y, con una fuerza que jamás habría imaginado poseer, la arrojó a un lado y le golpeó la mano armada contra el borde afilado de la columna rota.

La mujer bramó de dolor y furia. La daga salió disparada. Rowan se lanzó a por ella y la agarró...

Oyó un sonido extraño.

Levantó la vista y vio algo oscuro y espantoso que se elevaba frente a él. Era un árbol de tronco retorcido. Sus gruesas ramas, cubiertas de hojas violáceas, se sacudían con violencia, mientras sus gruesas raíces blancas reptaban hambrientas y voraces hacia él.

A Rowan se le heló la sangre en las venas. Era un árbol de Unrin, un árbol al que le encantaba la carne humana, uno de aquellos árboles que mucho tiempo atrás habían assolado el Valle de Oro.

Arboles demoníacos, los había llamado Zeel. Ella y Rowan habían luchado juntos en el Abismo de Unrin, y casi habían perecido en el poderoso abrazo de sus ramas. Pero la Montaña era su hábitat natural, y aquel estaba allí, a punto de cobrar su presa...

Rowan se estremeció de asco y retrocedió a rastras, intentando mantener los pies fuera del alcance de las raíces semejantes a serpientes.

Su capa se le había enmarañado alrededor de las piernas, y le impedía ponerse en pie. Oía que Shaaran chillaba y sollozaba, y con una oleada de pánico descubrió que corría hacia él. Sus gritos eran cada vez más fuertes. Oyó sus pasos, muy cercanos.

—¡No, Shaaran! ¡Aléjate! —rugió, y lanzó cuchilladas contra las raíces.

Los pensamientos se agolpaban en su mente. A esas alturas, la Zebak ya se habría puesto en pie, enfurecida por el dolor de las heridas.

Había perdido la daga, pero no dudaría en atacar con las manos desnudas si llegaba el caso, herida o no. Y era fuerte, muy fuerte. Haría cualquier cosa por completar la tarea que le habían encomendado. Partiría el delicado cuello de Shaaran como si fuera una ramita. Después recuperaría su cuchillo de las manos de Rowan y le mataría por fin.

Pero... el corazón de Rowan le dio un vuelco. ¡El árbol demoníaco! La Zebak no sabía lo

peligroso que era.

Echó la vista atrás para ver si el camino estaba despejado, pero quedó petrificado al distinguir, alzándose sobre él como un acantilado, una forma blanca y sinuosa, con unas fauces enormes y ribeteadas de azul, y dientes afilados como alfileres.



Con la daga en alto, Rowan miró al reptil del hielo, a la espera de la muerte. Ya no sentía terror. Todo sentimiento se había borrado de su mente, salvo uno: el odio en estado puro. Si iba a morir, si todo estaba perdido, mataría a tantos enemigos como pudiera.

Vio a la Zebak agachada detrás de la bestia, con una esquirra de hielo afilada en su mano sangrante. Notó que una raíz se enroscaba alrededor de su tobillo, lo sujetaba como una argolla de hierro.

Bien. Que todos se pelearan por él y fueran muriendo de uno en uno.

Resistió la presa de la raíz. Se rio de la Zebak, la retó a acercarse más. Después miró de nuevo al reptil del hielo. Sobre las espantosas mandíbulas, la cabeza de la bestia brillaba, como si de su piel brotara un líquido repugnante. Una mueca de odio deformó el rostro de Rowan.

La bestia emitió un silbido agudo y ensordecedor. Se agachó más, su cabeza desprovista de ojos se acercó más, más...

Rowan apretó la empuñadura del cuchillo, preparado para el ataque. Después sintió un chorro de algo caliente sobre su rostro.

De inmediato, el reptil se enroscó, se encogió y desapareció. En su lugar estaba Shaaran... Shaaran, inclinada sobre él, con la caja de las sedas aferrada entre sus brazos mientras le rodaban las lágrimas por las mejillas.

Rowan la miró perplejo. Soltó el cuchillo. De pronto, sintió un nudo en la garganta cuando una sombra se alzó detrás de la muchacha, una sombra que blandía una hoja de hielo.

¡La Zebak!

—¡Cuidado! —gritó desesperado. Agarró a Shaaran de los brazos y la arrastró al suelo, para luego arrojarla a un lado. La hoja falló su objetivo por un pelo. En un abrir y cerrar de ojos, la agresora se lanzó hacia delante, pasó dando tumbos sobre sus cuerpos y cayó al suelo.

Solo entonces pudo ver Rowan quién era la atacante: ¡Zeel! Parpadeó, incapaz de dar crédito a sus ojos. Pero no cabía duda de que era ella.

No era una guerrera Zebak. Era Zeel, que se arrastraba de rodillas ante sus ojos, con una mano sangrando y la otra buscando un arma en el suelo.

Asombrado, horrorizado y jubiloso al mismo tiempo, Rowan emitió un grito estrangulado. En aquel preciso instante, la mano de Zeel empuñó su cuchillo, que yacía en el suelo medio oculto tras una columna de hielo. Se puso en pie con movimientos inseguros. Sus ojos vidriosos se clavaron en él con una expresión de odio.

—¡Muere, ishkin! —bramó enfurecida, al tiempo que se abalanzaba hacia delante.

—¡No, Zeel! —gritó Rowan, pero cuando las palabras surgieron de sus labios, incluso

mientras retrocedía y el cuchillo golpeaba con torpeza el lugar donde había estado, comprendió.

«Horrores acechan detrás de tus ojos...».

Se maldijo a sí mismo por su estupidez, por no reflexionar en mayor profundidad las palabras del verso.

«El segundo verso decía “detrás” de tus ojos, ¡no delante! —se dijo enfurecido—. ¿Qué hay detrás de tus ojos? —pensó—. ¡Tu mente, idiota, tu mente! Esta es la traición de este lugar: te muestra los enemigos que viven en tu memoria. ¡Zeel no te ve como eres! Cuando te mira ve a un ishkin, un monstruo de la tierra de los Zebak, al igual que yo la he confundido con una guardiana Zebak, y a Shaaran con un reptil del hielo. Los enemigos que detestas tanto como temes...».

Echó un vistazo a su tobillo aprisionado. En lugar de la raíz de un árbol malvado, vio ahora la mano enguantada de Norris, que le sujetaba en una presa de hierro, con el brazo estirado y rígido, y al propio Norris echado en el suelo boca abajo e inmóvil como si estuviera muerto.

—¡Rowan! —chilló Shaaran. Levantó los ojos a tiempo de ver a la niña abalanzarse sobre él cuando Zeel atacó de nuevo.

Al instante siguiente, el cuchillo, que apuntaba a su corazón, se clavó en la caja de madera que Shaaran sostenía a modo de escudo. El panel lateral de la caja saltó hecho astillas, y los valiosos rollos de seda se desparramaron y rodaron sobre el suelo.

Shaaran lanzó un grito agónico. Zeel se apoderó de ella y la tiró al suelo.

—Así que querías convertirme en pasto del ishkin, ¿en, guardiana? —gritó a Shaaran—. Te habría gustado verme despellejada y arrastrada por el suelo como mis amigos... Tu deseo se cumplirá, ¡pero tú vendrás conmigo, viva o muerta!

Apretó el cuello de la muchacha con la intención de estrangularla.

—¡No, Zeel, no! —gimoteó Shaaran, al tiempo que intentaba zafarse de sus dedos.

Rowan se le echó encima para separarlas. Fue en vano. Estaba aterrado. ¿Acaso debería utilizar la daga de Zeel para salvar a Shaaran? ¿No habría otro remedio?

—¿Qué... qué le ocurre? —dijo Shaaran medio asfixiada.

—Cree que eres una guardiana Zebak —respondió Rowan—. Igual que lo creía yo también hasta que...

¿Hasta qué? ¿Qué había desvanecido la ilusión? ¿Por qué se había curado tan de repente? ¿Qué había...?

Evocó las últimas palabras del verso.

La cura es el agua de un manantial

donde no moran el odio ni la ira.

De inmediato, lo comprendió.

—¡Shaaran! —gritó—. ¡Sécate los ojos y tócale la cara! ¡Ahora! ¡Deprisa!

Shaaran jamás cuestionaba lo que decía Rowan, de modo que no vaciló. Alzó las manos de su garganta, se secó las lágrimas y luego tocó las mejillas de Zeel.

Al instante, Zeel parpadeó y dio un paso atrás. Soltó el cuello de Shaaran y se miró las manos como si no le pertenecieran.

—¡Zeel! —gritó Rowan henchido de alegría.

La joven se volvió hacia él sin comprender. Después, cuando recuperó la memoria, miró a Shaaran, tendida entre las sedas.

—¿Qué... he hecho? —dijo estupefacta.

—No te preocupes —dijo Shaaran mientras se ponía de rodillas—. No ha sido culpa tuya, Zeel. De verdad que no.

—No has hecho nada que yo no haya hecho, Zeel —intervino Rowan—. Ni Norris. Shaaran ha sido la única que...

Un gruñido ronco provocó que se volviera, alarmado.

Norris estaba despertando. Levantó la cabeza y abrió los ojos. Miró a Rowan. Su expresión se ensombreció y descubrió los dientes. Su mano seguía sujetando el tobillo de Rowan.

Shaaran lanzó un grito y empezó a gatear en dirección a su hermano.

Más rápido que el rayo, Rowan pasó los dedos sobre las mejillas húmedas de la muchacha y frotó el ceño fruncido de Norris con las lágrimas. Este se estremeció de los pies a la cabeza. Después, poco a poco, las arrugas de su rostro fueron desapareciendo, para dejar paso a su típica expresión casi infantil.

—Estaba... estaba soñando —musitó—. ¡Shaaran, estás viva! ¡Y Rowan! Pensaba que...

Su expresión cambió bruscamente, mientras hacía un último esfuerzo para ponerse en pie. La sangre manaba del costado a causa de una terrible herida de daga.

—¡No te muevas, Norris! —gritó su hermana, pero él ya se había puesto en pie y miraba como un loco a su alrededor.

—¡Aquí hay una guardiana Zebak! —dijo entre dientes—. Ha matado a Zeel y la ha suplantado. Es culpa mía. ¡No oí nada! Me di cuenta cuando me volví para hablar con Zeel, después de detenernos. El monstruo me atacó, luchamos...

Intentó enderezarse, gimió y se apretó el costado.

—Y también hay un grach de combate... ¡enorme! ¡Un asesino! Lo he repelido, he intentado mantenerlo alejado de vosotros, ¡pero ahora no lo veo! Rowan, Shaaran, guareceos detrás de mí. ¡Enseguida! ¿Dónde está mi espada? ¡Mi espada!

Rowan vio la espada en el suelo. La recogió y se la entregó a Norris.

—Aquí está, pero no la necesitas, Norris —dijo—. No hay nada ni nadie contra quien luchar. Ningún guardián, ningún grach —suspiró—. Ni tampoco reptiles del hielo ni árboles diabólicos...

—No hay ningún ishkin —añadió Zeel, y se acercó cojeando a ellos—. Eran ilusiones, Norris. Casi nos matamos entre nosotros, luchando contra nuestros recuerdos.

Norris osciló y sacudió la cabeza, confuso.

—¡Pero yo no vi nada! —dijo Shaaran, mientras se palpaba la garganta lastimada—. Solo os veía a vosotros, a todos vosotros, combatiendo los unos contra los otros. Y vuestros rostros...

Una sombra cruzó su propio rostro y se estremeció.

—No viste nada porque tú no tienes enemigos, Shaaran —dijo Rowan.

La muchacha estuvo a punto de reír.

—¡Eso es ridículo! —gritó—. ¡Tengo más miedo que todos vosotros juntos!

—Teméis muchas cosas, pero no odias nada —repuso Rowan—. No hay ninguna persona ni

animal a la que desearías destruir voluntariamente, ni siquiera para salvar tu vida, ¿no es cierto?

Shaaran le miró y enrojeció levemente, como si estuviera avergonzada.

—Nuestro abuelo era igual —balbuceó Norris—. Y nuestra madre y nuestro padre. Protegerlos era una tarea prácticamente inútil.

—Me lo imagino —dijo Zeel—. Pero, por lo que parece, esta vez la situación se ha invertido. Norris parecía perplejo.

«No ha visto nada de lo sucedido —pensó Rowan—. Aún no entiende nada».

—Shaaran nos ha salvado —explicó a Norris—. ¿Recuerdas los últimos versos de la profecía? El manantial libre de odio e ira no era real, sino el corazón bondadoso de tu hermana. Y el agua sanadora eran sus lágrimas.

—«Una para llorar» —dijo Zeel.

Shaaran se sonrojó más todavía.

Norris frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué no lo decían claramente los versos? —gruñó—. ¿Por qué un acertijo nos ha confundido y desorientado?

—Tal vez porque la propia vida es un acertijo —repuso Zeel—, y a medida que la vamos viviendo tenemos que resolver el rompecabezas nosotros mismos.

Su tono era despreocupado, pero tenía los ojos pensativos.

Shaaran había empezado a recoger los rollos de seda dispersos por el suelo.

—No veo el rastro de los bukshah —dijo nerviosa—. Me temo que nos hemos perdido.

Pero Rowan vio su mochila no lejos de allí, donde la había dejado caer.

—¡Todo va bien! —exclamó, y señaló con el dedo—. ¡Allí me aparté del sendero!

—Gracias a los cielos —suspiró Zeel—. Vendemos las heridas, reparemos como sea la caja de las sedas y marchémonos cuanto antes de este lugar maldito. Hasta el aire me pone enferma.

‡ ‡ ‡

Al cabo de menos de una hora, volvían a avanzar lentamente entre las columnas de hielo, esta vez con Zeel abriendo la marcha. No tardó demasiado en descubrir el rastro que Rowan había sido incapaz de encontrar.

Los cuatro estaban heridos, pero Norris era el que había salido peor parado. El estado de su pierna después de la lucha era deplorable, y la herida que tenía en el costado era profunda y muy dolorosa.

«Pero ¿era su sufrimiento el único motivo de su rotundo silencio? —se preguntaba Rowan—. ¿O el verdadero problema habitaba en su interior?».

Tenía cara de pocos amigos. Ni siquiera se sumó al coro de débiles vítores en que prorrumpieron los demás cuando vieron otro arco rocoso más adelante, un arco a través del cual se podía distinguir un fondo gris. Ni tampoco levantó la mirada cuando consiguieron salir del valle de los horrores y respirar aire puro.

«No es buena señal», se dijo Rowan. Y cuando paseó la vista a su alrededor, reconoció de

inmediato la empinada pendiente cubierta de nieve que había al otro lado del arco. Se le hizo un nudo en la garganta.

Un viento cortante soplaba a su alrededor. La luz era escasa. El rastro de los bukshah se distinguía con claridad en la nieve: ascendía hasta perderse entre las rocas. Al otro lado de las rocas había una muralla de espectaculares riscos negros y, más arriba, solo se veía la niebla remolineante.

«Tres figuras avanzando en fila...».

Era el lugar de su sueño. Del primer sueño. «Pero no se hará realidad —se dijo Rowan—. No puede ser verdad. Norris, Shaaran y yo no estamos solos. Zeel viene con nosotros».

Advirtió que Zeel le estaba hablando.

—Debemos buscar refugio, y pronto —murmuró—. Un sitio donde poder encender un fuego.

«Tres figuras apiñadas y asustadas alrededor de una fogata...».

—La cueva —musitó Rowan.

—¿La cueva? —exclamó Zeel—. ¿Qué cueva?

Rowan sacudió la cabeza para aclarar las ideas.

—Quiero decir que... allí... allí tiene que haber una cueva, en esos riscos —tartamudeó.

Zeel le miró fijamente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó.

Rowan dudó unos instantes. Se dio cuenta de que Zeel sospechaba que sabía más de lo que había dicho. Pero si no había admitido antes sus terribles sueños, ¿cómo podía hacerlo ahora, con Shaaran y Norris al borde de la desesperación?

Zeel sacudió la cabeza con impaciencia.

—¡Guárdate tus secretos! —le reprendió con severidad—. Pero si sabes que hay una cueva, Rowan, ha sido una locura no decírmelo. ¡Estamos en peligro! ¿Adónde iremos? ¿Dónde nos ocultaremos?

Al instante, el medallón empezó a calentarse. Horrorizado, Rowan intentó desprenderse de él cuando recordó aquel lacerante dolor, aquella sensación de verse reemplazado por otro alguien.

—¡Oh, Rowan! No quería decir... ¡Lo siento! —El grito de Zeel resonó en sus oídos—. ¡No opongas resistencia, Rowan! Deja que...

Su voz sonaba cada vez más apagada.

«No opongas resistencia».

Rowan procuró resistir la terrible necesidad de tirar del medallón. En lugar de eso, lo apretó más contra su piel. El calor empezó a penetrar en su garganta. Le escocía, le quemaba, pero luchó contra la sensación de asfixia. Y fue así como las extrañas palabras surgieron de él, si no con facilidad, al menos no de un modo tan agónico como en otras ocasiones.

El refugio te espera en lo alto.

Trepa por la escalera del muerto,

ocúltate dentro de las paredes rocosas,

no te muevas mientras cae la glacial oscuridad.

## 13 ∞ La ascensión



Cuando la última palabra de los versos salió de sus labios, Rowan cayó de rodillas en la nieve, débil y mareado. Recuperó la serenidad poco a poco y levantó la cabeza. Norris le estaba mirando sin mucho entusiasmo. Shaaran también le miraba, con la mano apretada sobre la boca. Y Zeel...

Zeel estaba desplegando su cometa.

—¡No, Zeel! —gritó Rowan, presa del pánico. Se puso en pie y avanzó hacia ella, tambaleante. Zeel le miró.

—No pretendía someterte a semejante sufrimiento, Rowan, pero por lo menos puedo conseguir que merezca la pena —dijo—. Los versos hablaban de «paredes rocosas». Sin duda debe de haber una cueva allí arriba. La buscaré desde el aire mientras empezáis a subir.

—¡No! —replicó Rowan desesperado—. Tienes una mano herida, Zeel, y es demasiado peligroso volar aquí. Si cambia el viento, ¡te estrellarás contra los riscos!

Zeel alzó la cabeza.

—Olvidas algo —repuso con calma—. Soy una Heraldo de los Viajeros. Mi tarea en la vida consiste en adelantarme a la tribu cualesquiera que sean las condiciones meteorológicas, en misiones de vigilancia y búsqueda de refugio. Ahora mis habilidades pueden sernos de ayuda. No me arriesgaría con el peso extra de un pasajero, pero sola puedo hacerlo, con una mano si fuera necesario.

Levantó la cometa y la seda amarilla se infló sobre ella.

—Volveremos a vernos, Rowan —dijo.

Rowan reconoció aquellas palabras. Las usaban los Viajeros para despedirse en situaciones difíciles.

—Volveremos a vernos —respondió.

Zeel le sonrió, volvió la cara hacia el viento y se elevó en el aire.

Durante unos instantes, Rowan vio que la cometa remontaba el vuelo como un destello brillante sobre un fondo blanco, negro y gris. Después se volvió hacia Shaaran y Norris.

Ambos estaban mirando a Zeel: Shaaran con expresión temerosa y Norris, desesperada. Se balanceaba de un lado a otro, con el rostro tenso y los hombros caídos.

El corazón de Rowan le dio un vuelco.

—Deberíamos encender antorchas antes de seguir adelante —dijo—. Nos queda una larga ascensión, y en cualquier momento...

Su voz enmudeció cuando vio los ojos aterrados de Shaaran. No era preciso recordarle lo que en estos mismos momentos podía estar deslizándose hacia ellos por debajo de la nieve.

Norris no dijo nada. Incluso cuando Rowan le entregó una antorcha ardiendo, no habló. Se limitó a volverse y a seguir de nuevo el rastro de los bukshah.

Shaaran miró a Rowan con expresión angustiada.

—Déjale marchar —dijo Rowan—. Límitate a seguirle.

Tenía miedo. Sabía lo que ocurriría a continuación, pero se sentía incapaz de impedirlo.

«Aprende lo que es para ser lo que soy».

Los tres avanzaban en fila. Rowan sabía cuál era su aspecto. Tenía una vivida imagen en su mente. La figura alta, cojeando, en cabeza; la figura pequeña, frágil, detrás, con una caja de madera en brazos; y finalmente, él, cerrando la marcha.

Sin poder resistir la tentación, miró hacia atrás. Solo vio las inmensidades nevadas, la roca negra y el arco, en el que refulgía una luz azulada.

—Rowan, ¿qué pasa?

Shaaran se había detenido y le miraba. Parecía alarmada.

Rowan se encogió de hombros, resuelto a no contarlo. Vio que Norris también paraba y se volvía hacia él. Los ojos de Norris transmitían angustia, pero no dijo nada.

«Por lo menos esto no es como en el sueño —pensó Rowan con un destello de esperanza—. Por haberme mordido la lengua he alterado el curso de las cosas. Tal vez...».

—Sigamos adelante —instó Shaaran—. Pronto anochecerá.

Norris esbozó una sonrisa horrenda.

—¿Qué más da? —dijo de repente—. Tanto si nos detenemos aquí como más arriba, tanto si es de día como de noche, estamos condenados.

El bastón y la antorcha resbalaron de sus manos, y cayó al suelo.

Shaaran corrió hacia él y empezó a tirarle de los brazos y a llamarle por su nombre, pero Norris se limitó a desviar la mirada y a hundirse más en la nieve, como un chiquillo que se negara a levantarse de su cama caliente.

—¡Rowan, ayúdame! —chilló Shaaran.

Rowan recogió la antorcha del suelo y reflexionó durante unos instantes.

«En el sueño estábamos los tres juntos en la cueva —recordó—. Así pues, sé que Norris puede superar esta situación y sobrevivir. Pero también sé que si le suplico y discuto con él para que entre en razón, no conseguiré que se mueva. Tiene que haber otro modo».

Pero ¿cuál? Él y Shaaran no tenían fuerza suficiente para cargarle auestas ni para arrastrarle más que una corta distancia por aquella empinada pendiente.

—¡Levántate, Norris, haz el favor! —gritó Shaaran. Se había arrodillado junto a su hermano, medio enterrado en la nieve.

—Déjame dormir —murmuró el muchacho—. Es el fin.

«Es el fin...».

Rowan vio que Shaaran se tapaba la boca con la mano para ahogar un grito de desesperación.

Allí había terminado el sueño. ¿Qué pasaría ahora?

Se arrodilló también junto a Norris.

—No, no es el fin, a menos que te empeñes en que lo sea, amigo mío —dijo.

Norris exhaló un profundo suspiro. Después rodó hasta quedar tendido de espaldas y miró a Rowan.

—Sí es el fin —dijo—. Todos hemos representado nuestro papel en esta aventura. Uno llora, uno lucha, uno sueña y uno vuela. ¿No es así?

Rowan asintió y esperó.

—Shaaran es la que llora —siguió diciendo Norris, al tiempo que levantaba la vista hacia el cielo oscurecido—. Sus lágrimas nos salvaron en el valle de los horrores. Tú eres el que sueña, Rowan. De ahí que lleves el medallón y pronuncies los versos. Zeel es la que vuela, como acabamos de ver. Y yo...

Su voz se quebró y cerró los ojos.

—¿Continúa! —le animó Rowan. Se sentía avergonzado por la referencia a su sueño—. Y tú... ¿no serás el que lucha?

Norris abrió de nuevo los ojos y se quedó pensativo.

—¿Pues claro! —estalló de pronto con los ojos desorbitados—. Creía que estaba destinado a ser vuestro protector. Estaba tan seguro de ello que ni siquiera intenté prohibir a Shaaran que emprendiera este viaje. Pensé que os salvaría a los dos.

Su hermana emitió un sollozo estrangulado. Norris la miró.

—Me sentía muy orgulloso del papel que estaba predestinado a representar —musitó—. Yo, que siempre fui el desespero de mi abuelo, demostraría que por fin era un héroe, no un loco.

Sonrió con amargura.

—Norris... —empezó a decir Rowan. Pero él no le escuchaba.

—Cuando llegó la hora de luchar, ¡con qué júbilo me apresuré a atacar! —continuó, con el rostro demudado de dolor y vergüenza al mismo tiempo—. Pero, entonces... me di cuenta de que no había luchado contra ningún enemigo, sino contra los amigos que había jurado defender. De nuevo el loco de siempre. Y ahora estoy herido y no soy más que una carga inútil.

—¿Zeel y yo también fuimos víctimas de las visiones! —exclamó Rowan—. No puedes culparte de lo sucedido.

—Sí puedo, pues fui el que se volvió, el que lo empezó todo jugando al gran guardián y protector —dijo Norris—. Y ahora, mi camino ha llegado a su final. Me di cuenta cuando vi a Zeel elevarse en su cometa. Llorar, luchar, soñar y volar. Los cuatro papeles ya han sido representados.

A Rowan se le revolvió el estómago.

—Y el mío —prosiguió Norris con voz apenas perceptible—, el mío, lejos de salvarnos, nos ha debilitado y dejado a merced de cualquier destino que nos espere en la Montaña. He sido un pelele. —Lágrimas de amargura asomaron a sus ojos—. Déjame en paz. No quiero vivir lo que se avecina. El ser perverso que nos ha traído hasta aquí ha triunfado.

Rodó de nuevo sobre la nieve, boca abajo, se cubrió la cabeza con los brazos y apretó las rodillas contra el pecho.

—¿Norris! —gritó Rowan mientras le sacudía—. Aun en el caso de que tengas razón... aunque alguna fuerza maligna nos haya conducido hasta una trampa... ¿no podemos limitarnos a tumbarnos en la nieve y morir!

Pero esta vez, Norris ni siquiera se movió.

Se oyó una voz extraña que procedía de lo alto. ¡Zeel! Rowan se puso en pie de un brinco y miró hacia arriba. La cometa amarilla estaba suspendida cerca de la cara del risco, con un lado algo inclinado, como si apuntara a un lugar situado más abajo.

Sintió una punzada de esperanza. Zeel había encontrado la cueva. Todo cuanto debían hacer era llegar hasta ella y allí encontrarían calor, descanso y cierta seguridad.

Pero Norris yacía en la nieve como un tronco muerto. ¡Norris! ¡Precisamente él! Tan admirado por todos en Rin por su fuerza y su valor.

Rowan sintió que la furia cobraba vida en su interior. Sabía que no conducía a nada y que era injusto, pero por un momento se dejó llevar por aquel sentimiento. ¡Si Lann pudiera ver ahora a Norris! ¡O Bronden! ¿Qué harían? De pronto, lo adivinó. Lann y Bronden le tratarían tal como esperarían ser tratadas ellas. Sabrían por instinto cómo penetrar en la concha de desesperación en la que se había encerrado, porque Norris era como ellas.

Rowan respiró hondo.

—¡Levántate! —exclamó con brusquedad, y le propinó una patada en el hombro.

Shaaran gritó, pero Rowan no hizo caso y le dio otra patada.

Norris abrió los ojos.

—Déjame aquí —gruñó.

—¡Cobarde! —bramó iracundo—. ¡Eres un cobarde!

—Rowan, ¿cómo puedes decir eso? —gritó Shaaran—. ¡Está agonizando!

Pero los ojos apagados de Norris se habían encendido, y su rostro se había ensombrecido a causa de la ira.

—¿Me has llamado cobarde? —aulló.

Rowan dio media vuelta. Sin duda, Norris pensaría que lo había hecho porque le daba asco. No vería que su torturador había cruzado los dedos y contenido la respiración.

Pero Shaaran sí se dio cuenta. Abrió los ojos de par en par y guardó silencio.

Norris se movió. Buscó su bastón con movimientos torpes, y cuando lo encontró se puso en pie con un penoso esfuerzo. Una lluvia de nieve se desprendió de sus ropas. Arrebató la antorcha de la mano de Rowan.

—Te enseñaré quién es el cobarde —rugió—. ¡Sígueme si puedes!

Echó a andar siguiendo su paso.

Shaaran y Rowan caminaron detrás de él. «Sin duda me está maldiciendo —pensó Rowan—, pero por lo menos está vivo».

«Vivo de momento». Rowan expulsó aquella idea de su mente y apretó el paso.

La ascensión era larga y dura. Hacía cada vez más frío y estaba más oscuro. El viento azotaba sus rostros y lanzaba el humo de las antorchas hacia sus ojos. La cuesta se hacía más empinada y serpenteante a medida que se aproximaban a la cara del risco. Inmensas rocas emergían a su alrededor. La nieve que pisaban se había helado y era resbaladiza como el cristal.

Zeel describía círculos en lo alto en busca de signos de peligro que acecharan bajo la nieve, o se ocultaran en la niebla que remolineaba entre las rocas.

Por fin, los riscos se elevaron, imponentes y amenazadores, ante sus ojos. El rastro de los bukshah doblaba a la izquierda, pero Zeel indicaba a la derecha, y los tres siguieron caminando en aquella dirección, hundiéndose en la nieve hasta las rodillas a cada paso. Al cabo de poco, la cometa flotó como una enorme mariposa amarilla sobre un lugar donde los dos tercios superiores del risco sobresalían sobre el resto, disimulando una abertura oscura y estrecha en la roca.

Rowan reconoció de inmediato aquella entrada como la cueva de su sueño, aunque sin la ayuda de Zeel le hubiera pasado inadvertida. Visto desde el exterior, el estrecho triángulo dentado parecía una simple grieta en la roca. Por lo demás, no se hallaba en la base de la cara del risco como había supuesto, sino a un tercio de la pendiente, justo debajo del saliente.

«El refugio te espera en lo alto...».

Los versos habían dicho la verdad literalmente. La cueva era, sin duda alguna, un refugio elevado. ¿Cómo conseguirían llegar hasta allí? La cara del risco que había más abajo formaba una pared vertical y lisa, imposible de escalar.

Rowan aceleró el paso, adelantó a Shaaran y Norris, casi corriendo, y cuando estuvo justo debajo de la cueva, se aplastó contra el risco y levantó la mano todo cuanto pudo. Las puntas de los dedos quedaron a un cuerpo de distancia de la entrada.

«Trepas por la escalera del muerto...».

—Has de subirte a mis hombros.

Sobresaltado, Rowan se volvió. Norris estaba a su lado con el rostro invadido por un sufrimiento y un cansancio extremos.

—Tú primero, Rowan. Así podrás ayudar a Shaaran desde arriba —dijo Norris—. Zeel la seguirá.

—Norris, no estás en condiciones de... —empezó a decir Rowan. Pero el muchacho sacudió la cabeza.

—Según la profecía, para alcanzar la cueva debes trepar por la escalera del muerto —musitó—. ¿Y qué soy yo, sino un muerto?

Shaaran, que estaba llegando a su lado, oyó las últimas palabras y gritó horrorizada. Norris hizo caso omiso. Sus ojos estaban clavados en los de Rowan.

—No puedo subir, y los tres no sois lo bastante fuertes para alzarme —dijo—. Pero os puedo ser útil. Y luego tal vez... tal vez... Zeel y Shaaran tengan una oportunidad de sobrevivir a todo esto. ¡Te lo ruego, Rowan!

Rowan no podía negarse. Asintió al punto y, con un gruñido sordo, Norris dobló la espalda. Sin hacer caso de los gritos de Shaaran, Rowan trepó a sus hombros. Después, cuando Norris se enderezó poco a poco, levantó las manos y aferró la base de la entrada de la cueva.

Sus músculos se tensaron mientras se impulsaba hacia arriba. Sus botas tantearon inútilmente la roca lisa de la cara del risco, pero la sola idea de caer al suelo, tras haber causado tanto dolor a Norris en vano, infundió fuerzas a su brazo. Poco después, estaba tendido en el suelo de la cueva.

La cueva era bastante espaciosa, a pesar de la estrecha abertura. Escudriñó el interior para comprobar que nada acechaba en los rincones oscuros.

Dio media vuelta y se deslizó hacia delante, hasta que su cabeza y hombros sobresalieron de la

boca de la cueva.

Norris estaba encorvado. Shaaran sollozaba a su lado.

—¡Shaaran! —la llamó Rowan, y estiró los brazos hacia ella.

Pero la muchacha negó con la cabeza.

—¡Está agonizando! —gritó—. ¡No puedo dejarle solo!

Rowan oyó un grito agudo de advertencia desde lo alto. Miró hacia arriba. La cometa descendía en picado. Zeel señalaba algo con desesperación. Miró de nuevo hacia abajo y sintió un terrible escalofrío al advertir que la gruesa capa de nieve que cubría la cara del risco se estaba moviendo, elevándose hasta formar un ventisquero.

Algo se abalanzaba hacia Shaaran y Norris siguiendo la base del acantilado, serpenteando a través de la nieve como una anguila en el agua.

—¡Un reptil del hielo! —chilló Rowan—. ¡Shaaran! ¡Norris! ¡Cuidado!



Norris se enderezó. Apretó los dientes, agarró a su hermana por la cintura y la alzó con tal fuerza que Rowan fue capaz de sujetarla por los hombros y tirar de ella hasta la cueva.

Ambos cayeron hacia atrás sobre el suelo arenoso. Shaaran estaba gritando. Rowan se levantó y volvió a la entrada.

Zeel había desaparecido.

«Quizá haya ascendido hasta la cima del risco y aterrice allí —pensó—. Debe de haber temido que el reptil del hielo se apoderara de ella. Pero Norris...».

El muchacho tenía la espalda apoyada contra la pared del risco. La herida en el costado se había abierto al levantar a Shaaran y sangraba de nuevo. Sostenía las tres antorchas a modo de escudo.

—¡Norris! —gritó Rowan, al tiempo que se empujaba hacia delante y alargaba los brazos—. ¡Cógete de mis manos!

Norris ni siquiera levantó la cabeza.

—¡Vete! —aulló—. No puedes levantarme. Protegeos vosotros. Enciende una fogata en la entrada de la cueva. ¡Date prisa! Yo contendré a esta bestia tanto como pueda, pero...

La nieve se elevó bajo sus pies, y entonces la superficie helada se abrió. Un aterrador monstruo ciego alzó la cabeza, preparado para atacar con las fauces abiertas. Norris no se inmutó y blandió las antorchas. El reptil silbó y se enroscó enfurecido, dispuesto a atacar de nuevo.

Mientras alejaba a Shaaran del borde del precipicio, Rowan extrajo más antorchas de su mochila y empezó a encenderlas. Le temblaban las manos y maldijo su torpeza.

Norris gritaba, mientras seguía blandiendo las antorchas como si fueran espadas. La bestia se revolvía enfurecida, mientras se abalanzaba una y otra vez sobre el muchacho. De pronto, se retorció con brusquedad cuando una centella amarilla descendió en picado desde la cumbre del risco y planeó a escasos metros de su cabeza entre una avalancha de calor y llamas.

Era Zeel, colgada de su cometa con la mano buena y blandiendo una antorcha encendida en la otra. Había aterrizado en la cima del risco, en efecto, pero solo se había quedado el tiempo suficiente para prender la antorcha.

El reptil del hielo silbó y atacó, y atrapó el borde de la seda con los dientes. La seda se desgarró con un terrible sonido. La cometa se estremeció, se inclinó a un lado y empezó a caer. El reptil retrocedió y serpenteó hacia ella, listo para un nuevo ataque.

Norris vio su oportunidad y no la desaprovechó. Se lanzó hacia delante con un bramido y clavó las tres antorchas encendidas en el cuerpo desprotegido de la bestia. Se oyó un silbido siniestro, y

después se elevó un acre olor a quemado. Un ronco rugido surgió de las fauces de la bestia. Durante unos instantes, la espantosa criatura pareció temblar en el aire. Luego, mientras Norris se apartaba de su camino dando tumbos, la bestia se desplomó contra la cara del risco y quedó inmóvil.

El muchacho miró con ojos vidriosos el amasijo de anillos retorcidos que llegaban casi hasta la entrada de la cueva. No volvió la cabeza ni siquiera cuando Zeel se reunió con él, cargando al hombro los fragmentos deshilachados de su preciosa cometa. Pero cuando le tomó del brazo, Norris no se opuso y dejó que le sostuviera mientras se aproximaban al cuerpo del reptil.

Zeel lo tocó con el pie. No se movió.

—Lo has matado —dijo con respeto.

—Pero si solo ha sido una pequeña quemadura en un cuerpo tan grande. —Norris sacudió la cabeza—. ¿Cómo puede morir así una bestia semejante?

—El calor debe de ser como un veneno para ellos —replicó Zeel—. Como veneno en la sangre. ¡Te arrojaste sobre él como un poseso!

—Tú me has dado la oportunidad —musitó.

Zeel se encogió de hombros.

—He hecho cuanto he podido —repuso—. Pero ha sido tu fuerza la que nos ha salvado.

Norris emitió un sonido ahogado y ella le miró. Tenía los ojos extrañamente brillantes, y los músculos de alrededor de su boca se habían relajado, dejando paso a un rostro suave y pacífico.

«¿Qué habré dicho para que me mire así? —pensó—. Es la verdad».

Pensó en ello unos momentos y luego alejó el interrogante de su mente, al igual que había dejado de lado su dolor por la cometa perdida, para concentrarse en asuntos más prácticos. Norris permanecía de pie, tambaleante, con la ropa empapada de sangre. Zeel le sujetó el brazo con más fuerza.

—Ven —dijo Zeel—. Nos has proporcionado la escalera. La escalera del muerto. Subamos.

Juntos se encaramaron al reptil del hielo y lo utilizaron a modo de escalerilla. Su cuerpo anillado era muy resbaladizo. Zeel apretó la mandíbula y sus ojos se nublaron de horror. Norris temblaba de los pies a la cabeza.

Al cabo de unos momentos llegaron a la cueva y se acomodaron en el interior.

En cuanto les hubo estrechado la mano a modo de bienvenida, Rowan encendió una fogata. Sabía que Shaaran cuidaría de Norris, y que lo único que deseaba Zeel en aquellos momentos era que la dejaran en paz, para llorar la pérdida de la cometa a su manera. Su tarea consistía en convertir la cueva en un lugar lo más seguro posible, en vistas a la larga noche que les aguardaba.

‡ ‡ ‡

Mientras iba oscureciendo fuera de la cueva, Rowan, Zeel y Shaaran hirvieron agua para el té, tostaron pan y se lo comieron, primero con queso fundido, y después con un poco de miel y frutos secos que Zeel había traído consigo.

El fuego, la comida y la bebida calientes les reconfortaron física y mentalmente. Incluso

Norris pareció revivir al cabo de un rato y fue capaz de sentarse, envuelto en mantas y recostado contra la pared de la cueva.

Aunque había mucho que decir, nadie se atrevió a hablar de aquel día ni del futuro. Prefirieron charlar de cosas intrascendentes: del sabor dulce y fresco de la miel, de los platos que más les habían gustado.

Rowan habló de los alimentos salados y con sabor a pescado de Maris y Shaaran y Norris, de las frutas y verduras que cultivaban en la tierra de los Zebak. Por su parte, Zeel les habló de las abejas de los Viajeros, trasladadas de un lugar a otro cuando la tribu seguía la floración de las flores en cada estación.

Poco a poco, su voz se fue apagando, como si estuviera recordando que tal vez llegaría el día en que no habría más flores, abejas ni Viajeros en la tierra, tan solo la fría y yerma blancura de un invierno interminable. Se removió inquieto, intentando quitarse aquella idea de la cabeza.

—Deberíamos intentar dormir —dijo—. Yo haré la primera guardia.

—Yo la segunda —dijo Zeel con presteza, antes de que Norris pudiera hablar—. Despertadme cuando sea la hora.

Pronto reinó el silencio. El suelo de la cueva era duro, pero Norris, Zeel y Shaaran estaban exhaustos, e incluso sus dolores y miedos fueron incapaces de despertarles una vez acurrucados en las mantas.

Rowan vigilaba mientras pasaban las horas, sentado muy erguido junto al fuego, y observaba el baile de las llamas. De vez en cuando arrojaba una ramita para mantener vivo el fuego, pero cada vez que lo hacía, sentía una punzada de temor.

El hatillo de ramas que habían traído era cada vez más escaso. Y si venían más reptiles... y si quedaban atrapados en la cueva por decenas de bestias... ¿qué ocurriría?

Tenían alimentos y agua, pero morirían de frío.

El fuego se apagaría, las últimas antorchas se extinguirían, y entonces nada impediría a los reptiles del hielo penetrar en la cueva y devorarlos uno a uno, como hacen los lagartos con los polluelos de un nido.

... ocúltate dentro de las paredes rocosas,  
no te muevas mientras cae la glacial oscuridad.

La glacial oscuridad...

Rowan tiritó. ¿Acaso sería aquella cueva el final del viaje? ¿Iban a morir en aquel pequeño agujero excavado en un muro helado?

Su corazón era como un bloque de hielo. Se sentía entumecido. Y luego, de pronto, en el silencio, oyó débiles sonidos. Se le erizó el vello. Escuchó. De nuevo aquellos sonidos inconfundibles. Algo se arrastraba sobre el saliente, por encima de su cabeza.

Los sonidos eran ahora más fuertes. Pedazos de nieve empezaron a desprenderse del borde del saliente y cayeron al suelo, delante de la entrada de la cueva. Zeel se incorporó de un brinco. Norris y Shaaran también abrieron los ojos.

—Ha empezado hace poco rato —susurró Rowan—. Al principio solo se oía uno, creo, pero ahora hay muchos.

Zeel apretó los dientes. Shaaran empezó a temblar. El rostro de Norris parecía tallado en piedra. Rowan sabía que todos ellos tenían grabada en su mente la espeluznante imagen de una masa retorcida de cuerpos blancuzcos semejantes a serpientes, con las fauces azuladas y la cabeza sin ojos golpeando la roca en busca de la entrada.

Arrojó otra ramita al fuego. Nada más podía hacer.

—El fuego nos mantendrá a salvo —dijo Zeel, aunque su voz no denotaba el menor convencimiento.

Rowan pensó en algún tema para iniciar una conversación... algo que ahogara aquellos horribles sonidos.

—¿Cómo le iba a nuestro pueblo en el sendero de Sheba, Zeel? —preguntó—. ¿Estaban bien?

—Bastante bien, sí —respondió ella, siguiéndole la corriente—. No aterricé, pues quería daros alcance cuanto antes y no quería desaprovechar el viento. Pero caminaban a buen paso, resueltos y mirando siempre al frente, como lo hace la gente de Rin.

Se esforzó en dibujar una sonrisa.

—Todos menos Allun, cuyos hábitos de Viajero todavía no han desaparecido por completo —añadió—. Creo que me vio, porque levantó el brazo, pero pasé como una exhalación y no estoy del todo segura.

—¿Y Lann y Bronden? —preguntó Shaaran, con la intención de mantener viva la conversación, pese a que tenía los labios rígidos de miedo.

—Lann lo ha organizado todo —contestó Zeel—. Ha rodeado la panadería con toda la madera vieja e inservible que ha podido encontrar, formando un círculo. Pretende rociarla de aceite y prenderle fuego si es necesario para protegerse de...

Se interrumpió, irritada consigo misma por haber recordado a sus compañeros el peligro que corrían. Durante unos segundos, expectantes, fueron conscientes una vez más de los sonidos que procedían del saliente.

Los sigilosos y ásperos sonidos se oían mejor ahora, y parecían más cercanos. Era como si, minuto a minuto, más y más reptiles del hielo se deslizaran sobre la nieve que cubría el saliente. Como si una masa retorcida de fríos cuerpos blancos estuviera arañando la roca.

Zeel miró la caja de las sedas que Shaaran sostenía en su regazo.

—Shaaran, déjame ver de nuevo los rollos, por favor —le pidió en voz alta.

A Rowan se le encogió el corazón. Hasta ahora todo había sido diferente de la escena de su sueño, pero no parecía existir escapatoria de lo que se avecinaba. Zeel estaba formulando la misma petición que él se había jurado reprimir.

—Ogden casi no ha parado de hablar de las sedas desde la primera vez que las vimos en tu aldea, en verano —siguió diciendo Zeel—. Y creo que piensa en ellas todavía más. Es extraño.

Se inclinó hacia delante para alimentar la fogata, sin reparar en el repentino silencio de sus compañeros. Rowan intercambió una mirada con Shaaran y Norris. Sabía que compartían sus pensamientos.

¿Podía ser que Ogden de los Viajeros hubiera sentido peligro en las sedas? ¿Peligro para la tierra? Ahora que lo pensaba, había estudiado las sedas con sumo detenimiento, y después había

partido del pueblo a toda prisa.

«Nada me contó de sus temores, pero quizá necesitaba tiempo para meditar —pensó Rowan—. En tal caso, ha esperado demasiado. Pero, en cualquier caso, ¿le habrían escuchado en Rin? A la gente le había gustado saber cosas de su pasado. La advertencia de un Viajero no habría sido bien recibida».

Desvió su atención de nuevo hacia Zeel. Hablaba muy deprisa, con la vista fija en el fuego. Era evidente que Lann no le había hablado de la terrible advertencia de Neel el alfarero, ni de su intento de quemar las sedas. Zeel no tenía ni idea de que cada palabra que decía intensificaba la sensación de miedo por sus compañeros.

—Es curioso —dijo—. Ogden ha ensalzado una y otra vez la técnica con la que se pintaron las sedas, así como la atemporalidad de esta forma de conservar la historia. Pero no hay duda de que hay algo en ellas que le parece... perturbador. En una ocasión, refiriéndose a ellas, dijo casi para sí mismo: «¿Qué debería hacer? ¿Hablar, contar lo que sospecho, o zanjar la cuestión de un plumazo?».

Pero cuando le pregunté qué quería decir, se volvió y guardó silencio.

Zeel suspiró.

—Es un misterio. Decidí que, cuando tuviera la oportunidad, intentaría resolverlo. ¿Podría ver las sedas?

Con la respiración acelerada e incapaz de negarse, Shaaran abrió la caja de madera. Estaba en muy mal estado. Había forrado burdamente el panel lateral astillado con un trozo de manta para que no se cayeran los rollos. Levantó con cuidado la tapa.

«¡No, Shaaran!», pensó Rowan. Pero la muchacha ya estaba extrayendo los rollos del interior. Desenrolló uno. Rowan sintió un escalofrío. Era el que había pintado en la panadería.

Los colores eran más llamativos que los de la seda de su sueño, pero la escena representada era igualmente espeluznante. Rowan observó las figuras de negro, blanco, azul y gris que tanto recordaba, y se fijó en la larga hilera de personas caminando campo a través por unas colinas cubiertas de nieve, que seguían un sendero negro chamuscado. Miró a los bukshah, encerrados en su campo nevado.

Después desvió la mirada hacia la temible Montaña. Durante la noche de la víspera de su partida, Shaaran no solo había terminado la pintura, sino añadido algo más. Emergiendo entre la niebla de la Montaña, había centenares de perversas formas parecidas a serpientes, con las fauces azuladas y los dientes como esquirlas de hielo.

Zeel respiró hondo y Norris gruñó en voz baja.

—¡Oh, lo siento! —tartamudeó Shaaran, y se apresuró a enrollar la seda con manos trémulas—. Tenía que pintar la verdad, pero no tenía la intención de enseñaros esto...

De repente, se oyó un ronco bramido procedente de la roca. Fue como si el mundo se desplomara con un gran estrépito. Rowan se inclinó hacia delante y se tapó los oídos con las manos.

Apenas oyó el grito de Zeel, el chillido de Shaaran y la maldición de Norris.

El fuego se apagó. Después, todo fue frío y negrura.



Los bukshah caminaban en fila, ascendiendo por una estrecha escalera tallada en la roca. No tenían el aspecto que recordaba Rowan. Llevaban la cabeza erguida, los cuernos eran afilados y blancos, su espeso pelaje parecía brillar, y las pezuñas relucían como el oro bajo la luz del sol.

Rowan iba tras ellos siguiendo las pisadas de las áureas pezuñas. Tenía mucho miedo. Le dolían las piernas, pero sabía que no podía detenerse. No había elección ni vuelta atrás.

«Debemos seguir a las bestias...».

Sin querer, Rowan alzó la mirada. En lo alto de las escaleras se abría la oscuridad, en mitad de la roca; había una enorme abertura de donde salía vapor, arrugada y llena de hoyos parecidos a marcas de viruela, como un rostro anciano.

«Hambre...».

Se le había nublado la visión. Los escalones brillaban, cegadores, y subían, subían...

«Soñando. Estoy soñando...».

Rowan despertó con la boca seca y el corazón acelerado. Abrió los ojos y solo vio oscuridad. Durante un terrible instante, creyó que había perdido la vista. Después oyó que Norris, Shaaran y Zeel le llamaban y se llamaban también entre sí. Recordó lo que había oído justo antes de perder la conciencia. Y las palabras de los versos resonaron en su mente, como burlándose de él.

... ocúltate dentro de las paredes rocosas,  
no te muevas mientras cae la glacial oscuridad.

Maldijo su locura. Las últimas palabras del verso le decían lo que estaba a punto de ocurrir... pero de una forma tan literal que había sido incapaz de comprenderla.

El saliente del acantilado, esa imponente plataforma rocosa cargada de nieve y de reptiles del hielo, había cedido bajo su peso y caído. La nieve y los escombros se habían amontonado contra la cara del risco, bloqueando la entrada de la cueva.

Rowan sintió un sudor frío en la frente. Estaban atrapados. Ocultos, en efecto, como decía la profecía, dentro de las paredes rocosas. Ocultos para siempre. La oscuridad le pesaba como una losa.

Encontró a ciegas su pedernal y extrajo una antorcha de la mochila. Cuando se encendió, descubrió a Shaaran acurrucada contra una pared, a Zeel arrodillada con la cabeza entre las manos, y a Norris agachado junto a la entrada de la cueva con el bastón en la mano. El estrecho triángulo de la entrada brillaba debido a la nieve acumulada.

Norris giró en redondo. Hizo una mueca de dolor cuando el movimiento tiró de su herida.

—¡Apaga eso! —rugió—. La llama agotará el aire que respiramos, y no hay demasiado.

Rowan apagó la antorcha, avergonzado. Tenía tanto pánico que no había pensado en ello.

Oyó gruñir a Norris mientras escarbaba y excavaba en la nieve con el bastón. De repente, lanzó un grito de júbilo. Rowan sintió en el rostro una pequeña corriente de aire.

—¡Lo he conseguido! —exclamó Norris—. ¡Tenemos suerte! Creo que la entrada solo está bloqueada por nieve, una nieve que no es tan gruesa como largo mi bastón.

Empezó a excavar de nuevo. De pronto, una rendija de luz destelló en la negrura de la cueva. La corriente de aire frío y fresco era más fuerte.

—Los reptiles —susurró Shaaran—. Deben de estar esperando.

—Prefiero enfrentarme a cien reptiles del hielo que quedarme en esta tumba —repuso Zeel—. Pero será más seguro encender ahora las antorchas. Enciéndelas, Shaaran, mientras Rowan y yo ayudamos a Norris a despejar la salida.

Pero las antorchas que prendió Shaaran aún ardían muy poco cuando Norris, Zeel y Rowan terminaron de horadar un túnel lo bastante ancho como para pasar a gatas. Y cuando por fin los cuatro fueron saliendo con cautela de la cueva, uno a uno, hasta el gran montón de roca y nieve que ahora descendía hasta el suelo desde la entrada de la cueva, los únicos reptiles que vieron estaban muertos.

Amanecía, y un rojo apagado manchaba el cielo. Se deslizaron por la pendiente de nieve acumulada hasta el nivel del suelo, y sortearon los restos de docenas de reptiles que yacían destrozados y aplastados debajo de ingentes fragmentos de roca.

Cuando miraron a su alrededor, observaron que no solo se había derrumbado el saliente de la cueva, sino también una considerable porción de la cara del risco. Las rocas gigantescas que otrora se agrupaban al pie del mismo, más hacia el oeste, habían quedado sepultadas por un amasijo de nieve, rocas más pequeñas y árboles muertos. Adondequiera que miraran, podían distinguir los cuerpos de los reptiles del hielo, medio enterrados en la nieve.

«Tantos...».

Rowan sacudió la cabeza. Era como si alguien le hubiera susurrado en el oído. Pero era imposible, pues hasta él llegaban las voces de sus compañeros hablando entre sí, no muy lejos de allí.

—Estos reptiles muertos serán unos pocos de los miles que debe de haber en estos parajes. Pensad en cuántos más habrán escapado —estaba musitando Norris—. Habrá cientos al acecho.

—¿Cómo es posible que tantos supieran dónde encontrarnos? —preguntó Shaaran.

—Creo que sienten nuestro calor —intervino Zeel—. Pero, en cualquier caso, es una suerte que no acampáramos al abrigo de una de estas rocas, como pensé al principio. Habríamos muerto, no devorados por los reptiles, sino por el derrumbamiento del risco. Estar dentro de la cueva nos ha salvado.

«Ninguno se salvará... Nada sobrevivirá... Frío, tanto frío... Y hay tantos... tantos...».

Las palabras silbaron en la mente de Rowan. De pronto, percibió un destello por el rabillo del ojo, y vio que estaban rodeados de sombras, sombras oscilantes de rostros demacrados y ojos hundidos. Y debajo de aquellas arrugas de sufrimiento, descubrió con horror unas facciones conocidas: Jonn, Bronden, Timon, su madre...

Empezó a temblar. Sintió calor, y de pronto frío. Oyó en su mente infinidad de murmullos, silbidos y ecos que se mezclaban y solapaban.

«Tantos... tantos... ¿Qué hemos hecho?».

Rowan se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos. Pero fue en vano. Las sombras le rodeaban. Seguía oyendo los susurros, viendo los rostros familiares alterados de una forma espantosa. El pelo de su madre era gris como la ceniza. Tenía los ojos rojos de tanto llorar.

«Sabíamos demasiado y demasiado poco. Nos hemos equivocado... nos hemos equivocado tanto... Ahora la Montaña nos lo hace pagar...».

Alguien le tocó la mano.

—¡Rowan! —le llamó una voz suave.

Las sombras se desvanecieron, los murmullos se apagaron. Rowan se tambaleó.

—No estás bien, Rowan —oyó decir a Shaaran—. Estás débil. —Su tono de voz se elevó—. ¡Norris! ¡Zeel!

Rowan oyó exclamaciones y sintió que unos brazos fuertes le sentaban en el suelo. Poco a poco, la sensación de extrema debilidad fue menguando. El mundo recuperó la solidez. Zeel y Norris estaban uno a cada lado, y Shaaran se hallaba arrodillada delante de él y le ofrecía agua.

Agradecido, bebió. Le daba vueltas la cabeza. La luz, aún tenue, le deslumbraba.

—Lo siento —musitó—. No pude evitar...

—¿Era otra profecía? ¡Dinos! —le instó Norris.

—No... no eran versos. —Rowan tragó saliva—. Vi...

Enmudeció con un escalofrío.

Zeel le había estado observando fijamente.

—Creo que hay algo que debes contarnos, Rowan —dijo—. Lo llevo pensando desde hace tiempo. Pero este no es el momento ni el lugar. Estamos demasiado expuestos al peligro. ¿Puedes andar?

Rowan asintió y Zeel le ayudó a ponerse en pie.

—Nos lo tomaremos con calma —dijo—. Te ayudaré.

—Pero las huellas de los bukshah han desaparecido al derrumbarse el risco. —Norris frunció el ceño y miró ansioso a su alrededor—. Hemos perdido el rastro.

Zeel sacudió la cabeza.

—Vi el rastro ayer desde el aire —dijo—. Continuaba por el risco hacia el oeste, y después se internaba entre los árboles. La manada debe de haberse detenido allí para comer, porque el bosquecillo es muy denso y exuberante. Es muy probable que queden huellas.

Echaron a andar, manteniéndose junto al risco y sorteando la masa helada de escombros. Era difícil, pero se sentían más seguros sin una gruesa capa de nieve a su alrededor.

Al principio, Rowan se apoyó en el brazo de Zeel como esta le había sugerido, pero pronto fue capaz de caminar solo, a pesar de su debilidad. Temía que las sombras regresaran, pero Zeel no se apartaba de su lado y le hablaba a menudo, como si supiera que necesitaba distraerle de sus pensamientos.

Al llegar al final de los escombros, donde la cara del risco giraba a la derecha, era ya pleno

día. Doblaron el recodo y se adentraron con gran alivio en un terreno menos accidentado. Allí estaba el rastro de los bukshah.

—¡Mirad! ¿Lo veis? —exclamó Zeel, y señaló con el dedo. En efecto, las huellas se encaminaban directamente hacia una arboleda, acurrucada contra la cara del risco.

Se dirigieron hacia aquel lugar tan deprisa como pudieron. El verde lujuriente, que destacaba sobre el fondo gris, negro y blanco del resto del paisaje, era reconfortante. Aun así, Rowan se dio cuenta de que, aunque hubieran deseado desviarse del bosquecillo, habría sido imposible hacerlo. A la izquierda, el terreno había empezado a derrumbarse. La pared negra del risco no tardó en elevarse a un lado, mientras que al otro se abría un abismo. Al igual que los bukshah antes que ellos, no tenían otra alternativa que seguir adelante.

Los árboles ocupaban todo el ancho del sendero.

Rowan empezó a preocuparse. La situación le recordaba con desagrado el pasadizo de roca que precedía al Valle de los Horrores. También Zeel, Norris y Shaaran daban muestras de inquietud. El paso rápido se fue haciendo más lento, y sus pies empezaron a arrastrarse.

Por fin, cerca ya de la entrada de la arboleda, pararon y se llevaron maquinalmente la mano a la nariz. Un extraño olor fétido, como el hedor a huevos podridos, impregnaba el aire.

—Me siento como si algo me hubiera obligado a venir hasta aquí —dijo Zeel en voz baja—. Esto no me gusta nada.

—Ni a mí —asintió Norris, mientras escudriñaba la espesura—. Aun así, no parece haber ningún peligro. Es evidente que los bukshah entraron sin vacilar. Fíjate en el rastro.

—Los bukshah también atravesaron el Valle de los Horrores —recordó Shaaran—. El mero hecho de que un lugar sea seguro para las bestias no significa que vaya a serlo también para nosotros.

—Es posible que tampoco sea seguro para ellas —repuso Zeel, y miró a Rowan—. Los bukshah entraron en la espesura, pero no sabemos si consiguieron salir. Ese olor...

—No huele a muerte —interrumpió al punto Rowan. Pero una sensación de miedo crecía en su interior. Sabía que los bukshah estaban muy cerca. Lo presentía. Sin embargo, en el bosquecillo reinaba el más absoluto silencio.

—¡Estrella! —llamó.

El grito resonó en los riscos y se desvaneció sin respuesta.

—Tal vez hayan salido de la arboleda hace ya mucho y no puedan oírnos —susurró Shaaran, al tiempo que tiraba de su manga.

Rowan se dio cuenta de que estaba intentando tranquilizarle, pero no pudo contestar. Algo le impelía a adentrarse en la espesura, pero sabía que sus compañeros no dudarían en seguirle. No podía arrastrarlos una vez más hacia el peligro. Debía ser precavido y analizar detenidamente la situación, a pesar de la agonía que le suponía tener que esperar.

Era imposible ver demasiado lejos dentro de la arboleda. Muchos árboles muertos habían caído desde lo alto del risco, y se habían enmarañado con las ramas de los árboles vivos, hasta formar un dosel bajo y espeso, que bloqueaba el paso de la luz.

Sin embargo, las primeras filas de árboles eran visibles, y Rowan las examinó con cautela. En

efecto, no parecían peligrosas, y no tenían nada que ver con los árboles demoníacos de Unrin.

Eran todos de la misma especie, robustos aunque no muy altos, con ramas amplias y lustrosas hojas bien formadas. La única diferencia residía en la corteza. Los que crecían en los límites exteriores de la espesura tenían una corteza gris tosca y rugosa, pero la corteza gris solo aparecía en algunos grupos de árboles situados más hacia el centro, y los troncos y ramas de los árboles que había en el corazón del bosque, a cada lado del rastro de los bukshah, eran muy lisos y blancos.

«Quizá los árboles exteriores necesiten mayor protección que los del interior —se dijo Rowan—. Es posible que la arboleda genere su propio calor».

Había advertido que el aire era más caliente en aquel lugar, y que había poca nieve en las ramas y en el suelo.

Era muy extraño.

—Llevamos ascendiendo toda la mañana —dijo Zeel, traduciendo sus pensamientos en palabras—. Estamos mucho más arriba. Debería hacer más frío, no más calor.

Se produjo un breve y angustiado silencio.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Norris.

De inmediato, Rowan notó que el medallón empezaba a calentarse.



Esta vez, los versos fluyeron con mayor facilidad. La sensación ardiente y asfixiante fue más leve, e incluso la voz sonó más parecida a la de Rowan. Pero aquello provocó que la experiencia fuera más horrible. Rowan padeció arcadas mientras pronunciaba nuevas y enigmáticas palabras:

Apresúrate, tu camino está justo enfrente.

Deshazte de los muertos caídos.

La vida se extinguirá si desesperas.

La enfermedad cura y el hedor salva.

Cuando la última palabra surgió de sus labios, Rowan hizo un esfuerzo para no caer al suelo, pero no tendría que haberse preocupado: Zeel, Norris y Shaaran le habían rodeado, dispuestos a sostenerle.

—Sheba dijo: «Aprende lo que es para ser lo que soy» —murmuró—. Ahora lo comprendo, y desearía no haberlo hecho jamás.

—Cualquier persona sensata se sentiría igual —dijo Norris sin rodeos—. Perdóname, Rowan. Hubiera tenido que morderme la lengua. Y no ha servido de nada. Esa maldita adivinanza nos ha ofrecido escasa ayuda y menos esperanza.

«Deshazte de los muertos caídos...».

Rowan sintió un escalofrío.

—La profecía nos ha dicho que debemos caminar recto y deprisa, Norris —terció Zeel—. También nos ha dicho que no desesperáramos. Por lo menos, eso sí se entiende. En lo que concierne al resto, ya veremos. —Se volvió hacia Rowan—. ¿Te sientes con fuerzas para caminar?

Por toda respuesta, Rowan se puso en marcha y se adentró en la sombra de los árboles. Los demás fueron tras él.

Empezaron a seguir las huellas de los bukshah. Los árboles lisos y blancos que se elevaban a cada lado parecían postes indicadores. Ramas blancas se entretejían sobre sus cabezas. Caminaban juntos, con los ojos y los oídos alerta, tratando de percibir cualquier sonido o movimiento repentino. Pero todo estaba en calma, y, a medida que los árboles se cerraban a su alrededor, el silencio y la penumbra aumentaban.

Apenas hablaban, y cuando lo hacían, era en susurros. Al cabo de poco, el dosel enmarañado se hizo tan bajo que Norris tenía que caminar con la cabeza gacha. Una tenue neblina flotaba en la penumbra, se mezclaba con su aliento, y el olor nauseabundo que habían percibido antes era cada vez más intenso.

Entonces, Rowan distinguió una leve luminosidad. Le latía con fuerza el corazón. ¿Habrían

llegado al final de la arboleda?

—¡Zeel! —musitó.

—Lo veo —contestó ella—. Creo que es una especie de claro. Y el olor proviene de allí, de eso estoy segura.

Rowan tuvo que contenerse para no echar a correr. Respiraba más y más deprisa, y empezaba a notar ligeras punzadas y un leve escozor en el pecho y la espalda. «Estoy sudando —pensó—. La chaqueta es demasiado abrigada para este lugar». Pero ni siquiera consideró la posibilidad de parar para quitársela.

El claro estaba ya muy próximo, pero, aun así, Rowan no podía ver gran cosa a causa de la densa niebla; solo distinguía formas y colores. El terreno no era llano, sino erizado, de formaciones angulares verdes y blancas. Entre el verde y el blanco había manchas grises y una negra. Nada se movía.

Rowan apretó el paso.

—Ten cuidado —advirtió Zeel a sus espaldas—. Rowan...

Entonces, Shaaran gritó. Rowan y Zeel se volvieron. La muchacha se estaba clavando las uñas en el hombro con expresión aterrorizada. Norris intentaba ayudarla en vano.

—¡Quítamelo! —chillaba Shaaran—. ¡Ayúdame!

—¿Qué pasa? —exclamó Zeel—. Estate quieta, Shaaran. Aparta las manos. No podemos ver...

—¡Tú también tienes! —gritó Shaaran, y se estremeció de asco—. ¡Están en todas partes! ¡Es horrible!

A Rowan se le erizó el vello al descubrir, entre los dedos engarfiados de la muchacha, una cosa gris, de piel rugosa y forma de estrella, adherida a su hombro. Aplastada sobre la lana raída de su capa, se camuflaba a la perfección, casi invisible, pero ahora que la había visto vio también a las demás: una en el costado, y otra más en el brazo. También en el brazo de Zeel, y en su nuca, y dos más aferradas a la capucha de Norris.

¿De dónde habían salido?

Mientras la pregunta pasaba por su mente, la rama del árbol que había encima de Shaaran pareció moverse, y un pedazo de corteza en forma de estrella se desprendió y fue a caer sobre su espalda.

—La... la corteza de los árboles —balbuceó Rowan—. No es corteza. Es... son...

Le picaba el pecho. Guiado por una súbita y terrible sospecha, miró hacia abajo y gritó aterrorizado. Su pecho estaba cubierto de una masa gris. Algunos de los seres aún se movían, para acomodarse a su nuevo hábitat. Otros, en cambio, estaban inmóviles, y daba la clara sensación de que llevaban allí hacía ya algún tiempo, porque estaban hinchados y rollizos.

¡Le estaban succionando la sangre!

Rowan intentó liberarse de ellos. Entonces sintió como si le clavaran alfileres en la carne, a la que seguían aferrados los extraños seres.

—¡Calienta el cuchillo en la llama de la antorcha, Rowan! —oyó gritar a Zeel por encima de los chillidos de Shaaran—. Se soltarán con el contacto del metal al rojo.

Mientras Rowan buscaba su cuchillo, una rama colgante le rozó la muñeca y otra criatura cayó

sobre el dorso de su mano.

Con un rápido y brusco movimiento del brazo, consiguió que el bicho saliera despedido, pero al mirar el dosel observó con espanto que había otros. Centenares de ellos estaban abandonando los troncos de los árboles que había al otro lado del sendero, y ascendían para unirse a la multitud que avanzaban hacia él y sus compañeros.

—¡Corred! —jadeó—. ¡Alejaos de los árboles!

Corrieron hacia el claro con la cabeza gacha y envueltos en las capas, presas de temblores y sin dejar de lanzar gritos de terror.

Y cuando salieron de la reptante sombra verde y toparon con un montón maloliente y humeante de árboles muertos enredados con lianas, vieron a los bukshah.

Yacían cerca del centro de los restos, inmóviles como rocas. Sus cuerpos lanudos estaban cubiertos de bichos en forma de estrella tan hinchados y apiñados que era imposible saber dónde terminaba uno y empezaba otro.

Estrella estaba tendida a la cabeza de la manada, con sus poderosos cuernos manchados de barro y atrapados debajo de un tronco. Estaba cubierta de parásitos en pleno festín.

Con un grito de angustia, Rowan dejó caer la antorcha y trepó sobre los árboles caídos, sin prestar atención a las lianas espinosas que se enredaban en sus piernas y le desgarraban la ropa. Llegó hasta Estrella y cayó de rodillas junto a ella.

—¡Estrella! ¡Estrella! —exclamó.

Sus pequeños ojos negros estaban abiertos. Bramó con suavidad. Era un sonido sordo y ronco que nacía de lo más profundo de su garganta, un sonido de amor y confianza.

Rowan no podía creerlo. Se sentía extremadamente dichoso.

—¡Está viva! —gritó con voz temblorosa—. ¡Estrella aún vive! Y los demás... tal vez también... también...

Se volvió al punto para mirar al bukshah que yacía a su espalda. Era Tesoro, el único bukshah negro de la manada, nacido la primavera anterior en Rin. Tenía los ojos cerrados y no mugió cuando Rowan le acarició el hocico. Pero estaba caliente. ¡Aún estaba caliente y respiraba!

Si Tesoro, tan joven y pequeño, vivía, cabía esperar que los demás también hubieran sobrevivido. Rowan empezó a gatear entre los inmensos corpachones grises e inmóviles, llamando a cada una de las bestias por su nombre y acariciándolas siempre que tenía ocasión. Y al sonido de su voz y el tacto de sus dedos, parpadeaban, gruñían y suspiraban.

Pero ya era demasiado tarde. Lo sabía. Lo había visto en los ojos apagados de Estrella, lo había oído en su débil bramido.

¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde que los bukshah se adentraron en el bosquecillo y se detuvieron en el claro para comer las hojas verdes? ¿Cuánto tiempo habría transcurrido desde que los bichos en forma de estrella, aferrados a los árboles que flanqueaban el sendero, se deslizaron sobre sus lomos, dejando los troncos del centro de la arboleda lisos y blancos?

A Rowan no le costó imaginarlo. Cuando los bukshah consiguieron salir de la arboleda, estaban cubiertos de parásitos y se debilitaron con rapidez. Estrella había intentado guiarlos a través del claro, pero fueron cayendo uno a uno, y allí seguían, inmóviles e impotentes desde

entonces, mientras les iban succionando la vida poco a poco.

Paseó la vista a su alrededor. Estaba mareado y se le nubló la visión unos instantes. ¿Dónde estaban Zeel, Shaaran y Norris? ¿Por qué no acudían en su ayuda?

Incrédulo, vio que seguían donde los había dejado. Shaaran estaba arrodillada, con el rostro blanco como el yeso. Norris se había inclinado sobre ella, atenazado por el pánico. Zeel estaba a su lado.

—¡Ayúdame, Zeel! —rugió Rowan—. ¡Trae la antorcha! ¡Date prisa!

Zeel asintió y le hizo una seña. Enfurecido por la demora, Rowan se dirigió de nuevo hacia ellos a través de la masa de árboles caídos.

Fueron a su encuentro con movimientos lentos.

—¡Tenéis que ayudarme! —estalló cuando llegaron por fin—. ¡Los bukshah se están muriendo! ¡Necesito...!

—Es inútil, Rowan —respondió Zeel con tranquilidad—. Hemos intentado arrancar esas cosas perversas de nuestro cuerpo, pero no hemos podido. Es como si fueran de piedra. Mi cuchillo no los hiere, ni frío, ni caliente ni al rojo vivo.

Rowan la miró fijamente.

—Pero... seguro que...

Zeel negó con la cabeza.

—Ni siquiera las llamas pueden con ellos. Ya lo he intentado.

Le mostró el brazo. Dos horrorosos bichos en forma de estrella continuaban incólumes en el centro de una gran zona de ropa chamuscada y piel sembrada de ampollas.

—¡Zeel! —exclamó Rowan.

Shaaran emitió un sollozo estrangulado y Norris hizo una mueca.

—Lo hizo antes de que pudiéramos impedirselo —dijo con semblante sombrío.

Zeel se encogió de hombros.

—Tenía que intentarlo —dijo—. Estos bichos nos están sorbiendo la vida.

—Y temo que no tardarán demasiado en terminar el trabajo —intervino Norris—. Si son capaces de dar buena cuenta de los bukshah en un día, con nosotros las cosas seguro que serán mucho más fáciles.

Shaaran se había sentado en un tronco, con la desesperación pintada en el rostro.

«La vida se extinguirá si desesperas...».

—¡Espera! —exclamó de pronto Rowan—. ¡Hemos olvidado los versos!

Shaaran levantó la mirada con ojos sobresaltados. Poco a poco, repitió la profecía:

Apresúrate, tu camino está justo enfrente.

Deshazte de los muertos caídos.

La vida se extinguirá si desesperas.

La enfermedad cura y el hedor salva.

—No existe la menor duda de que nuestras vidas y las de los bukshah tocarán a su fin si nos damos por vencidos —dijo Norris—. Al menos, el tercer verso lo entiendo. Pero ¿y los demás? ¿Acaso los dos primeros significan que deberíamos abandonar las bestias a su suerte y seguir

adelante para salvarnos?

Rowan se mordió el labio. Ya había pensado en ello, pero no quería creerlo.

—Seguir adelante implica cruzar el claro y adentrarnos en los árboles del otro lado —dijo Zeel—. Pero también allí están atestados de estos bichos. Todos los troncos son de color gris.

—Quizá no puedan vivir fuera de la arboleda —sugirió Shaaran de repente—. Quizá, si conseguimos sobrevivir, podamos librarnos de ellos.

Norris la miró con un fugaz destello de esperanza, pero Zeel sacudió la cabeza.

—Me atrevería a asegurar que son capaces de vivir allí donde hay árboles —dijo. Señaló el árbol muerto en el que Shaaran estaba sentada y los demás árboles caídos a su alrededor. Los troncos blancos estaban cubiertos de marcas en forma de estrella.

—Estos árboles han muerto, y cayeron desde la cima del risco —prosiguió Zeel—. Es evidente que, en su momento, estos bichos vivieron sobre ellos, al igual que viven sobre estos de aquí. Tal vez succionen la savia —añadió con calma—, hasta que un alimento más rico cae en sus voraces fauces.

Rowan vio que Shaaran palidecía aún más.

—Es posible que los árboles del bosquecillo estén tan infestados porque los que cayeron de la cumbre del risco murieron —se apresuró a decir—. Si los de arriba murieron y cayeron...

En un instante descubrió la respuesta.

—¡Los muertos caídos! —exclamó—. ¡Los árboles! Los árboles muertos caídos en este claro. ¡De eso es de lo que debemos deshacernos!

—Pero ¿por qué? —preguntó Zeel sin comprender nada.

—¡Porque hay algo debajo de ellos! —exclamó Norris—. ¡Algo que nos ayudará! Y...

—¡Pero el claro está repleto de árboles muertos! —objetó Zeel—. Es imposible moverlos todos. No hay tiempo. No...

—No hace falta moverlos todos —repuso Rowan. Se volvió para mirar a Estrella. Sabía sin la menor duda que había combatido su debilidad hasta el final. Había intentado salvar la manada, y se había derrumbado con los cuernos cubiertos de barro atrapados bajo el peso del tronco de un árbol.

—¡Allí! —señaló—. Allí, donde está Estrella, donde la niebla es más densa y el hedor más potente. Allí es donde debemos deshacernos de los muertos caídos. ¡La respuesta está en lo que se esconde debajo!



Rowan estaba desesperado, Zeel decidida y Shaaran no ahorraba esfuerzos, pero lo cierto es que se sentían más débiles a cada momento que pasaba, y la tarea habría resultado en vano de no haber sido por Norris.

Norris se dio cuenta al instante de que no podían mover los árboles a base de la simple fuerza bruta, de manera que los ató con cuerdas y buscó ramas largas y rectas para utilizarlas a modo de palanca.

Zeel y Shaaran se encargaron de las cuerdas, y Norris y Rowan de las palancas. Sudorosos y exhaustos, empujaron y tiraron siguiendo las órdenes de Norris, hasta que cada árbol se elevaba poco a poco del lugar donde había estado caído durante tanto tiempo.

Trabajaron durante cuatro horas, mientras la luz se disipaba poco a poco en el cielo. Iban apartando un árbol tras otro, pero solo dejaban al descubierto más ramas rotas y enmarañadas, más troncos desarraigados.

Norris estaba sufriendo lo indecible. La herida del costado se había abierto de nuevo, y la pierna lesionada apenas podía aguantarle. Aun así, no descansaba, no se detenía. Dispuso una vez más las palancas, ató las cuerdas. Volvió a dar órdenes y cojeó hasta su puesto, preparado para tirar de nuevo.

«Una para luchar —pensó Rowan—. Pero lo cierto es que Norris nunca se recuperará de esto. Quizá ninguno de nosotros. Quizá la historia termine así».

Estaba asustado y tenía la mente confusa. Era consciente de que los bichos adheridos a su piel le estaban sorbiendo la fuerza y la voluntad. Observó sin asombro que, sin previo aviso, Norris se tambaleaba y caía al suelo entre Estrella y Tesoro.

Los gritos de Shaaran resonaron en sus oídos como campanas lejanas, mientras corría hacia su hermano y se inclinaba sobre él. Rowan miró a Zeel.

—Una más —dijo ella, y enroscó la cuerda alrededor de su mano.

Rowan asintió y ocupó el lugar de Norris. Sujetó la larga rama que formaba una cuña debajo del gran tronco.

—¡Ahora! —gritó. Y apelando a sus últimas fuerzas, a los últimos restos de esperanza y voluntad, empujó hacia abajo.

Por un momento, nada ocurrió. Después, el árbol se movió. Rowan y Zeel lanzaron un gruñido de triunfo al ver tensarse la cuerda. Empujó de nuevo con todas sus fuerzas. Pero algo estaba oponiendo resistencia. Algo sujetaba el árbol al suelo. Algo...

—¡Shaaran! —gritó—. ¡Ayúdanos! ¡Aquí!

En realidad, no creía que la muchacha acudiera a su llamada, pero lo hizo. Bañada en lágrimas

y pálida como un espectro, se situó delante de él y aplicó su escaso peso sobre la rama.

Fue suficiente. Se oyó un ronco bramido. El árbol rodó y, al hacerlo, una enorme alfombra sólida de madera podrida, lianas y hojas muertas se movió con él, y un vapor maloliente surgió de las entrañas de la tierra.

Mareados y extenuados, Rowan, Zeel y Shaaran contemplaron lo que acababan de desenterrar.

Era una charca de agua humeante y borbotante. Estrella y Norris yacían en el barro junto a ella.

Shaaran se sentó con los ojos desorbitados.

Zeel se inclinó con cautela y tocó el agua con la punta de un dedo.

—¡Está caliente! —anunció sobrecogida—. ¡Agua hirviente del subsuelo! ¡Es un milagro! — Se sentó sobre sus talones y arrugó la nariz—. Pero es nauseabunda. Huele a mil huevos podridos.

«La enfermedad cura y el hedor salva...».

Rowan se había quedado sin habla, consumido por una esperanza insensata. Se arrodilló junto a Estrella, y con suma precaución ahuecó las manos en el manantial. Notó un suave cosquilleo, pero nada más. Levantó las manos y las acercó al hocico de Estrella.

—Estrella —susurró—. ¿Es esto lo que estás buscando? ¿Es esto lo que te ayudará? ¿Lo que nos ayudará a todos nosotros?

Estrella abrió los ojos, vio el agua que se derramaba entre los dedos de Rowan, husmeó su olor y empezó a incorporarse.

Pero no lamió las manos de Rowan, solo frotó el hocico contra ellas, lo cual indicaba que no se debía beber, sino que era preciso bañarse en ella.

—¡Zeel! —gritó—. ¡Tu brazo! ¡Sumérgelo en el agua!

Zeel sumergió su brazo herido en el manantial y contó hasta tres. Al sacarlo, el bicho en forma de estrella se había desprendido y flotaba muerto entre las burbujas de la superficie de las aguas.

Era lo que Rowan había estado esperando. Pero lo que no se imaginaba, lo que le arrancó una exclamación de asombro y provocó que Shaaran lanzara un grito, fue que la piel quemada y erizada de ampollas de Zeel presentaba de nuevo su aspecto habitual. La propia Zeel se miraba el brazo asombrada.

—No... no puedo creerlo —balbuceó.

—¡Es magia! —resolló Shaaran—. Es como la fuente mágica de la tierra de las hadas de la que mi abuelo solía hablarme hace muchísimo tiempo.

La esperanza volvió a su rostro, encendida como la llama de una vela. Se arrastró por el barro hasta su hermano. Zeel y Rowan corrieron para ayudarla, y juntos lo cargaron a costas para sumergirle en el manantial.

Norris despertó al contacto con el agua. Agitó los brazos, presa del pánico, gruñó y tosió. Después, de repente, se quedó inmóvil. Su rostro se transfiguró. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos.

Rowan se volvió hacia Estrella. Aún estaba pugnando por levantarse, con una valentía que estuvo a punto de partirle el corazón. Las lágrimas acudieron a sus ojos, mientras intentaba en vano ayudarla.

Entonces, Norris, Shaaran y Zeel se acercaron a él, mojados de los pies a la cabeza, libres de parásitos, con los ojos brillantes y alegres. Cuando se inclinaron sobre Estrella, el agua que chorreaba de su pelo y sus ropas cayó sobre el cuerpo del animal. Y allí donde le tocaba el agua, los bichos se iban desprendiendo de uno en uno.

Estrella emitió un bramido de alivio y se puso en pie junto a la charca. Pero no se metió en el agua, sino que se volvió hacia la manada y bramó con estrépito.

Los demás bukshah se removieron. Todos la habían oído y abierto los ojos. Estrella bramó de nuevo. De pronto, se zambulló en el centro de la charca con un estruendoso chapoteo y se hundió debajo de la superficie.

Una enorme ola se elevó sobre el borde de la charca, empapó a Tesoro y a una docena más de bukshah, e inundó el claro como una lluvia de fango. Daba la impresión de que la superficie del agua hervía, mientras Estrella se sumergía más y más.

Rowan lanzó un grito de terror y se zambulló tras ella. El olor del agua le irritó la nariz y la garganta, le provocó náuseas. Desesperado, intentó ver bajo la superficie llena de hojas malolientes. De pronto, distinguió algo pálido y se sumergió más con los ojos cerrados y los brazos extendidos, buscando el camino a ciegas.

Uno de los cuernos de Estrella se clavó en la palma de su mano. Tiró de él con todas sus fuerzas, pero era como si Estrella fuera una roca enorme. No pudo moverla. Sus pulmones estaban a punto de estallar.

Sintió que algo tiraba de su capa. Alguien estaba intentando sacarle, pero no quería soltar a Estrella. De repente, advirtió un movimiento por debajo de él, y salió disparado hacia la superficie entre un chorro de burbujas. Sacó la cabeza del agua y aspiró una profunda bocanada de aire. Notó un zumbido en los oídos. Al abrir los ojos, lo primero que vio fue la cabeza de Norris, que oscilaba a su lado. Norris seguía sujetándole de la capa e intentaba arrastrarle hacia la orilla, mientras mascullaba algo que no podía oír.

Ambos fueron empujados a un lado cuando, entre una lluvia de espuma, el enorme cuerpo de Estrella emergió casi debajo de ellos. Con una exclamación de júbilo, Rowan vio que la bukshah sacaba la cabeza del agua y empezaba a nadar con gran energía. Le brillaban los ojos, sus cuernos relucían y el agua resbalaba de su crin. Rowan gritó, se atragantó, volvió a gritar, pero, ante su asombro, cuando intentó acariciarla, Estrella le apartó a un lado con el hocico. Se puso en pie, cayó de rodillas, confuso y dolido, y después sintió que Norris tiraba de él. Oyó bramar a Estrella. Por fin comprendió el significado de los gritos de Norris.

—¡Aléjate, Rowan! —aullaba el muchacho—. ¡Te aplastarán! ¡Déjalos pasar!

Entonces, Rowan vio que Estrella no era el único bukshah que había en el manantial. Tesoro asomaba ya la cabeza. Otros dos terneros, Neblina y Duendecillo, se habían zambullido tras él, y después los siguieron tres más. Y a continuación, todos los demás miembros de la manada, débiles y tambaleantes, con la piel cubierta de bichos en forma de estrella a modo de horrenda armadura, salvo los que había empapado Estrella al sumergirse.

Las colosales bestias avanzaban, ciegas y sordas a todo, excepto al manantial. Norris gritó a Rowan que se apartara de su camino y, un instante después, las pezuñas pateaban el barro justo

donde acababan de estar. En filas de tres y cuatro, los bukshah se sumergieron en las aguas profundas, bramando de alivio al verse libres de los parásitos, y después asomaron la cabeza y nadaron hasta el otro lado del manantial, donde los esperaba Estrella.

Cuando todos hubieron cruzado, Rowan, Zeel, Shaaran y Norris recogieron sus pertenencias y los siguieron.

Pasaron la noche en el claro con los bukshah y, pese a estar empapados, no pasaron frío, ya que el aire que soplaba junto al manantial, aunque pestilente, era tan cálido como una tarde de verano en Rin. Encendieron un fuego, calentaron un poco de agua para el té, tostaron pan y se lo comieron con queso y miel. Al ponerse el sol, se tumbaron en el suelo y durmieron como troncos, sabedores de que por lo menos esta vez no se verían acosados por los reptiles del hielo.

Era aún muy oscuro cuando Rowan se despertó. El hocico de Estrella le acariciaba la mejilla. Sus grandes cuernos curvos, que se habían afilado como puntas de cuchillo en las paredes de piedra del Valle de los Horrores, se hallaban demasiado cerca de sus ojos para sentirse tranquilo.

—Estrella, ¿por qué me despiertas tan pronto? —musitó adormilado, y se dio la vuelta—. Debe de faltar mucho aún para el amanecer.

Estrella bramó con suavidad y pateó el suelo. Rowan se incorporó hasta sentarse y observó que otros bukshah estaban de pie, esperando. Vio pasar a Estrella entre ellos y ponerse en camino hacia los árboles.

La manada se había puesto de nuevo en marcha. Rowan despertó enseguida a Norris, Shaaran y Zeel, que apenas tuvieron tiempo de tomar un sorbo de agua y llevarse a la boca un puñado de bayas secas. Luego encendieron unas antorchas, cargaron las mochilas al hombro y se aprestaron a seguir a los bukshah, mientras Zeel aún se frotaba los ojos para despejarse.

La senda que atravesaba la arboleda situada al otro lado del manantial estaba atestada de ramas muertas, pero los bukshah las apartaban y aplastaban, eliminaban cualquier obstáculo y allanaban el camino. Los cuatro seguían a los animales, disfrutando del lujo de sentirse fuertes otra vez y liberados del dolor. La luz de las antorchas titilaba en los árboles cubiertos de aquellos bichos en forma de estrella, aunque muy pocos intentaban atacarlos, y los que lo hacían pagaban muy cara su osadía, pues morían al entrar en contacto con el pelo y la ropa empapados con el agua del manantial.

Poco a poco, la humedad se fue disipando con el calor del bosquecillo, y Rowan empezó a tener miedo. Pero los parásitos no los molestaban, y los humanos y los bukshah continuaban avanzando sin peligro como si el agua les hubiera proporcionado un escudo protector.

Era como caminar en un sueño, aunque no se prolongó demasiado. Faltaba mucho para el alba cuando Rowan, Zeel, Shaaran y Norris salieron del bosquecillo, pero pudieron ver con bastante detalle aquel lugar inhóspito y brutal de rocas heladas del que procedían.

Se hallaban en el único lugar llano de un paisaje de ángulos agudos. Cantos rodados se agolpaban en la pendiente que tenían enfrente. A su derecha, se alzaban los riscos cubiertos de niebla y coronados de árboles muertos y nieve. Las brillantes paredes negras del risco estaban medio ocultas por la caída de enormes rocas melladas, amontonadas contra ellos.

A la izquierda, todo era oscuridad, pero Rowan vio que el terreno que les esperaba formaba

una empinada pendiente desnuda, que de algún modo le resultaba espantosamente familiar.

Zeel sintió un escalofrío.

—Hemos llegado a la cara oeste de la Montaña —dijo en voz baja—. Abajo está el Abismo de Unrin.



Shaaran se acercó un poco más a su hermano.

—¿Qué... es el Abismo de Unrin? —preguntó casi balbuceando.

Había oído muchas historias desde su llegada a Rin, pero esta no. Nadie hablaba por voluntad propia del Abismo de Unrin.

Rowan se humedeció los labios.

—Es un lugar maldito... un valle muerto lleno de árboles carnívoros —dijo—. En su día fue el Valle de Oro. Vivía mucha gente en él, antiguos aliados de los Viajeros y los Maris.

—¡El Valle de Oro! —exclamó Norris—. ¡Este es el lugar del que Timon y Neel el alfarero hablaron en la reunión! Allí donde la gente volvió la espalda a la Montaña y provocó la primera Gran Helada.

El aire pareció oscurecerse. Un ligero viento gélido les acarició el rostro, agitó la llama de las antorchas y onduló el pelo de los bukshah, que vagaban entre las rocas como almas perdidas y pateaban el suelo.

«Hemos llegado —pensó de pronto Rowan—. Es el final del viaje».

—La Gran Helada se produjo en los primeros días de la tierra —dijo Zeel con parsimonia—. El pueblo del Valle de Oro siguió viviendo en paz y abundancia mucho después de que terminara, pero luego, de repente, todos desaparecieron. Durante siglos, nadie supo qué les había sucedido. Ahora sabemos que los árboles demoníacos invadieron el valle y los mataron a todos. Ogden cree que después las raíces socavaron esta parte de la Montaña y provocaron el derrumbamiento parcial de los riscos.

—¿Cómo pudo desaparecer un pueblo rico y feliz? —murmuró Shaaran, mientras contemplaba la oscuridad que se extendía bajo sus pies—. ¿No pidieron ayuda? ¿Acaso los Viajeros no...?

—Los Viajeros estaban muy lejos —repuso Zeel con el rostro sombrío—. Como siempre, habían acampado en la costa, cerca de Maris, para pasar la estación fría. Los primeros vientos invernales trajeron la invasión Zebak. Los Viajeros lucharon codo con codo con el pueblo de Maris para defender la tierra, pero los Zebak eran muy numerosos, y los Maris, débiles y divididos, pues su líder, el Guardián del Cristal, estaba agonizando. Se envió un mensaje urgente al Valle de Oro, cuyo pueblo jamás había desatendido una llamada a las armas.

—¿Y esa vez no acudieron?

Norris estaba inclinado hacia delante, fascinado como de costumbre por las historias de batallas. Zeel negó con la cabeza.

—No acudieron, y los mensajeros de los Viajeros tampoco regresaron. Se cree que murieron de frío antes de alcanzar su objetivo. Aquel año, la nieve era abundante y se había adelantado.

Se volvió para mirar a los bukshah. Rowan no la animó a continuar. A Zeel no le gustaban las historias de guerra. Aunque fingía lo contrario, la en apariencia interminable batalla entre su pueblo natal y el de adopción le causaba un profundo pesar. Pero los sentimientos de Norris no eran tan delicados.

—¿Qué pasó después? —preguntó—. ¡Continúa, Zeel! Por lo que parece, las bestias están descansando o no saben qué camino tomar. ¿Qué otra cosa podemos hacer sino hablar?

Zeel le miró de nuevo y sonrió con ironía, al comprender que no la dejaría en paz hasta que hubiera terminado de contar la historia.

—La ciudad de Maris no tardó en caer en manos del enemigo, y el pueblo Maris se vio obligado a huir a los túneles submarinos, donde sus líderes aún podían protegerlos —continuó—. Los Zebak intentaron tomar como esclavos a los Viajeros, pero la tribu consiguió escapar y se refugió en el norte. —Hizo una mueca—. A partir de aquí, todo son suposiciones, puesto que ni los Maris ni los Viajeros estuvieron allí para verlo. Pero cuando los Viajeros regresaron a Maris en primavera, descubrieron que muchos barcos Zebak habían regresado ya a su tierra con un considerable botín. La ciudad estaba desierta. Los Zebak que quedaban estaban convencidos de que habían ganado la guerra. —Sacudió la cabeza, como asombrada de su estupidez—. Pero por supuesto, para los Viajeros, la lucha no había hecho sino empezar. Enviaron nuevos mensajeros al Valle de Oro, y entretanto llevaron a cabo constantes incursiones de acoso al enemigo. Emboscadas, robo de provisiones y armas, disturbios noche tras noche...

Todos le prestaban atención. Shaaran escuchaba con tanto interés como Rowan y Norris.

—Faltos de alimentos y sueño, amenazados por un enemigo al que no podían ver, los Zebak se iban debilitando poco a poco —continuó Zeel—. Después ocurrió lo que los Viajeros tanto habían esperado: el anciano Guardián del Cristal murió, uno nuevo ocupó su lugar y el Cristal mágico recuperó su brillo. El pueblo Maris salió de los túneles, unido y pletórico de esperanza. A aquellas alturas, los Zebak ya no suponían peligro alguno para ellos. Fueron derrotados y expulsados. —Zeel frunció el entrecejo, mientras observaba las sombrías pendientes que desaparecían en la negrura—. Pero, en medio del júbilo general, los nuevos mensajeros regresaron desde la Montaña, y el triunfo se tornó en tristeza al enterarse de lo acontecido. Por encima del Valle de Oro, la cara de la Montaña había quedado reducida a una masa de escombros, como si dos gigantes hubieran librado una batalla. Nada quedó del valle. Aquel horror daría nombre más tarde al Abismo de Unrin, una maraña de árboles malignos que parecen respirar maldad. Fue así como el pueblo del valle desapareció de la tierra.

Rowan exhaló un profundo suspiro. Había oído muchas veces aquella vieja historia, pero nunca de aquel modo. Zeel había destacado una infinidad de detalles de los que carecía el relato colorista y dramático de Ogden.

Shaaran expresó en palabras lo que estaba pensando.

—Sin duda alguna, la suerte tuvo un papel funesto en aquella historia —dijo—. Si los Zebak hubieran atacado unas cuantas semanas antes... si la nieve no hubiera caído antes de lo previsto... si los mensajeros hubieran llegado al Valle de Oro... la gente del valle habría partido hacia la costa para combatir y no habría sido pasto de los árboles demoníacos.

—No, pero tal vez habrían perecido a manos de los Zebak —replicó Norris con tristeza—. ¿Quién sabe? Esas especulaciones carecen de sentido, Shaaran. Pero, si así lo deseas, ahí va otra para ti: si el pueblo del Valle de Oro no hubiera muerto, habrían podido advertirnos de lo que nos espera, decirnos cuál es la mejor manera de firmar la paz con la Montaña y poner fin a la Gran Helada.

Zeel suspiró y desvió de nuevo la mirada hacia los bukshah.

—Este conocimiento se ha perdido en la noche de los tiempos —dijo—. La gente del valle no lo compartió con sus amigos. Quizá se sintieron demasiado avergonzados. Ogden sabe muchos secretos antiguos, pero cuando le pregunté sobre este, no pudo decirme nada.

«¿No pudo o no quiso?», se preguntó Rowan en silencio. La imagen de Ogden, con su rostro parecido a un halcón, flotó en su mente, aquel rostro del primer encuentro, aquellos ojos negros que habían escudriñado los suyos.

Ogden, el narrador de historias, líder de los Viajeros, se había interesado por Rowan desde el principio, mucho más que por cualquier otra persona de la aldea. ¿Por qué? ¿Por qué había sondeado tanto su mente en aquel primer encuentro, intentando conocer hasta el más insignificante de los detalles acerca de los padres de Rowan, los bukshah y la vida que llevaba?

En lo más hondo de su corazón, Rowan sabía la respuesta. Lo había sabido desde la noche pasada en la cueva. Ogden había presentido algo. Había presentido que, por improbable que pudiera parecer, el enclenque y asustadizo niño que tenía ante sus ojos estaba destinado a desempeñar un importante papel en la historia de la tierra que compartían.

El narrador de historias había demostrado ser un firme aliado, aunque daba la sensación de que siempre se reservaba algo para sí, algún secreto conocimiento o sospecha que no podía explicar.

No se había mostrado sorprendido cuando Rowan trajo a Shaaran y Norris de la tierra de los Zebak. Era como si lo hubiera dado por hecho, y solo cuando se desenrollaron las sedas y la gente de Rin empezó a hacerse preguntas acerca de ellas había reflejado una cierta preocupación, apretado los labios y abandonado la reunión. Quizá, en aquel momento, Ogden se dio cuenta de que lo que había estado esperando, lo que había temido, había llegado ya. Que Rowan había puesto en marcha una secuencia de acontecimientos que terminarían...

«Que terminarían aquí —se dijo Rowan, mientras miraba a sus compañeros y a las formas fantasmagóricas de los bukshah, que pastaban entre las rocas—. Que terminarían aquí, para bien o para mal».

—El alba está cerca —dijo de pronto Zeel.

Rowan se volvió para mirarla. Había notado algo en su voz que...

—¿Qué pasa? —susurró.

Zeel se había puesto de pie, muy tiesa, con la cabeza levantada como si oliera el aire. La antorcha que llevaba en la mano arrojaba una luz amarillenta sobre sus pómulos salientes y sus rectas cejas.

—No lo sé —contestó sin abrir apenas los labios.

«¿Qué está ocurriendo? —pensó Rowan con desesperación—. ¿Qué debo hacer?».

Una vez más, el medallón empezó a arderle en la garganta. Le escocía la piel y se estaba

mareando. Todo aquello le resultaba ya muy familiar.

«No —se dijo aterrado—. ¡No!».

Pero sabía que era en vano. Había formulado su pregunta, y lo que iba a suceder sucedería, lo quisiera o no.

La antorcha cayó de sus manos. Tenía los dedos entumecidos. Aún pudo oír la exclamación ahogada de Zeel cuando le miró. Abrió la boca y sus labios articularon las palabras.

Cuando el trueno salude el día,  
el corazón roto te indicará el camino.

Y allí donde fluyen los ríos de oro,  
la escalera oculta revelará sus secretos.

Al pronunciar el último verso, le invadió un recuerdo, el recuerdo de un sueño, un sueño terrorífico que había olvidado hasta aquel momento. Había subido por una escalera de piedra hacia una gran abertura que estaba en lo más alto, siguiendo a los bukshah.

Le daba vueltas la cabeza y no podía pensar. ¿Cuándo lo había soñado? ¿Cómo podía haberlo olvidado? ¿Era un recuerdo verdadero o falso?

«Espera —se dijo—. Espera...».

Poco a poco, el mareo y la debilidad fueron remitiendo, y su mente se despejó. Estaba recostado contra Zeel, que le rodeaba con el brazo para sostenerle en pie, y Norris le sujetaba por el otro lado.

Había recordado. Lo había soñado en la cueva. El miedo a quedar atrapado, la huida de la cueva y todo lo que había sucedido desde entonces lo habían borrado de su mente, pero ahora había recuperado la memoria, lúgubre y aterradora.

Todos los demás sueños se habían hecho realidad, de manera que aquella pesadilla también se cumpliría. Y pronto.

«Cuando el trueno salude el día...».

¿Cuando el Dragón de la Montaña roja al amanecer?

Le zumbaban los oídos. Era como si tuviera la cabeza llena de abejas. Hizo un esfuerzo por mantener el equilibrio y contempló las alturas del risco. Luego, poco a poco, fue bajando la mirada. Y se detuvo.

¿Era su imaginación o había visto algo borroso de color pálido en la cara del risco? Siguió mirando. En efecto, había algo, una marca tal vez, justo encima del lugar donde empezaba la pendiente rocosa.

La escalera... la escalera oculta... estaba aquí, en algún lugar, oculta entre las sombras. Los bukshah lo sabían. Por eso no se habían movido de aquel lugar. Por eso estaban merodeando entre las rocas y pateaban el suelo. La escalera estaba aquí, y no podían encontrarla. Pero, al amanecer, el secreto se revelaría. El sol naciente iluminaría las rocas. La escalera, ahora oculta, quedaría bañada por un río dorado de luz.

«Así será —se dijo Rowan—. Solo tengo que esperar». Sintió una extraña calma en su interior. —¿Por qué no responde?

El zumbido que notaba en sus oídos tomó de repente la forma de palabras y reconoció la voz

de Norris, aterrorizada. Se dio cuenta de que sus compañeros llevaban llamándole largos minutos, con la intención de hacerle hablar.

Se volvió hacia la fuente del sonido. Tres rostros ansiosos flotaban en la penumbra: Zeel, Shaaran y Norris. Poco a poco, comprendió que debía hacer algo antes del alba. Antes del rugido del Dragón. Antes de que el sol revelara la escalera y empezara la última y prolongada ascensión hacia su destino.

«Ocurrirá —se dijo—. Pero no tiene por qué sucedemos a todos. En el sueño no vi a nadie en la escalera. Solo los bukshah y yo».

Una profunda sensación de soledad le embargó. Notó un dolor en el pecho.

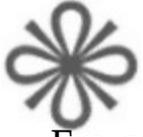
«El corazón roto te indicará el camino...».

Se había preguntado qué significaba eso. Ahora lo sabía.

Abrió sus labios secos.

—Ha llegado la hora de que me dejéis —dijo. Su voz sonó extraña y áspera a sus propios oídos—. Lo que ahora hay que hacer, debo hacerlo solo.

## 19 ∞ Decisiones



Shaaran, Norris y Zeel protestaron, como Rowan sabía que ocurriría. Los versos les habían alterado, pero su sentido de la lealtad era imperturbable.

Era consciente de que solo había una forma de convencerlos. Debía hablarles de su pesadilla acerca de la escalera de piedra y la gran abertura de donde salía vapor que había al final. Cambió de opinión, pues si iban a creer que cuanto había soñado sucedería de manera inevitable, debería también confesar, entonces, los demás sueños que ya se habían cumplido, los sueños que había mantenido en secreto todo ese tiempo.

«Destruiría su confianza en mí —pensó con un inmenso dolor en el corazón—. Haría pedazos nuestra amistad. Pero... pero tal vez tenga que ser así. Su amor y lealtad los ata a mí. Si estos lazos se rompen, me dejarán marchar. El regreso a Rin será peligroso, pero el agua del bosquecillo los ayudará. Por otra parte, nada es más peligroso que permanecer aquí».

—No lo comprendéis —dijo en voz alta, interrumpiendo con brusquedad sus quejas—. Y esto es así porque... porque os he engañado.

El parloteo cesó de inmediato. Tres pares de ojos le miraron perplejos. Agachó la cabeza. Aspiró una profunda bocanada de aire para serenarse y, en voz baja, lo confesó todo. Habló deprisa. Nadie le interrumpió.

—Debí de habérselo dicho desde el principio, pero no lo hice por egoísmo —concluyó Rowan sin levantar la mirada—. Deseaba que nuestra amistad siguiera siendo como siempre había sido. No quería que me mirarais con disgusto o me temierais, como la aldea hace con Sheba. Siempre me he sentido un extraño entre mi pueblo. Ahora, además de un extraño, un bicho raro. Pero esto no es excusa. Lo siento.

Hubo un silencio tan prolongado que Rowan incluso llegó a pensar que los tres se habían marchado dejándole solo. Levantó los ojos. Estaban de pie frente a él, igual que antes de que empezara a hablar. Le miraban muy serios. Shaaran tenía lágrimas en los ojos. En aquel momento, Rowan casi deseó que se hubieran marchado sin decir palabra.

Entonces, la muchacha se arrojó en sus brazos.

—No puedo creer que hayas cargado tú solo con este peso durante todo este tiempo y para evitarnos sufrimientos —sollozó—. ¡Yo habría sido incapaz de hacerlo!

—Y yo —intervino Norris. Sacudió la cabeza y dio una palmada a Rowan en la espalda.

—Tal vez yo habría podido —repuso Zeel con tranquilidad—. Pero agradezco a los cielos no haber tenido que intentarlo.

Rowan los miraba asombrado. Su reacción había sido muy diferente de la que había imaginado.

—Sabía que guardabas algo para ti, Rowan, pero no podía adivinar que pudiera ser tan espantoso como para no compartirlo con nosotros —dijo Zeel—. ¿Por qué alguien debería volver la espalda a un buen amigo solo porque posee un talento inesperado y útil?

—Más una maldición que un talento —logró articular Rowan.

—Maldición o talento, da igual —dijo Shaaran, al tiempo que daba un paso atrás para poder mirarle, pero sin soltar su brazo—. Es imposible dividir a un verdadero amigo en partes y decir: «¡Esta parte me gusta, pero esta otra no la acepto!». Todo es una misma cosa.

—Y, a propósito, si crees que puedes dividir el todo en el que los cuatro nos hemos convertido y enviar a tres cuartas partes de regreso a casa mientras tú te quedas solo, estás muy equivocado —gruñó Norris.

Shaaran asintió.

—No diré que no tengo miedo —dijo—. Lo tengo, y mucho. Pero esto no significa que quiera volver atrás.

—Pero... pero ¿acaso no habéis oído lo que acabo de decir? —tartamudeó Rowan—. El sueño de la escalera... Había peligro. Y muerte. Lo presentí.

—¿Y qué? —preguntó Zeel con una expresión divertida en el rostro—. No es una decisión que debas tomar tú solo, Rowan de los Bukshah. Tanto si nos viste en tu sueño como si no, los versos de Sheba decían claramente que cuatro almas han de seguir a las bestias. —Miró a Norris, después a Shaaran y de nuevo a Rowan—. Y eso es lo que haremos —añadió—. Seguir las allí donde nos lleve el camino. No por amor a ti, sino por amor a esta tierra y a todo cuanto hay en ella.

Rowan guardó silencio.

Norris carraspeó.

—Muy bien, pues —dijo con brío—. Pensemos en lo que deberíamos hacer. Sueño o no, no me seduce la idea de esperar aquí a que amanezca, como una víctima impotente que no controla en lo más mínimo su destino.

—La escalera del sueño de Rowan conducía hasta una extraña abertura —dijo Zeel—. Es posible que sea la entrada de otra cueva.

—¿Seguro? —preguntó Shaaran con timidez—. De la abertura salía vapor...

—A menudo, los sueños muestran las cosas ordinarias de un modo extraño —terció Norris—. Los bukshah también eran oníricos... diferentes de como son en realidad, ¿no es cierto Rowan?

Rowan vaciló. Norris tenía razón, pero...

Zeel miró hacia arriba y escudriñó la oscuridad.

—Esa mancha gris es el único indicio de una entrada que puedo ver en la cara del risco. Si subimos ahora, tal vez descubramos algo que pueda sernos de ayuda más adelante.

Shaaran profirió un leve sonido de protesta, pero Norris se mostró de acuerdo de inmediato. Para él, una dura ascensión era mucho mejor que una larga espera en la oscuridad. Rowan permanecía en silencio. El plan de Zeel le parecía plausible, pero, aun así, se sentía incómodo.

«Quizá me siento desconcertado porque las cosas se me han escapado de las manos —pensó—. Tal vez me he acostumbrado demasiado a ser un líder».

Aquella idea le hizo sonreír, a pesar del miedo que moraba en su interior.

—Yo... no creo que pueda trepar a esas rocas —dijo Shaaran en voz baja.

Norris soltó una carcajada.

—Por supuesto que no, Shaaran —replicó—. Nadie espera eso de ti. Zeel y yo subiremos, veremos lo que hay allí arriba, y luego regresaremos y os informaremos a ti y a Rowan.

Un sudor frío perló la frente de Rowan. Todo aquello era un error. Lo sabía. Pero no podía impedir que Zeel y Norris intentaran lo que creían que debían hacer.

«Por otro lado, tampoco yo puedo quedarme aquí —pensó—. Tengo que ver lo que nos aguarda en lo alto con mis propios ojos».

—Si estáis decididos a hacerlo, iré con vosotros —dijo en voz alta—. Creo que podré subir.

—Pero ¿y Shaaran? —exclamó Norris—. ¡No puede quedarse sola!

—¡Pues claro que puedo! —dijo la muchacha con energía—. No necesito a nadie que me proteja. Estaré aquí y vigilaré. En caso de peligro, os llamaré. Además, tengo a los bukshah.

Así quedó decidido, y, poco después, Zeel, Norris y Rowan se dirigían hacia las rocas amontonadas justo debajo de su objetivo.

Estrella sacudió la cabeza y bramó cuando Rowan inició el ascenso. Era como si hubiera deseado impedirle de haber podido. Pero, cuando llegó a las rocas, ya estaba demasiado arriba para que el animal le alcanzara.

Rowan la miró. Pateaba las rocas como si pretendiera ir tras él. Pero era imposible. El montón de rocas era demasiado empinado para ella. Estiró el cuello y bramó de nuevo, mientras Rowan continuaba subiendo.

«Estrella no quiere que haga esto más que yo», se dijo Rowan preocupado. Su pie resbaló, pero consiguió sujetarse de una mano y se salvó de milagro.

—¡Presta atención, Rowan! —gritó Zeel desde más arriba—. Estas rocas son traicioneras, sobre todo en la oscuridad. No puedes escalar con la mitad de tu mente pensando en otra cosa.

Rowan sabía que tenía razón, y procuró concentrarse en la tarea que tenía entre manos. Siguió ascendiendo.

‡ ‡ ‡

Por fin llegaron a la cima del montón de rocas. De repente, el aire se hizo muchísimo más frío. Una niebla helada se arremolinaba sobre sus cabezas, y a Rowan le temblaron las piernas al observar la mancha de color gris en la cara del risco. No era el lugar que había visto en su sueño. No sabía si estar contento o apenado.

La mancha gris era mucho más grande y pálida de lo que parecía desde abajo, y ahora vieron que no se trataba de un hueco, sino que formaba parte de la pared del risco.

Aun así, era muy diferente de la roca negra que la rodeaba.

Norris se quitó el guante, alargó la mano y tocó el material gris. Sorprendido, la retiró de inmediato.

—¡No he visto nunca nada igual! —exclamó—. Es áspero al tacto, pero mucho más blando que la roca. ¡Y no está frío! ¡Apenas un poco más que mis dedos!

—Norris, ¿cómo puedes ser tan temerario? —gruñó Zeel—. Puede que sea algún tipo de hongo que ha crecido en la roca. ¡No tienes ni idea del daño que puede hacerte!

Norris empezó a frotarse las manos vigorosamente en la capa.

Zeel sacó su cuchillo y lo clavó en el material.

—Es un hongo, y muy grueso —dijo perpleja. Hundió más el cuchillo hasta hundir la hoja por completo. Tiró de él, retorciéndolo, y un fragmento de material gris se desprendió y cayó sobre su manga. Lo sacudió enseguida.

—Qué raro —murmuró con los ojos llenos de curiosidad. Clavó de nuevo el cuchillo en el orificio que había quedado y empezó a rascar con energía.

—Déjalo, Zeel —dijo Rowan, poco convencido de que le hiciera caso. Miró hacia abajo. Los bukshah parecían muy nerviosos. Shaaran esperaba.

Distinguió a Estrella entre la manada. Vio la cara pálida de Shaaran. Se le revolvió el estómago cuando advirtió que estaba clareando. Pronto amanecería.

—¡Zeel! —gritó, y se volvió hacia el risco—. Zeel, sería mejor que...

Pero ella no le escuchaba. Se había subido un poco más hasta llegar a la altura de la mancha gris, con los ojos clavados en el agujero que estaba practicando. Mientras Rowan miraba, se echó un poco hacia atrás. Su rostro no mostraba expresión alguna.

—Será mejor que eches un vistazo a esto —dijo Zeel con voz serena.

Rowan avanzó, pero Norris se le había adelantado y ya estaba aplicando el ojo al agujero. Hubo un momento de silencio, y luego también Norris se echó hacia atrás.

—¿Qué pasa? —exclamó Rowan.

Norris estaba muy pálido. Sus ojos habían adoptado un tono casi negro. Sus labios se movieron como si quisiera hablar, pero no articuló ni una sola palabra.

Con el corazón martilleando en su pecho, Rowan se lanzó hacia delante y miró por el agujero.

Al principio no vio nada, solo masa indistinta de un azul apagado. El frío era tan intenso que asomaron las lágrimas a sus ojos. «Hace mucho más frío dentro que fuera —pensó—, aunque en realidad la barrera gris no es fría».

Poco a poco, se dio cuenta de que el material gris era un aislante. Al igual que la capa de piel de bukshah que llevaba, se trataba de una poderosa barrera contra el frío y el calor. Separaba ambos. El material llenaba un hueco de la roca y por alguna razón su finalidad consistía en retener un frío mortal en su interior y un aire menos helado en el exterior.

«Pero ¿por qué está aquí? —se preguntó confuso—. ¿Quién lo ha hecho?».

Poco a poco, sus ojos se fueron acostumbrando a la extraña luz azul que había al otro lado de la barrera gris y vio...

Vio una enorme caverna, tan grande que podía caber más de cuatro veces la aldea de Rin en su interior. Observó que el techo y las paredes relucían con el mismo tono blanco azulado de aquel hongo que recordaba de su viaje a la Montaña años atrás. También advirtió que el techo estaba tachonado de una especie de manchas pálidas, que poco a poco fue identificando como los extremos de raíces de árboles. Vio las entradas a otras cámaras, centenares de ellas, y túneles que ascendían a través del centro de la Montaña.

Por fin, distinguió horrorizado reptiles del hielo. Decenas de miles. Reptiles del hielo que se apretujaban en aquel extenso espacio, enroscándose unos encima de otros, formando una masa blanca en movimiento. Reptiles del hielo que construían, construían incansablemente, se deslizaban por los túneles y trabajaban con sus fauces, y utilizaban el material masticado para construir más y más celdas grises, que ya forraban las paredes heladas de la caverna y se elevaban en forma de grandes torres hasta el techo.

El corazón hueco de la Montaña era un nido. Un nido gigantesco. En cada celda yacía un gusano blanco, una pequeña réplica de los adultos que lo cuidaban.

Y entonces, aterrorizado, Rowan vio que las bestias más cercanas a él se quedaban inmóviles, volvían en su dirección las cabezas ciegas, abrían las fauces y se precipitaban entre silbidos hacia la mirilla improvisada.



Rowan se echó hacia atrás con tal fuerza que a punto estuvo de soltarse y caer al vacío. Los gritos aterrorizados de sus dos compañeros y de Shaaran resonaron en sus oídos, mientras trataba de sujetarse a la roca con las puntas de los dedos.

—¡Atrás! —exclamó desesperado—. ¡Me han descubierto! Notan el aire más cálido. Están...

Vio horrorizado cómo diminutas grietas se extendían como telarañas a partir del agujero. Vio que el material gris empezaba a cuartearse, al tiempo que el agujero se hacía cada vez mayor.

Inició el descenso con Zeel y Norris, buscando puntos de apoyo con la punta de las botas. Tenía las manos entumecidas, fragmentos de roca se desprendían al tacto y sentía un frío intenso en el pecho y las piernas.

La terrible cabeza de un reptil asomaba ya a través de la barrera gris. Colosal, feroz y enfurecido, los perseguía por la roca. Un aliento gélido surgía de su boca, formaba en el aire una neblina helada y revestía las rocas de una fina película blanca.

—¡Bajad! —chillaba Shaaran—. ¡Daos prisa! ¡Bajad!

¡Abajo! ¡Abajo! Abajo, donde el aire era más cálido, donde había antorchas, donde el bosquecillo no estaba demasiado lejos.

Rowan resbaló, recuperó el equilibrio y resbaló de nuevo. Le dolía la garganta al tragar. Se aferró con fuerza a la roca y miró hacia arriba.

El reptil casi les había dado alcance, con la cabeza ciega extendida hacia delante y las fauces abiertas. Era tan grande que el extremo de la cola seguía azotando las rocas más altas. Con asombro, Rowan comprobó que la barrera gris del risco había recuperado su aspecto original. Al salir el reptil, el orificio había sido sellado tras él.

«Con qué velocidad». Esta idea cruzó por la mente de Rowan, al tiempo que su pie encontraba un pequeño saliente donde apoyarse. Siguió descendiendo.

Se le revolvió el estómago al pensar en aquellas criaturas que se precipitaban hacia el agujero, mientras lo golpeaban con la cabeza y sus bocas vomitaban el material gris y pegajoso que se endurecería en un instante, reparaban los daños y retenían el precioso frío interior.

Bastarían unos cuantos. Unos cuantos entre las decenas de miles de aquellos seres reptantes que infestaban la Montaña, excavaban túneles en la roca, masticaban las raíces de los árboles y construían, construían sin parar.

«¿Decenas de miles? —se oyó decir Rowan en voz alta—. ¡Tal vez cientos de miles! Y muy pronto, cientos de miles más. Los túneles están atestados de celdas para las crías».

En el frío cortante de la Gran Helada se reproducirían sin cesar, y sus crías se propagarían a millones desde la Montaña, hasta que todos los árboles de la tierra hubieran sido arrancados y

todos los seres vivos, destruidos.

Resbaló sobre una plataforma rocosa y aterrizó sobre un canto rodado liso que se hallaba en su base. Tomó aliento. No hacía tanto frío. Había pasado del aire gélido de la cima del montón de rocas al aire más cálido de más abajo.

Se atrevió a mirar hacia arriba y comprobó que tenía razón. El reptil se movía con más lentitud. Se balanceaba, silbaba. Se sentía a disgusto en aquel ambiente. Pero seguía descendiendo. Rowan oyó un grito, miró al punto a su alrededor y vio a Norris y a Zeel un poco por debajo de él. Los dos miraban hacia abajo y gritaban. Norris extendía un brazo hacia... hacia una llama que titilaba. ¡Una llama que ascendía!

Era Shaaran, que trepaba hacia ellos con una antorcha en la mano. El rostro aterrorizado y pálido de la muchacha parecía flotar en la tenue luminosidad del fuego. Los bukshah se estaban congregando al pie del acantilado y, sin duda, Shaaran habría tenido que pasar entre ellos para iniciar el ascenso. «¡Y le dan tanto miedo!», pensó Rowan. Casi se echó a reír. ¡Miedo de los bukshah, cuando las rocas eran duras y melladas, y un reptil del hielo silbaba de rabia por encima de sus cabezas!

Aun así, sabía mejor que nadie que los pequeños temores podían ser tan aterradores como los grandes. Sabía que Shaaran había hecho acopio de fuerzas para dar a sus compañeros lo que necesitaban para sobrevivir.

¡Qué fácil era resbalar y caer! Rowan miró la llama. ¡Qué peligroso era trepar por aquella pared! Y Shaaran, frágil y asustada, lo estaba haciendo con una sola mano, entorpecida por la antorcha.

—¡Rowan!

El grito agudo de Zeel le sobresaltó. Miró hacia arriba instintivamente, donde el reptil del hielo se retorció entre una nube de aliento helado. Sus ojos advirtieron un movimiento más arriba y la sangre se heló en sus venas. La cara del risco estaba casi oculta por una niebla blanca. Y en la niebla, centenares de formas blancoazuladas se estaban deslizando hacia abajo, desde la cumbre nevada.

«Por supuesto —se dijo Rowan estremecido—. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar que solo uno defendería el nido?». La puerta gris había sido sellada para evitar que el aire más cálido penetrara en la cámara, pero, más arriba, donde hacía tanto frío fuera como dentro, no hacían falta puertas selladas, y cientos de reptiles habían salido de aquellas aberturas.

Reanudó el descenso. Le atenazaba el miedo, pero apretó los dientes y continuó avanzando. Tenía que concentrarse en lo que estaba haciendo, pensar única y exclusivamente en apoyar los pies en lugares seguros y usar bien las manos. Si resbalaba y se fracturaba un hueso, incluso si se torcía el tobillo, estaría perdido.

Un silbido ensordecedor invadió sus oídos y una ráfaga de niebla helada le engulló. Sintió que se ahogaba. Miró hacia arriba y vio que el primer reptil se alzaba sobre él, con su enorme cuerpo semejante a una serpiente casi oculto en una nube blanca. De algún modo, había conseguido aventurarse en el aire más caliente de la parte inferior del montón de rocas. Y detrás, había más.

Rowan lanzó un grito de pánico. La parte superior de las rocas estaba cubierta por una espesa

niebla que descendía poco a poco, y en su interior albergaba una masa de fauces azuladas, de cuerpos blancoazulados que se retorcían sobre las rocas, las cuales brillaban ahora por efecto del hielo negro.

«No solo medran en el frío. ¡Lo provocan! Y cuantos más son, más frío hace...». Aquella idea atravesó su mente como un cuchillo de hielo. Y después, llegó a una terrible conclusión: «Cualquier lugar es seguro para ellos».

El reptil del hielo se abalanzó sobre él. Rowan saltó hacia atrás con un chillido, se soltó y resbaló. Buscó un punto de apoyo con los talones. Un segundo más tarde, estaba atrapado hasta la cintura en una rendija entre dos cantos rodados.

Aterrorizado, miró hacia arriba mientras luchaba por liberarse. La boca del reptil se abrió sobre él. Sus dientes centellearon cuando se dispuso a atacar...

Se oyó un grito feroz, y Rowan, atezado por el miedo, vio que un relámpago de fuego pasaba por encima de su cabeza y se hundía en las fauces del animal. Este retrocedió, con el extremo de la antorcha sobresaliendo de su boca. Una neblina azulada surgió de su garganta. Se precipitó al vacío.

Unos brazos sacaron a Rowan de la hendidura sin la menor consideración.

—¡Démonos prisa! —rugió Norris en su oído.

La masa de formas blancas y sinuosas proseguía su avance. Al mirar por encima de su hombro, Rowan vio que Shaaran y Zeel estaban finalizando el descenso.

«¡No os caigáis! ¡No os caigáis!», pensó Rowan. Comprobó con alivio que las dos muchachas se deslizaban desde la última roca y saltaban al suelo, en medio de la manada de bukshah. Instintivamente, él y Norris se dirigieron al mismo lugar.

Pero cuando por fin llegaron abajo, descubrieron que los bukshah se habían movido, y Shaaran y Zeel con ellos. Se hallaban ahora en el extremo más alejado del montón de rocas, el extremo más alejado del manantial. Zeel y Shaaran estaban de pie, extrañamente inmóviles, mientras los bukshah se habían apiñado a su alrededor.

Norris y Rowan corrieron hacia ellas dando gritos. Los bukshah se apartaron para dejarlos pasar, y volvieron a cerrar la formación una vez que estuvieron dentro.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Norris al llegar junto a su hermana. Shaaran no respondió. Se limitó a mirarle con sus enormes ojos aterrorizados.

Norris tiró de su brazo.

—¿No lo ves? ¡Los reptiles del hielo acuden a cientos! ¡Hemos de volver al manantial! ¡Es nuestra única oportunidad!

Pero cuando se dio la vuelta, arrastrando a Shaaran, descubrió que los bukshah bloqueaban el camino. Las bestias habían encerrado a los recién llegados en un círculo, y ahora formaban una sólida muralla lanuda. Resoplaban y bramaban mientras acariciaban a Rowan, Zeel y Norris con el hocico, como ansiosos de tocarlos. Pero no tocaban a Shaaran, y se mantenían un poco alejados de ella, como si supieran que la asustaban.

Norris gritó y los empujó en vano.

—¡Rowan! —rugió, y paseó la vista a su alrededor—. ¡Diles que se aparten!

Rowan sabía que era imposible. Estrella estaba a su lado, en el centro del grupo. Le miraba fijamente con sus ojos negros, dándole a entender que lo protegería hasta la muerte. No le dejaría pasar.

«Los bukshah son más sabios de lo que imaginamos...».

A Rowan se le erizó el vello de la nuca.

—No se moverán —dijo Zeel—. Nos han traído hasta aquí, y aquí quieren que nos quedemos.

Hablaba con mucha parsimonia. Tenía la mirada fija en algún punto más allá de la manada, como si escuchara algo que nadie más podía oír.

—¿Qué pasa, Zeel? —susurró Rowan.

—¡Presta atención! —replicó ella.

Rowan escuchó... Nada, exceptuando los latidos de su corazón, la respiración acelerada de Norris y el leve roce de las pezuñas de los bukshah sobre el terreno rocoso.

El viento había cesado y reinaba una extraña calma, como si la Montaña estuviera conteniendo el aliento. Rowan experimentó la sensación de que el silencio se cerraba sobre sus ojos y oídos. Empezaron a dolerle los dientes. Se le puso la carne de gallina, como si un millón de hormigas estuvieran desfilando entre el vello de sus piernas y brazos.

Se obligó a alzar la vista. Los reptiles se habían detenido. Sus cabezas oscilaban vacilantes entre la niebla remolineante.

—¿Qué...? —empezó a decir Norris, pero enmudeció al instante.

La luz había cambiado. El cielo se teñía de rojo. Amanecía.

En lo más alto, en su cueva de hielo de la cima de la Montaña, el Dragón rugió. Un prolongado bramido, como el rumor ensordecedor del trueno.

El aire y la tierra parecieron temblar. Después, las rocas empezaron a caer. Lentamente, como los castillos de bloques de madera infantiles, un castillo abatido por un dedo descuidado, las rocas se vinieron abajo, chocaron las unas contra las otras y aplastaron a los reptiles del hielo que encontraron a su paso.

Las rocas cayeron a mayor velocidad, mientras la Montaña temblaba bajo ellas, y se precipitaron sobre el lugar donde Rowan, Zeel y Norris habían estado hacía unos minutos, hasta caer en el Abismo de Unrin, arrastrando consigo los cuerpos destrozados de los reptiles del hielo.

Rowan cayó de rodillas y apoyó la cabeza contra Estrella. No deseaba contemplar un mundo que se derrumbaba a su alrededor, y trató de taparse los oídos para amortiguar aquel espantoso ruido. Pero no había escapatoria del estruendo. Lo invadía todo. El cuerpo de Estrella temblaba igual que el de él. La tierra vibraba. El ruido saturaba el aire que respiraban.

¡El sonido! Rowan no había oído nunca nada semejante. Ni el Dragón de la Montaña. Ni los árboles demoníacos de Unrin. Ni la Gran Serpiente de Maris. Aquel rugido era poderoso y terrible, como un bramido de rabia desenfrenada. Y mientras Rowan se encogía de miedo, su intensidad aumentaba más y más, hasta convertirse en el pavoroso estruendo de la roca al partirse. Después, una ráfaga de aliento caliente se abatió sobre él y le arrojó al suelo.

## 21 ∞ La escalera



A Rowan le dolía la cabeza y le zumbaban los oídos. El hocico de Estrella le golpeaba la mejilla. Tal vez lo había hecho con mayor suavidad en ocasiones anteriores, con la intención de despertarle, pero ahora no podía esperar más. Bramaba angustiada y pateaba el suelo.

Rowan abrió los ojos. Le escocían y estaban bañados en lágrimas. El terrible amanecer había pasado. Lucía el sol.

Poco a poco, Rowan fue tomando conciencia del entorno.

Zeel, Norris y Shaaran se estaban moviendo a su alrededor, mientras los demás bukshah seguían formando una muralla gris viviente que los protegía de lo peor de la ira de la Montaña. No obstante, se estaban empezando a abrir algunos huecos en la muralla, y toda clase de rugidos y bramidos vibraban en el aire. Estaban impacientes por marcharse.

«Ha llegado la hora», pensó Rowan. No sentía nada. Tenía la mente entumecida.

Se puso en pie y, cuando la cabeza le dio vueltas, se sujetó a la crin de Estrella para mantener el equilibrio. Su lana era áspera al tacto. Poco a poco, recordó que era así desde que se había empapado con el agua del manantial de la arboleda. Dejó de pensar en ello.

Estrella le guio lenta y pacientemente a través de la manada. Caminó a su lado dando traspiés, mientras se frotaba los ojos. Confuso, salió de la formación y descubrió lo que quería que viera: las piedras melladas, antes apiladas contra la cara del risco, que se habían derrumbado, como empujadas por la mano de un gigante. Rowan observó que el risco y la pendiente no estaban separados, sino que formaban una enorme lámina de roca brillante.

La escalera de su sueño empezaba allí donde la roca daba paso a la empinada pendiente. La escalera relucía como iluminada por una extraña radiación amarillenta que no procedía del sol.

Alzó los ojos. Junto a la escalera, brotaba un río de oro de una enorme grieta abierta en la roca, a mitad de camino de la cumbre.

El río de oro surgía poco a poco de la roca. Vaporoso, rico y espeso como la melaza, discurría a lo largo de la escalera por una pendiente más suave, donde antes se habían congregado los bukshah. Después avanzaba formando una ancha y reluciente franja dorada que caía por el borde del abismo.

«Estoy soñando», se dijo Rowan. Pero sabía que no era así.

«El corazón roto te indicará el camino...».

El corazón de la Montaña había estallado a través de su caparazón de roca y revelado su secreto. Y ahora, el oro fundido fluía y fluía como la sangre, descendía por la pendiente y caía en el Abismo de Unrin.

Rowan advirtió que Zeel, Norris y Shaaran se habían detenido detrás de él y contemplaban el

espectáculo. Sentía su presencia, oía su respiración jadeante. Pero nadie dijo una palabra.

Notó que Estrella se apartaba un poco; notó que su mano caía a su costado como algo muerto. Vio que Estrella avanzaba hacia la escalera, sobre un suelo salpicado de charcos de oro. Los demás bukshah la seguían en fila.

«Hemos de seguir a las bestias...».

Rowan avanzó hacia la escalera, y también él empezó a subir. Sabía que sus compañeros irían tras él, pero no se volvió para mirarlos. Se limitó a subir, peldaño a peldaño, mientras a su lado corría un líquido dorado, como la sangre del corazón de la Montaña, que supuraba de la roca resquebrajada.

Era un sueño que no era un sueño. Un sueño de un calor que no podía sentir. De un plan que no podía ver. De recuerdos fragmentarios que su mente no podía comprender. De miedo y sufrimiento, anhelo y pesar, silencio y muerte.

Al llegar al lugar donde empezaba el río de oro, alzó la mirada. Y allí, no lejos de la mancha gris que indicaba el cubil de los reptiles del hielo, se hallaba la boca bostezante de su sueño.

Era la entrada a una caverna siniestra, rodeada de vapor remolineante. Un amplio saliente de roca sobresalía justo debajo de ella, como una inmensa barbilla deforme.

«Ascendimos sobre ella sin darnos cuenta —pensó Rowan. Miró a uno y otro lado, la piel dura y lisa de la ladera montañosa—. Debajo de nosotros late el corazón de la Montaña —se dijo—. Su calor, resguardado entre las rocas, frenó a los reptiles del hielo y nos salvó. Nos salvó... con otra finalidad.

»Para esto».

Miró de nuevo hacia arriba. Había llegado casi a la cima de la escalera, y a través del denso vapor vio que la boca de la roca no se parecía a la de su sueño. Tres piedras altas y de bordes afilados en la base formaban una hilera de dientes negros.

Por primera vez desde que empezó a subir por la escalera, Rowan sintió miedo.

«Cuatro han de sacrificarse...».

Se dio la vuelta y miró hacia atrás. Zeel parecía tranquila.

—Así pues, hemos llegado —dijo.

Detrás de él, casi oculta por su ancha espalda, estaba Shaaran, sin aliento y con los ojos muy abiertos, siempre con la caja de las sedas en brazos.

Y, a continuación, Norris con expresión resuelta.

Mucho más arriba, la nieve coronaba la cumbre del risco y la mancha gris conservaba el frío del interior. Al frente, de la sombra dorada brotaba vapor.

«... en el reino entre el fuego y hielo».

Los bukshah estaban apiñados en el saliente. Bramaban y pateaban el suelo. Algunos empujaban las rocas.

«Quieren entrar en la caverna, pero no pueden —pensó Rowan—. Los espacios entre los dientes, las rocas, son demasiado estrechos».

Se sintió desconsolado. Lo que les esperaba, fuera lo que fuese, no afectaría a los bukshah. Habían cumplido su misión.

Los cuatro alcanzaron el gran saliente y se abrieron paso entre la manada. Una vez más, los bukshah resoplaron nerviosos y dieron golpecitos a Rowan, Zeel y Norris, pero dejaron pasar a Shaaran sin tan siquiera rozarla.

—No les gusto —dijo la muchacha.

—Saben que les tienes miedo —respondió Rowan ausente. Después hizo una mueca. Si el olor del miedo repelía a los bukshah, ¿por qué se apretujaban a su alrededor? Su cuerpo temblaba de miedo. Le hormigueaba la piel a causa del pánico. Estaba convencido de que irradiaba terror como si fuera calor.

Caminó hacia la entrada. Era húmeda y brillaba. Se elevaba vapor de ella, veteado de oro.

Estrella se hallaba en el centro de la hilera de bukshah que intentaban forzar una entrada. Había apoyado el hombro contra la roca y empujaba como si intentara abatir una cerca. Había conseguido moverla un poco, pero, aun así, el espacio seguía siendo insuficiente.

En cualquier caso, todo intento sería inútil. La caverna formaba un elevado escalón sobre el saliente, y las tres rocas estaban apoyadas contra él.

—No puedes, Estrella —dijo Rowan con calma, acariciando su crin—. Ahorra esfuerzos.

Estrella levantó su pesada cabeza para mirarle. Sus ojos parecían emanar una tristeza encolerizada.

—Tú y la manada nos habéis traído hasta aquí, y eso es más que suficiente —dijo Rowan con un nudo en la garganta—. Ahora debéis abandonarnos y dejar que hagamos lo que debemos.

Estrella pateó el suelo, emitió un gruñido gutural y empujó de nuevo la roca.

—¡No! ¡Márchate, Estrella! —la instó Rowan. Tiró de su pelaje, desesperado por hacerle comprender—. Conduce a la manada de vuelta al bosquecillo y espera. Encontraréis un poco de comida, y, además, hay agua. Estaréis a salvo del frío y de los reptiles. Y tal vez... pasado un tiempo... la nieve se fundirá y podréis regresar al valle.

«Si hacemos lo que debemos —se dijo para sí—. Si tenemos fuerzas para hacerlo».

Frotó la mejilla contra la crin de Estrella, notó aquella aspereza tan poco habitual. Después, la dejó atrás y se deslizó entre las rocas.

Una niebla dorada y sombría invadía el aire. Apenas podía ver nada. Levantó una mano y descubrió que podía tocar el techo con facilidad. Pensó en los reptiles del hielo, enroscados en su gélido nido, no muy lejos de su cabeza. Zeel, Shaaran y Norris atravesaron la barrera rocosa siguiendo sus pasos, le alcanzaron y Rowan continuó adelante.

Los bukshah habían empezado a bramar de nuevo, Estrella la que más. Sus lúgubres lamentos no cesaron hasta impregnar el aire neblinoso.

—Allí delante hay más claridad —musitó Zeel.

Rowan miró y vio que era cierto. La entrada de la caverna había quedado ya muy atrás, pero en lugar de apagarse, la intensidad de la extraña luz iba en aumento. Caminaban hacia un brillo amarillento, cuya luminosidad se intensificaba a cada paso.

Y el vapor también se iba disipando. Ahora era apenas un tenue velo. Las paredes del túnel se veían con claridad. El techo era bajo y relucía sobre sus cabezas.

De repente, Rowan distinguió varias figuras con capa que caminaban un poco más adelante, en

silencio y en fila india. Parecían aterrorizadas, casi desesperadas, mientras los distantes bramidos de los bukshah resonaban débilmente a su alrededor.

«Todo está perdido. Estamos perdidos... No hay escapatoria...».

Las figuras titilaron y se desvanecieron. Rowan sintió que se le aceleraba la respiración. El brillo amarillento era más intenso. Ahora pudo ver que el túnel se ensanchaba, daba paso a un espacio mucho más amplio. Sabía que allí encontraría el origen de aquella luz, el final del viaje.

Le temblaban las piernas. Una parte de su mente le impulsaba a detenerse, a aferrarse a las paredes y volver sobre sus pasos, pero era ya demasiado tarde para eso. Algo tiraba de él hacia delante con una fuerza irresistible.

En lugar de frenar el paso, empezó a caminar más deprisa. Y, de pronto, se vio rodeado de una tenue luz dorada y envuelto por un tremendo calor, y entonces vio lo que había ido a ver.

El techo de la caverna era muy bajo, moteado de negro y gris. Las paredes negras estaban veteadas de oro e iluminadas, como el aire neblinoso, por un resplandor que surgía de un orificio circular abierto en el centro del suelo liso, también vetado de oro. No había nada más. Nada, excepto calor y sombras en los rincones, y los ecos de los lamentos de los bukshah.

Como sumido en un trance, Rowan avanzó hasta el borde del orificio y miró hacia abajo, un pozo tan profundo que le causó vértigo. Y en el fondo, un calor inimaginable, el terrible resplandor del oro fundido al rojo vivo.

Mareado, clavó la vista en el corazón de la Montaña y no pudo apartar los ojos. La cabeza le daba vueltas. Sabía que había dejado de respirar.

El hambre no se negará,

el hambre ha de ser saciada.

—¡Aléjate, Rowan! ¡Aléjate del borde!

Rowan oyó la voz de Shaaran, pero no pudo comprender sus palabras. Otras voces reclamaban su atención. Voces de su memoria.

La de Neel: «Hemos ofendido a la Montaña, y ahora se ha vuelto en contra nuestra».

La de Norris: «Si el pueblo del Valle de Oro no hubiera muerto... habría podido decirnos cuál es la mejor manera de firmar la paz con la Montaña y poner fin a la Gran Helada».

La de Zeel: «Este conocimiento se ha perdido... La gente del valle no lo compartió... Quizá se sintieran demasiado orgullosos. O avergonzados».

—Avergonzados —musitó Rowan—. Avergonzados de lo que tenían que hacer: reparar el daño. Pero nuestro pueblo nunca lo sabrá. Lann no se lo dirá, y espero que nunca lo adivine.

El corazón de la Montaña gruñó a la espera.

—¿Esto es lo que hay que hacer? —preguntó una voz firme—. Si lo es, estoy preparada.



Rowan se volvió. Zeel estaba junto a él en el borde del abismo. Tomó su mano y le miró, llena de orgullo. Rowan vio en ella su fuerza y delicadeza, una combinación de Viajera y Zebak. Su corazón estaba a punto de estallar.

—Estoy preparada —dijo ella de nuevo.

Norris avanzó hacia ellos y tomó la otra mano de Zeel.

—Yo también —dijo—. Te he seguido hasta aquí, Rowan, y si debo descender contigo a las profundidades, a la eternidad, lo haré.

Rowan le miró, y vio valor y sinceridad en su rostro. Su corazón se retorció de dolor.

Solo Shaaran permanecía inmóvil. Solo Shaaran no había hablado. Pero ahora lo hizo, y al hacerlo, su voz fue temblorosa, pero firme.

—No lo creo —dijo.

—Shaaran... —empezó a decir Norris, pero ella sacudió la cabeza.

—La Montaña es de roca y tierra —prosiguió—. Es misteriosa. Atesora muchas maravillas. Pero solo exige nuestro respeto. No quiere nuestro amor ni nuestra lealtad, ni miedo o sacrificio. No le hace falta. Necesita otra cosa.

Rowan levantó la cabeza como si despertara de un sueño. El medallón latía sobre su garganta. Se volvió. Shaaran se había alejado del precipicio. Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

«Una para llorar...».

—Tienes miedo, Shaaran —le dijo Zeel con ternura.

—¡Pues claro que lo tengo! —replicó la muchacha—. ¡Cualquiera en su sano juicio lo tendría! Pero ese no es el motivo de que me niegue a acompañaros en esta locura. ¡Me niego a hacerlo porque estáis equivocados! ¡Muy equivocados!

La miraron perplejos.

Dio una patada en el suelo.

—¿No tenéis cerebro además de corazón? —preguntó airada—. ¿Cómo podéis pensar que basta con arrojarlo en el corazón hirviente de la Montaña para que un solo témpano de Rin se funda, deje de nacer un reptil del hielo o nazca una flor?

Rowan había dado media vuelta. Retrocedió un paso del abismo.

Un aullido ronco emergió de las profundidades. La roca tembló bajo sus pies.

—No debemos esperar —dijo Zeel—. La ira crece. Hace demasiado calor. Demasiado...

—¡Rowan, el medallón! —le instó Shaaran—. ¡Úsalo!

—Cada uno de nosotros ha formulado una pregunta —dijo Rowan—. Hemos obtenido cuatro respuestas. Me temo que... no habrá más.

Pero se llevó la mano a la garganta y tocó el metal. Le pareció que se retorció bajo sus dedos, como si estuviera vivo. Notó que se formaban palabras en su interior. Abrió los labios resecaos y habló. Las palabras surgieron con facilidad, y las escuchó sin sorprenderse, porque le resultaban muy familiares.

Las bestias son más sabias de lo que imaginamos  
y allí adonde nos guíen, han de ir cuatro almas.

Una para llorar y una para luchar.

Una para soñar y otra para volar.

Cuatro han de sacrificarse.

En el reino entre el fuego y el hielo,

el hambre no se negará,

el hambre ha de ser saciada.

Y, en esta ráfaga de feroz aliento,

la búsqueda une la vida y la muerte.

Siguió inmóvil una vez finalizada la profecía. Se sentía muy cansado.

—Así pues... —murmuró Zeel.

—Cuatro han de sacrificarse —sentenció Norris cabizbajo—. Aquí, en el reino entre el fuego y el hielo. No puede haber error.

Pero Rowan estaba oyendo de nuevo una voz interior.

La voz de Sheba, que recitaba los versos. Él los había repetido de la misma manera. Cada palabra, cada pausa. Y...

—He advertido que entre el verso que termina en «sacrificarse» y el que termina en «el fuego y el hielo» hay una pausa —dijo con parsimonia—. Han de estar bastante separados. No me había dado cuenta hasta ahora. El verso que habla del sacrificio puede estar relacionado con los anteriores, que hablan de las cuatro almas, y el que se refiere al fuego y el hielo podría estar asociado a los dos versos posteriores, los que hablan de hambre. En tal caso, la profecía es diferente.

—Sí —repuso Zeel tras pensar unos momentos—. Aunque, en realidad, no cambia nada. Los cuatro sacrificios son inevitables.

—¿De veras lo crees? —preguntó Rowan—. ¿O ya se han llevado a cabo? Shaaran abandonó las sedas para salvarme en el Valle de los Horrores. Norris nos salvó del reptil del hielo en la cueva. Tú, Zeel, sacrificaste tu cometa y casi la vida para salvar a Norris. Y yo... —sonrió con ironía— yo sacrifiqué lo más valioso que tenía, vuestra amistad y confianza, para que me abandonarais y os salvarais.

—Sí —suspiró Shaaran—. Todos nos hemos sacrificado para llegar hasta aquí. Y ahora ya hemos llegado. Hay algo que queda por hacer. Antes de que...

Se estremeció cuando la Montaña rugió bajo sus pies.

«Antes de que la roca estalle de nuevo —pensó Rowan—. Antes de que la escalera se derrumbe y los bukshah mueran. Antes de que esta caverna se convierta en nuestra tumba».

—Tiene que ver con... el hambre —murmuró Norris—. El hambre...

Las palabras pesaban como losas.

En el reino entre el fuego y el hielo,  
el hambre no se negará,  
el hambre ha de ser saciada...

Rowan vio por el rabillo del ojo que algo titilaba. Volvió la cabeza y distinguió un movimiento en un rincón oscuro, justo detrás de Shaaran. Vio que una capa de piel de bukshah se removía en el suelo, el débil movimiento de una mano delicada cuando se curvaba en ademán protector, alrededor de una caja larga de madera. Vio otra mano, una mano más fuerte, y una cabeza inclinada que brillaba bajo la luz dorada. Sintió los pensamientos, las palabras escritas en la página...

«Cuando regreséis, tenéis que saber cómo sucedió, y a tal efecto escribo ahora estas palabras...».

Y vio la imagen que la mente recordaba: una imagen pintada en una seda; una larga hilera de gente que caminaba a través de la nieve, siguiendo una senda negruzca; reptiles del hielo que se retorcían en la niebla de la Montaña; bukshah apiñados, las únicas marcas oscuras en una inmensidad blanca ininterrumpida.

Las únicas marcas oscuras...

«Las bestias son más sabias de lo que imaginamos...».

Rowan respiró hondo. La mano dejó de moverse. Un rostro alzó la vista. Era su propio rostro, y en él podía leer el final de la esperanza, el final del miedo, la aceptación de lo que ha de ser. Los ojos le miraron fijamente durante unos instantes. Acto seguido, los labios se curvaron en un intento de esbozar una sonrisa y la cabeza se inclinó de nuevo sobre el papel.

Rowan se volvió al punto, con el corazón desbocado. Una idea asombrosa había aflorado a su mente. Vio que sus compañeros le miraban con terror y fascinación al mismo tiempo, con los ojos rebosantes de preguntas que no se atrevían a formular. Siempre había temido el día en que le miraran de aquel modo, pero ahora ya no parecía importarle.

—¿Qué has visto? —Norris no pudo contenerse—. ¡Estabas mirando... al vacío! ¿Era nuestro futuro? ¿Lo era, Rowan?

Rowan no respondió. Ni tan siquiera le oyó. Escuchaba los ecos, los ecos de los bramidos que nunca cesaban, la llamada de los bukshah hambrientos en la entrada de la caverna.

Los bukshah.

Los bukshah que habían vivido y muerto a la sombra de la Montaña desde que los Viajeros habían vagado por el país, y más. Las enormes y sabias bestias a las que habían salvado de la muerte en el bosquecillo. Las bestias que los habían conducido hasta este lugar. Las bestias que habían deparado toda clase de arrumacos a Zeel, Norris y él, pero que habían hecho caso omiso de Shaaran. Las bestias con su cornamenta recién afilada, sus pezuñas doradas y el pelaje brillante que cubría sus cuerpos esqueléticos y hambrientos.

«Hambre...».

Rowan paseó la vista alrededor de la caverna. Un suelo negro y liso veteado de oro. Rincones en penumbra. Paredes negras veteadas asimismo de oro. Calor y luz que brotaban de un pozo de

fuego y se elevaban hasta un techo bajo, moteado de negro y gris. Moteado de gris... aunque las paredes y el suelo eran negros.

Levantó la mano y tocó el techo.

«Y, en esta ráfaga de feroz aliento...».

Rowan giró en redondo y tomó a Norris del brazo.

—¡Ayúdame! —murmuró.

Y echó a correr, seguido de Zeel, Shaaran y Norris, mientras sus preguntas confusas resonaban en sus oídos. Siguieron corriendo a través de la niebla. Los ecos de los bramidos eran más intensos y la luz blanca iba reemplazando a la dorada. Hasta que vieron ante sí las rocas melladas, que los bukshah seguían empujando en vano.

Estrella continuaba al frente de la manada. Levantó la cabeza.

—¡Atrás, Estrella! ¡Atrás! —gritó Rowan.

Estrella vio que Rowan apoyaba el hombro contra la roca central, con Norris a su lado, y esta vez obedeció. Retrocedió, y también lo hicieron los demás bukshah, hasta dejar una zona libre delante de la roca.

Después, Norris empujó con todas sus fuerzas. Rowan, Zeel y Shaaran añadieron su peso al de él. Y la gran roca, que los bukshah ya habían aflojado mucho antes, giró sobre la base y se alejó rodando de la entrada.

Los bukshah se apresuraron a entrar en la cueva, con Estrella a la cabeza. Los cuatro dejaron paso y se aplastaron contra la pared. Las bestias penetraron una a una por el hueco practicado en las rocas, avanzaron primero a paso lento, y después al galope.

El sonido de sus pezuñas era atronador, y la niebla remolineaba como nubes de tormenta. Rowan, Zeel, Norris y Shaaran corrieron tras ellos.

—¿Qué estamos haciendo? —rugió Norris.

—Lo que habríamos tenido que hacer antes —respondió Rowan a voz en grito—. Seguimos a los bukshah. Nuestra misión consistía en franquearles la entrada a la caverna. ¡Son ellos los necesarios aquí, no nosotros!

—¿Por qué? —preguntó Shaaran jadeante—. ¿Qué van a hacer?

Pero Rowan no tuvo que contestarle, porque mientras la muchacha hablaba habían llegado a la caverna, y lo vio con sus propios ojos.

Shaaran vio que las enormes bestias sacudían la cabeza, y sus cuernos recién afilados, los cuernos de los que había tenido tanto miedo, cumplían su cometido. Vio que se hundían en las manchas pálidas que salpicaban el techo y arrancaban grandes pedazos de algo gris, grueso y fibroso. Vio que lo devoraban con voracidad, como si se tratara del alimento más sabroso de la tierra, y luego seguían desprendiendo más.

«... el hambre ha de ser saciada».

—¡Esto es lo que usan los reptiles del hielo para cerrar herméticamente sus nidos! —gritó Norris, mientras contemplaba, presa del pánico, los grumos grises que caían al suelo, y la lluvia de fragmentos más grandes que se desprendían del techo como enormes piedras de granizo—. ¡El nido se halla encima de nuestras cabezas, y el techo de la caverna está lleno de agujeros

obstruidos! ¡Todo lleno de orificios como un colador! ¡Rowan, detén a las bestias! ¡Perforarán el techo hasta llegar al nido! ¡Será nuestro fin!

—No, será nuestra salvación —repuso Rowan.

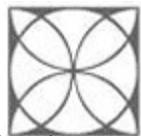
Pero, pese a la seguridad que sentía, contuvo el aliento cuando Estrella, con un poderoso giro de sus cuernos, arrancó la última capa de gris del enorme agujero que había practicado.

Durante unos momentos, el agujero no fue más que roca negra alrededor de una luz blancoazulada. Después, un horror blanco y sibilante llenó el hueco, asomó unos dientes afilados como agujas y una garganta azulada.

Shaaran se puso a chillar sin parar. Pero aún no se había oído el eco cuando una oscura niebla azulada brotó de la boca del reptil, su garganta pareció researse y la bestia del hielo desapareció de la vista.

—¡Es el calor! —exclamó Rowan. Su voz se oyó por encima del sonido de los bukshah y de los ecos—. ¡Los reptiles no pueden soportarlo! ¡Van a morir!

Y se volvió para comprobar cómo, uno tras otro, se abrían nuevos agujeros y el calor del corazón de la Montaña, que ahora escapaba de la caverna, ascendía en ráfagas hasta lo que durante tanto tiempo habían sido los reinos ocultos de los reptiles del hielo, y que con tanto afán habían construido.



Poco a poco, el frenesí de los bukshah fue menguando, y el proceso de extraer el extraño alimento que, como bien sabían, les ayudaría a sobrevivir al más crudo de los inviernos, adquirió un ritmo pausado. El suelo estaba sembrado de fragmentos grises. Muchos agujeros estaban todavía obstruidos, pero otros muchos se hallaban abiertos por completo o en parte, y cuantos reptiles se habían aventurado a asomarse habían muerto debido al aire caliente que ascendía desde la caverna.

—Así pues, nuestra búsqueda ha unido la vida y la muerte —dijo Norris con satisfacción—. La muerte para los reptiles del hielo, la vida para nosotros.

—No todos los reptiles han muerto —replicó Zeel, y le miró con semblante risueño—. Desde luego, el nido principal ha sido destruido, pero otros muchos han de existir todavía en los lugares más altos de la Montaña, donde la nieve nunca se funde. —Miró los agujeros del techo—. Y cuando el calor continúe subiendo y aquí vaya quedando cada vez menos, regresarán y arriesgarán su vida para obturar de nuevo los agujeros. Intentar extender su territorio forma parte de su naturaleza.

Los cuatro compañeros se habían sentado lejos de los bukshah, a la entrada de la caverna. Ahora se estaba más fresco, aunque todos sabían que el calor era muchísimo más intenso del que notaban.

—Creo que el manantial de la arboleda nos proporcionó una capa adicional sobre la piel y la ropa que nos protege del calor —dijo Rowan—. Y a los bukshah también.

—El paso que conducía al Valle de los Horrores afiló sus cuernos para que pudieran extraer su comida del techo de la caverna. —Shaaran sacudió la cabeza, asombrada—. Y el agua del manantial los protegió del calor que se avecinaba. Era como si algo los guiara.

—Y los guio, estoy seguro —repuso Rowan—. No por arte de magia, sino por su ancestral instinto. Desde tiempos remotos, las manadas de bukshah habrán acudido a la caverna para alimentarse en invierno. Cada año limpiaban el techo de la caverna, la población de reptiles menguaba y se mantenía el equilibrio.

—Pero, entonces, ¿cómo se produjo la primera Gran Helada? —preguntó Norris—. ¿O es una leyenda, después de todo?

—¡Oh, no! —respondió Rowan muy serio—. Estoy convencido de que realmente sucedió. Y creo que fue porque la gente del Valle de Oro decidió construir cercas para retener a los bukshah durante todo el año.

—Pero ¿por qué? —preguntó Zeel—. ¿Por qué harían algo así? ¡Debían de saber lo que los bukshah hacían en la caverna! La Montaña no les estaba prohibida, a diferencia de a los Viajeros.

Rowan suspiró.

—Sospecho, aunque nunca podré estar seguro, que habían descubierto que, cuanto más aumentaba el calor en la caverna, y cuanto más aumentaba la presión desde abajo, con más rapidez fluía su río de oro secreto. Solo pensaban en la belleza y el poder del oro. Olvidaron que la Montaña también tenía necesidades.

—Y así fue como llegó la primera Gran Helada —musitó Zeel—. ¡Qué locos! Al final se dieron cuenta de lo que habían hecho y lo enmendaron, pero nunca lo contaron a los Viajeros. ¡No me extraña! ¡No me extraña que se sintieran avergonzados!

Rowan respiró hondo.

—También lo estoy yo por no haber comprendido la razón de que los bukshah se extraviaran cada invierno. Son sabios. Y como todos cuantos me precedieron en la tarea de guardián, los obligaba a regresar a su campo y los alimentaba con la escasa cosecha recolectada. A menudo me preguntaba cómo habían conseguido sobrevivir antes de que llegáramos al valle. Ahora lo sé.

Zeel frunció el ceño.

—Pero cuando por fin el Valle de Oro fue destruido, la escalera y esta caverna quedaron enterradas a causa del colosal derrumbamiento de rocas provocado por los árboles demoníacos. Desde entonces, los bukshah no han podido volver.

—No —repuso Rowan—. Durante todos estos años se habrán tenido que conformar con algunas hojas del bosquecillo para llenar su tripa. Después nosotros llegamos al valle, construimos cercas como en su día lo hiciera el pueblo del Valle de Oro, y empezamos a alimentarlos en invierno. De manera que, si bien conservaban el instinto de desplazarse hasta la Montaña, la urgente necesidad de comida había sido satisfecha y se contentaban con breves escapadas.

—Y entretanto, poco a poco, los aislantes de los reptiles del hielo se hicieron más gruesos en el techo de la caverna y la Montaña empezó a enfriarse —dijo Zeel—. Y los reptiles se reproducían más y más, creando más frío, y los inviernos se fueron haciendo cada vez más largos y terribles, año tras año.

A pesar del calor, Shaaran se ciñó la capa.

—¡Esto quiere decir que si la gente de Rin no se hubiera establecido en el valle y empezado a alimentar a los bukshah en invierno, la manada habría muerto! —exclamó Norris.

—A decir verdad, toda la tierra habría perecido —repuso Zeel en tono sombrío—. Pero sobrevivieron para conducirnos hasta aquí y enseñarnos lo que había que hacer. —Miró a Rowan pensativa—. Según parece, fue una suerte que vuestro pueblo llegara al valle con sus cercas, sus cosechas, sus almacenes y también su capacidad para sobrevivir al frío.

«¿Una suerte? —se preguntó Rowan—. ¿O algo más?».

—Dime, Rowan, ¿qué viste justo antes de echar a correr para dejar que los bukshah entraran en la caverna? —preguntó Norris de improviso—. ¿Viste el futuro? ¿Viste... todo esto? —Señaló a los bukshah, que comían apaciblemente.

Rowan sacudió la cabeza y se puso en pie poco a poco. Sabía que había llegado la hora. El momento de resolver el último misterio. El de compartir lo que creía saber. Había sido incapaz de hablar de ello antes, cuando la situación era desesperada, y también después había guardado

silencio y ocultado su precioso secreto, como si airearlo pudiera destruirlo.

«Si no existen pruebas, deberá valer mi palabra —pensó—. La palabra de un soñador, fácil de desechar y explicar. Si no queda nada, ¿cómo voy a soportarlo?».

Seguido de sus compañeros, se abrió paso entre los bukshah, en dirección al rincón oscuro en el que había tenido la última visión. El rincón guardaba sus secretos.

Se detuvo poco antes de llegar e intentó encender una antorcha, pero le temblaban las manos y no lo consiguió. Zeel le miró con curiosidad, tomó la antorcha de sus manos y la encendió.

Las llamas se alzaron. Se acercaron al rincón. Y allí, en un nido de huesos polvorientos, había una caja larga de madera.

—¡Shaaran! ¿Por qué dejaste aquí la caja de las sedas? —exclamó Norris.

Pero su voz enmudeció cuando vio que su hermana la tenía como siempre en sus brazos.

Rowan se arrodilló delante de la osamenta y apoyó las manos sobre la caja. La madera era dura como el hierro y se había conservado en perfectas condiciones, gracias a la atmósfera calurosa y seca de la caverna. Abrió la tapa.

Lo que vio en el interior aceleró su corazón. Había una bandeja con siete diminutas copas de cristal de todos los colores del arco iris. Y sobre las copas, un fragmento de pergamino.

Lo levantó. Estaba cubierto de una letra borrosa y desmañada.

Leyó en voz alta.

*Mis queridos amigos:*

*Cuando regreséis, tenéis que saber cómo sucedió, y a tal efecto escribo ahora estas palabras. Fliss está demasiado débil para hacer más.*

*Bron escapó del ataque de los Zebak y regresó para advertirnos. Llegó al cabo de dos días a pesar de las heridas. Siguiendo el plan, Bron, Fliss y yo cogimos el tesoro, dejamos comida en abundancia para los caballos, y seguimos a las bestias en su senda secreta desde el Valle de los Bukshah hasta el Corazón de la Montaña. Una vez a salvo, esperamos cada día vuestro regreso, o espoleados por el látigo de los Zebak o felizmente libres, pero no llegabais...*

La voz de Rowan desfalleció.

—¿Qué es esto? —preguntó Norris con voz ronca—. No lo comprendo. ¿Quién...?

—¡Cállate, Norris! —susurró Zeel con expresión concentrada.

Rowan tragó saliva y siguió leyendo.

*Al finalizar el invierno, los bukshah se marcharon del Corazón de la Montaña, pero nosotros nos quedamos. A lo lejos veíamos la nueva cosecha florecer en nuestro valle, y nos lamentábamos de ser nosotros solos quienes disfrutáramos de su belleza.*

Rowan se detuvo de nuevo. Se sentía abrumado. Adivinaba el significado de aquella «nueva

cosecha»: arbustos cargados de frutos de olor dulzón, arbustos que habían crecido al sembrar semillas traídas de la Montaña. El cronista desconocido poco imaginaba la perversidad que se ocultaba detrás de aquella belleza, jamás habría sospechado que tan preciosos arbustos se convertirían en árboles carnívoros y malignos.

Sus compañeros esperaban impacientes. Prosiguió:

*Poco después descubrimos que los caballos y las aves habían contraído alguna enfermedad horrorosa. Yacían inmóviles en las calles. Temiendo una estratagema Zebak para obligarnos a salir a campo abierto, nos refugiamos en la caverna. Unas noches más tarde oímos un estruendo aterrador. La tierra tembló. Luego vimos, desolados, que la entrada había quedado bloqueada por las rocas.*

—Estaban aquí cuando los árboles demoníacos emergieron de la tierra y provocaron el derrumbe —dijo Zeel apesadumbrada—. Quedaron atrapados. —Miró el patético montoncito de huesos y apretó los puños.

Rowan respiró hondo y continuó leyendo el pergamino:

*Muchas semanas han pasado desde entonces. Bron ha trabajado afanosamente para liberarnos, pero ni siquiera su extraordinaria fuerza ha conseguido mover la barrera. Hace ya tiempo que los alimentos y el agua se han agotado. Estamos muriendo. Pero el tesoro se halla en lugar seguro y estamos juntos. Esto nos reconforta.*

*Nos aflige pensar en vosotros, buenos amigos, pero nuestros corazones nos dicen que algún día encontraréis el camino de regreso, pues la tierra os llamará y oiréis su llamada. Y al regresar, abriréis nuevamente el Corazón de la Montaña para que los bukshah puedan entrar y cumplir su cometido. Entonces nos encontraréis y nos depositaréis por fin en la buena tierra, bajo el cielo abierto, donde tanto ansiamos estar.*

*Vaya con vosotros nuestra bendición.*

EVAN DE LOS BUKSHAH

—Evan de los Bukshah —suspiró Zeel. Tenía lágrimas en los ojos, las primeras lágrimas que Rowan le había visto derramar.

Dejó el pergamino, extrajo la bandeja que albergaba las diminutas copas y la dejó a un lado. Debajo de la bandeja había un hueco; estaba lleno de rollos de seda.

Shaaran lanzó un grito, se dejó caer, introdujo sus manos temblorosas en la caja y sacó el primer rollo. Lo desenrolló con delicadeza.

«Azul, blanco y gris. Una larga hilera de gente que camina a través de la nieve siguiendo un rastro negruzco...».

—¡Es el mismo! —murmuró Norris aterrorizado—. Es la seda que pintaste.

—No —repuso la muchacha con serenidad—. Es muchísimo más antigua que aquella. ¿Ves como han palidecido los colores? Y... —Su dedo largo y estrecho indicó los bukshah parados en la nieve—. ¿Te das cuenta, Norris? Mi pintura mostraba a los bukshah detrás de una cerca. Pero el pueblo del Valle de Oro había derribado las suyas mucho antes de pintar esta seda, para dejarlos en libertad. Fliss, el guardián de las sedas, solo pintó la verdad, al igual que debemos hacer nosotros. Por cierto, este trabajo no tiene comparación con el mío. Es maravilloso.

Y mientras Norris, Zeel y Rowan observaban admirados, Shaaran desenrolló otra seda, y otra, y otra más. Eran muy frágiles y finas, pero los colores todavía vivían y las figuras todavía hablaban.

La Mujer Sabia que guiaba a su pueblo a través de las tempranas nieves para combatir en la costa. El ejército Zebak que asolaba las llanuras, fieros y despiadados. Un hombre herido muy parecido a Norris, que escapaba dando tumbos. El mismo hombre apoyado en un largo bastón, comunicando las nuevas a dos figuras en un valle paradisíaco, cuyos senderos estaban pavimentados con joyas, por el que vagaban caballos en miniatura, y un búho de oro con ojos esmeralda vigilaba junto a cada puerta. Tres figuras con capas de pieles que seguían a una manada de bukshah por unas escaleras de piedra, hacia la abertura de una enorme caverna...

—El pueblo del Valle de Oro recibió la llamada de auxilio de los Viajeros —dijo Zeel asombrada—. Partieron hacia la costa con los mensajeros, dejando atrás tan solo al guardián de los bukshah y al guardián de las sedas. Pero, de camino, fueron atacados por los Zebak.

—Fueron capturados, conducidos a la costa, cargados en barcos y condenados a la esclavitud allende los mares —murmuró Rowan.

Zeel sacudió la cabeza.

—Y los Maris y los Viajeros permanecieron ocultos y nunca se enteraron. Nadie se enteró. Hasta ahora.

—Pero... —Norris tenía los ojos muy abiertos—. Pero eso significa que... que...

—Significa que el pueblo del Valle de Oro eran nuestros antepasados —musitó Shaaran, incapaz de desviar la mirada de las sedas—. Eso significa que esta tierra no es nueva para nosotros. Es nuestra. Así ha sido desde siempre.

—Un pueblo rico y diverso, adultos y niños, fuertes y dóciles, desapareció —concluyó Zeel—. Siglos más tarde, una partida de esclavos guerreros de elevada estatura y sin recuerdos de su pasado llegó a las playas de Maris. ¿Quién podía imaginar que eran un solo pueblo?

—Creo que Ogden lo sabe —dijo Rowan—. O por lo menos lo sospecha. Sabe más historias del Valle de Oro que nadie en el mundo.

Y mientras Zeel, Norris y Shaaran se inclinaban de nuevo sobre los antiguos tesoros que la muchacha iba desenrollando de uno en uno, Rowan tomó el pedazo de pergamino y acarició las palabras con ternura.

—Hemos regresado, Evan de los Bukshah —dijo en voz baja—. Encontramos la forma, tal como sabías que haríamos.



Y así fue como Rowan, Zeel, Shaaran y Norris descendieron de la Montaña, dejando que los bukshah disfrutaran de su banquete, y cargados con mucho más de lo que llevaban al iniciar el viaje. Dos cajas de sedas en lugar de una; una información que henchía sus corazones hasta reventar; y los huesos de los tres que habían perecido en la caverna; Bron, el guerrero; Fliss, el guardián de las sedas, y Evan, el guardián de los bukshah.

—¿Se parecían a nosotros nuestros antepasados? —preguntó Shaaran a Rowan mientras caminaban el uno junto al otro.

—Mucho —respondió—. Tanto, que llegué a pensar que estaba viendo nuestro propio futuro, cuando en realidad solo estábamos siguiendo sus huellas.

—¿Y la gente de las sombras? ¿Los hambrientos que viste fuera de la cueva? ¿Eran acaso...? Rowan se estremeció bajo la luz del sol.

—Creo que eran muchísimo más viejos —dijo vacilante—. Creo que eran algunos de los que sobrevivieron a la primera Gran Helada.

Se estremeció una vez más. El recuerdo de aquellos rostros familiares y torturados le aterraba. Shaaran se mordió el labio, y durante un buen rato caminaron en silencio. Después, por fin, la muchacha habló de nuevo:

—Rowan, Sheba dijo que solo tú podías liderar la búsqueda. ¿Sabes por qué? Rowan asintió.

—Porque soy el guardián de los bukshah y los quiero y confío en ellos, al igual que ellos me quieren y confían en mí. Porque soy un soñador y el medallón iba a aceptarme. Porque he adquirido... mucha práctica a la hora de concebir nuevas formas de solucionar problemas... —Tragó saliva—. Y porque... porque tú, Norris y Zeel erais mis amigos y no me abandonaríais —añadió en voz baja—. Porque todos erais necesarios para el éxito de la misión.

Shaaran inclinó la cabeza.

—Me estaba preguntando —dijo— si la razón de que fuéramos convocados no sería, en parte, que Norris y yo éramos como los otros dos. Aquellos dos de antaño, al igual que tú eras como Evan.

—Sí. —Rowan vaciló—. Y quizá también porque tú y Norris representabais las dos mitades del pueblo de Rin. Y yo... el puente entre vosotros.

—¿Y yo? —preguntó Zeel con sequedad, al tiempo que se colocaba a su lado—. ¿Qué papel desempeñaba yo?

—Eras la representante de los Viajeros, los Maris, y tal vez los Zebak —dijo Rowan—. Eras el testigo.

El camino fue largo y duro, pero los cuatro se sentían inmensamente felices. A su alrededor, la nieve se fundía y la tierra despertaba, después de un prolongado y frío invierno.

Y al llegar al lugar donde el agua fluía hasta Rin desde la cumbre de la Montaña, encontraron a tres figuras arrodilladas que llenaban sus cantimploras en la charca: Jonn, Jiller y Allun. Rowan los miró sin dar crédito a sus ojos. Los tres levantaron la cabeza y sus rostros se iluminaron con una sonrisa de pura dicha. Jiller se lanzó con un grito a los brazos de Rowan. Allun y Jonn corrieron tras ella, y pronto los cuatro compañeros se unieron en un círculo jubiloso.

—¿Cómo es que estáis aquí? —exclamó Rowan—. ¿Cómo sabíais que podíais regresar sin peligro?

—No lo sabíamos —contestó Allun con una expresión de radiante alegría en el rostro—. Todo lo contrario. En realidad, creíamos que nos estábamos precipitando a las fauces de la muerte.

—Cuando Allun nos contó que había visto a Zeel volando hacia Rin, temimos que hubiera sucedido algo terrible —intervino Jonn—. No podíamos seguir adelante. Teníamos que regresar.

—Marlie y Annad también —dijo Jiller—. Vuelven a la aldea con Lann y Bronden. Vinimos para intentar dar con vuestro paradero... para ayudaros si estaba en nuestras manos hacerlo.

—¿Lann? ¿Bronden? —preguntó Rowan ansioso—. ¿Están...?

—Las dos están bien —dijo Allun—. Bronden sigue muy débil, pero se recupera poco a poco... aunque cuando se enteró de que Lann estaba agotando todo el suministro de muebles de la aldea para encender hogueras, sufrió una recaída. Estará muy ocupada de ahora en adelante.

Rowan miró a Zeel.

—¿La madera vieja e inútil? —murmuró. Zeel se encogió de hombros. Las mesas y las sillas no significaban nada para ella.

—Y por cierto, Rowan —añadió Allun—. Sheba me ha pedido que te diga que, aunque parezca de burdo metal, el medallón que te dio es de oro puro y espera que se lo devuelvas. Dice que, te guste o no, no podrías ocupar su lugar ni en mil años.

—Me alegra oírlo —dijo Rowan.

—Pero ¿cómo puedes perder el tiempo con tonterías acerca del mobiliario y Sheba, Allun? —le reprendió Jiller—. ¡La Gran Helada ha pasado! ¡Ved la prueba a nuestro alrededor! De algún modo, estos jóvenes valientes nos han salvado a todos. Pero ¿cómo? ¿Cómo lo hicisteis? —Se volvió hacia su hijo con las mejillas bañadas en lágrimas de orgullo y felicidad—. ¡Contádnoslo! —imploró—. ¿Qué sucedió en la Montaña? ¿Qué descubristeis que ha cambiado tanto las cosas y tan deprisa? ¿Dónde están los bukshah?

El corazón de Rowan rebosaba tanto de dicha que no podía hablar. En cualquier caso, apenas habría sabido por dónde empezar.

—Todo a su tiempo —dijo Jonn con calma, mientras apoyaba la mano sobre el hombro de Rowan—. De momento, sabemos lo más importante. Estas cuatro almas están a salvo, el largo invierno ha pasado y el pueblo de Rin puede regresar a su hogar.

Rowan intercambió una mirada con Norris, Shaaran y Zeel. Había mucho que contar. Recordó el pequeño y triste hatillo que llevaba, y pensó en el lugar donde lo enterraría con honor, bajo el gran árbol de Rin. Pensó, asimismo, en el sufrimiento, el pesar, los errores y los siglos desperdiciados.

Después pensó en el futuro y sonrió.

—Sí —repuso—. Por fin, nuestro pueblo puede regresar a su hogar.

**FIN**



JENNIFER JUNE ROWE. Nació en Sydney, Australia, 2 de abril de 1948. Escritora australiana, cuya novela negra se publica bajo su propio nombre, y sus libros para niños bajo el seudónimo de EMILY RODDA DICKINSON y MARY-ANNE.

Se licenció en Literatura Inglesa en la Universidad de Sydney en 1973, y trabajó varios años como editora, primero para varias editoriales, y después para una revista.

Durante esa época comenzó a escribir libros para niños bajo el seudónimo de Emily Rodda (nombre de su abuela). Su primer libro, *Algo especial*, fue publicado en 1984 y ganó el premio *The Australian Children's Book Council Book of the Year for Younger Readers*.

De 1984 a 1992, Rowe continuó su carrera en el mundo editorial, y luego como editora de *Australian Women's Weekly*, escribiendo novelas en su «tiempo libre». En 1994, Rowe se convirtió en escritora a tiempo completo. Ahora divide su jornada laboral entre las consultorías para los editores de libros y su propia escritura.

Algunas de sus novelas han sido llevadas a televisión y ha recibido numerosos premios.